

SOLACES DE UN ESTUDIANTE

(CUADRO DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS)

A la Señora
Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda,
en señal de agradecimiento y veneración.

LUIS COLOMA.

INTRODUCCION

Para juzgar con toda justicia una obra literaria, por insignificante que sea, mucho contribuye el conocimiento de la clase de persona que la ha escrito, y sus pretensiones al dárla al público, por lo cual creemos ayudar al acierto de la opinión que se forme sobre el siguiente cuadro de costumbres que, con el poco pretencioso título de Solaces de un Estudiante, ve la luz, presentando al lector con toda verdad a su autor.

Don Luis Coloma es un joven que no cuenta veinte años, no sólo modesto, sino tímido. Hijo de unos padres dechados de virtudes; educado con los mejores principios y modelos, el bien y la honradez han sido siempre el estado normal de su mente.

Llegado a la edad en que otros jóvenes dedican sus ocios a las diversiones, franchelas y juegos, él, sintiendo una fuerte inclinación a la literatura amena, lo dedicó a escribir algunos cuadros, en los que, si bien se nota inexperiencia y reminiscencias demasiado marcadas de lo que ha leído, se encuentra, además de lo bien escritos, delicado buen gusto, rasgos muy poéticos, chistes, exquisita decencia, y, sobre todo, un admirable fondo de ideas, sentimientos y opiniones morales y religiosas.

Lo que admira en tan corta edad es un don de observación, muy raro en la juventud; pues pocos son los que se toman el tiempo de observar, y menos son los que prefieren un personaje copiado a otro inventado por ellos: esto puede ser bueno para la novela fantástica o novelesca, pero no para aquellos que escriben en el género que, con el nombre de realismo, pintan las cosas tales cuales son. El realismo, así como el romanticismo, ha sido exagerado y mal aplicado en Francia, lo mismo que aquí, y por estas malas interpretaciones se le ha juzgado equivocadamente, prescindiendo una significación que no tiene en Alemania, su cuna, en la que significa verdad, naturalidad, decencia, falta de énfasis, de inverosimilitudes y exageraciones que creó el mal entendido romanticismo. En prueba de lo que expresamos, traduciremos lo dicho por uno de los primeros críticos y literatos de Alemania, el hoy ya difunto bibliotecario del Emperador de Austria, don Fernando Wolf, en un artículo que escribió sobre nuestros escritores:

«Por ellos—dice—adquirió España el género realista, y en él pueden pasar como modelos. Tan exentos de trivialidad y de reproducciones groseras como de coqueta ingenuidad (naïveté) y afectada naturalidad, puesto que el género realista no puede aspirar a tener valor artístico si

reproduce la realidad grosera, sino cuando reproduce los poéticos elementos de la realidad. El genuino realismo no niega de manera alguna, como lo hace el materialismo, el ideal, sino que lo busca como cosa real.»

Así se expresa el sabio literato alemán, al que acudimos como al más competente juez en la materia. Cuando el reciente invento de la fotografía se emplea en sacar con cinismo cuadros inmorales, groseros y repugnantes, ¿a quién se culpará: a la preciosa invención o a los que de ella tan mal se sirven?

Como este género de verdad, sencillez y naturalidad es el que preferimos, no es extraño que nos sea simpático el siguiente trabajo, que, con escaso argumento, ha sabido reunir aquellos méritos, así como un lenguaje suelto, flúido y correcto, con la moral más pura. Hemos, pues, animado al autor a publicarlo, seguros de que otros lectores sentirán la misma simpatía que nosotros, y tendrán igual placer en leerlo.

FERNÁN CABALLERO.

I

Era a fines de setiembre de 1856, cuando ya los ferrocarriles abreviaban con su desalada marcha las dos leguas y media que separan al lindo Puerto de Santa María del hermoso, rico y noble Jerez de la Frontera. Al nacer el Guadalete, besa los pies del primero, y murmurando no sé qué imprecaciones contra el férreo camino que le arrebató su importancia, se acerca a él como atraído por la curiosidad, y corre algún trecho a su lado; pero bien pronto la rapidez de la obra de los hombres parece aburrirse de la majestad de la obra de Dios, y se separa violentamente de ella, prosiguiendo su precipitada carrera, mientras el río, sin ofenderse por este desaire y sin dejar su pausado y majestuoso paso, se pierde a lo lejos con la serenidad de una conciencia tranquila.

Sobre una pequeña altura que a la izquierda forma el terreno, se ven las ruinas de la torre de doña Blanca, que

parecen arrastrarse hacia un vecino bosque de naranjos, como si buscasen la soledad y el silencio para reparar sus trágicas tradiciones. A la derecha, pero mucho más lejos, el hermoso *cadáver* de la Cartuja contempla tristemente su ruina, que se refleja en las aguas del Guadalete, y suspirando por la ausencia de sus monjes, se desmorona solitario y triste, sin que su pasado, tan rico, tan hospitalario y tan caritativo, pueda alcanzar el perdón de esa terrible sentencia que sobre él pende, de ese espantoso azote con que el hijo destruye la obra que tantos afanes costó al padre; del inexorable y anticristiano abandono a que el hombre condena el templo de Dios.

Vese por último a Jerez, antiguo guerrero que trocó la maza por la rueca, prefiriendo los pámpanos de la vid a las coronas de laurel de que le cubrieron sus héroes; vésele asomar la cabeza entre la multitud de cerrillos que le rodean, mostrando sus bodegas por cinturón, por corona su iglesia de San Miguel, y allá más lejos, como ilustre blasón y santo relicario que sobre el pecho colgárase el gigante, descúbrense la colegiata del Salvador y el real alcázar, a quien la distancia parece envolver en el mismo bosque de árboles, simbolizando así la indisoluble unión del Trono y del Altar.

Dijo Balzac que el paisaje tiene ideas, pero ideas tan varias como varias son las sensaciones de que nacen; porque el alma es una gran arpa cuyos ecos son las impresiones que la afectan; y así como hay arpas, cuales las aéreas, que el menor soplo hace resonar blandamente, las hay también que sólo suenan a la dura vibración del interés, el egoísmo o la codicia.

Así, en aquellas ruinas, que tanto más tristes se presentan cuanto más magníficas son, cualquiera de las primeras encontraría escrita la historia de un pueblo, y vería allí la verdad abatida, pero no vencida; porque estas almas privilegiadas nunca dejan al hecho prevalecer sobre la *idea*, sino que, alzando los ojos al cielo, ven en él comprobado que sólo para despejar la atmósfera ruge

la tempestad. Pero en cambio las segundas, como la de uno de los dos viajeros que, apoyados en la ventanilla de un coche de primera clase, miraban hacia la Cartuja, sólo tienen lugar para sí: éstas sólo verían ricos materiales, soberbios elementos para construir una fábrica, una bodega, tal vez una plaza de toros en que saciar ese *algo* de fiera que con tanta razón supone Cooper en el hombre. Pero ni un pensamiento elevado, ni una sola idea que exprese el deseo de ver que el César devuelve a Dios lo que de Dios es...

—¿Qué pueblo es ése?—preguntaba el que, de los pasajeros de que hemos hecho mención, de más edad parecía, señalando hacia la magnífica mole de la Cartuja, que se destacaba en el horizonte rodeada de infinitas casitas edificadas a su pie, como si buscasen la sombra protectora del templo.

—No es pueblo, sino el convento que fué de la Cartuja—respondió el otro viajero.

—¡Magnífico parece!

—¡Pse...! Una de las muchas madrigueras en que por tanto tiempo se han rellenado santamente el estómago a costa nuestra aquellos reverendos que, al ver una mujer guapa, decían: *Vade retro!*, y se tapaban la cara con las manos, pero dejando un clarito por donde no se les escapaba el menor detalle.

Era el que así hablaba un hombrecillo que, al decir del pueblo, abultaría lo que un ochavo de cominos. Su nariz respingona daba a su rostro cierto tinte picaresco, aumentado por una gorrita de pieles puesta sobre las cejas; en el ojo derecho llevaba un *eye glass*, como le llaman los ingleses, lentes de un solo vidrio que, sujetándose entre el carrillo y el hueco del ojo, hacen del rostro más regular y perfecto la más risible carantoña. Acostado, más bien que sentado, en los asientos del coche, y oculto bajo los pliegues de una finísima manta escocesa, sólo asomaba la parte superior del rostro, y un pie que, campando por su respeto en una holgada bota a la inglesa, se apoyaba al nivel de sus narices en el asiento de enfrente. En una

mano tenía un magnífico cigarro puro, que poco a poco se apagaba bajo la ceniza que su indolente dueño dejaba nacer, como se apaga un recuerdo bajo el olvido que el tiempo trae y sella; en la otra, cubierta con un colorado guante de piel de perro, llevaba un bonito y ligero bastón. Este figurín de modas, que aún no habría cumplido diecinueve años, y que tenía una notable semejanza con esas figuritas alemanas de que tanto consumo hacen nuestros niños, llamábase Próspero Pinillos, y era hijo de un honrado y rico extractor de Jerez de la Frontera.

En cuanto al otro viajero que en la estación de Puerto Real se había embarcado, sólo representaba de veinticuatro a veinticinco años: su cara regular y perfecta, sus finos modales y su noble porte, revelaban una persona de clase distinguida. Al verle entrar, Pinillos torció el gesto, guardando un despreciativo silencio, hasta que un incidente, que en la estación del Puerto sobrevino, tornó su desdén en cortesía y su grosero silencio en amable locuacidad.

Y fué el caso que, no bien el tren se detuvo, acudió un criado a la portezuela, y descubiertó respetuosamente, preguntó al que con Pinillos venía:

—¿Necesita el señor marqués algo?

—¡Un marqués! —exclamó Pinillos creciéndose una cuarta, y sintiendo nacer hacia el viajero las más tiernas simpatías.

—Da lástima ver ese magnífico edificio sirviendo sólo de guarida a vagabundos, o tal vez a bandidos—dijo tristemente el marqués, apartando la vista de la Cartuja y dejándose caer en su asiento.

—Y qué quiere usted, si así son las cosas de España, que es el país más ignorante y más anticulto que he conocido? Y gracias que ya no nos molearán las orejas esos reverendos cartujos con su eterna chicharra: *¡Que morir tenemos! Ya lo sabemos.*

Y Pinillos pronunciaba este terrible aviso, ridiculizando el tono algo ganoso de los frailes.

—En cualquiera otro país culto, en Inglaterra, por ejemplo—prosiguió el elocuente Pinillos—, hubieran destruído el nido como medio de exterminar los

pajarracos, y en el sitio de esa torre de chuchurumbel, y de esa iglesia parecida a la estación de un ferrocarril, se elevaría ahora una magnífica fábrica o una soberbia bodega...

—Eso es muy propio de los ingleses— le interrumpió el marqués con cierto tono burlón, que para Pinillos pasó desapercibido—, porque para Inglaterra, desde que se hizo protestante, el gran artículo es *to make money*: hacer dinero (1).

—Eso digo yo—replicó Pinillos—, y si no esto, vaya, que sea una gran plaza de toros, ya que en este país son tantos los aficionados a ese espectáculo nacional.

—Según eso, ¿usted se contará en el número de ellos?

—¡Yo partidario de ese horrible espectáculo que repugna a los sentimientos de humanidad y filantropía!... ¡Ver aquellos pobres animales, que después de prestar al hombre todos los servicios imaginables, son pagados con la muerte más cruel y bárbara!... ¡Vaya, marqués, usted me ofende con semejante suposición! Felizmente—prosiguió el charlatán tomando resuello—, la falta de buenos toreros por un lado, y la degeneración de las castas de toros por otro, irán desterrando de nuestra patria este inmoral espectáculo, y trayéndonos en su vez las carreras de caballos y las luchas de *bozeards*. ¡Estos sí que son espectáculos magníficos! Ver aquellos formidos atletas cuán ligeramente se inclinan y se elevan, retroceden y adelantan, retuercen sus cuerpos como culebras, mueven los brazos como las ruedas de un vapor, y descargan vigorosos *rounds* que, sin hacerles pestañear, les destrozan!... Y luego aquel público que, ebrio de entusiasmo, aplaude, vocifera, gesticula, atraviesa enormes apuestas, y, semejante al romano, aplaude fuera de sí al caer exánime el *boxer* vencido, conserva aún una postura belicosa y arrogante. ¡Esto sí que es magnífico y digno de verse! (2).

(1) Carta de Ortiz de Urruela al conde de Montalembert.

(2) Bien se nos alcanza que el *filántropo* y culto pueblo inglés desecha en su generalidad

—Tiene usted razón—replicó el marqués sin dejar su fina burla—; eso es muy filantropico.

—En el tiempo que he estado en Londres, de donde salí hace doce días, me he aficionado tanto a las costumbres inglesas, que si volviese a nacer, Londres sería mi patria. Y para que vea usted hasta dónde llega lo triste de mi suerte—prosiguió lastimosamente Pinillos—, desde aquel centro de cultura, de elegancia, de buen tono, me veo precisado a volver a Jerez a vegetar *per omnia saecula saeculorum* en ese gran cortijo en que de la cama iré a la bodega, y de la bodega a la cama.

—¡Según eso, nos dirigimos al mismo punto?

—¡Va usted también a Jerez?... Pues permítame que le diga lo que los romanos a sus difuntos: *Sit tibi terra levis*.

—No me será muy ligera su tierra de usted, porque es un pleito lo que allí me lleva, y estos asuntos van siempre despacio.

—Entonces resignación y paciencia, amigo marqués; y pierda usted cuidado, que allí las emociones no han de llevarle a la tumba.

—Eso deseo yo: tranquilidad y sosiego.

—Pues eso se tiene allí a muy poco precio. Pero ya haremos lo posible por distraerle a usted, y lo que es en beber vino, volverá usted maestro.

Dióle el marqués las gracias con una amable inclinación de cabeza, y observando Pinillos que ya en esto muy próximos a Jerez se hallaban, sacó una cartera de piel de Rusia, y de ella una tarjeta, que entregó a su compañero, el cual correspondió a su cortesía dándole otra en que, bajo una corona de marqués, leyó el jerezano:

PEDRO GUTIÉRREZ DE OLMEDO
Marqués de Valmes.

Separáronse, por fin, ambos viajeros, después de haberse renovado sus corte-

esas atroces luchas. Lo cual no quita que hayamos leído en varios periódicos ingleses, entre ellos en *The Times*, más de un artículo entusiástico sobre esta materia.

ses ofrecimientos, graves y comedidos los del marqués, y exageradamente finos y fuera de tiempo cariñosos los de Pinillos, que, como ya hemos dicho, desde que sabía era título de Castilla, le profesaba el más entrañable afecto.

Al apearse Pinillos del coche, un caballero de rostro bonachón y vulgar presencia corrió hacia él, exclamando alegremente:

—¡Hola, Prosperito! ¡Quién diablos había de conocerte con ese pellejo de gato que traes en la cabeza?... Hijo, ¿te duelen las muelas?—añadió al ver las figuras que hacía Pinillos para sostener su lente, a través del cual le miraba con fingida extrañeza.

—¡Ah! ¿Es usted, don Blas?... No le había conocido—dijo por fin Próspero con un impertinente acento que se esforzaba en hacer inglés cargando la pronunciación en la primera sílaba—. Me alegro de verle..., porque así me dirá usted por dónde se va a mi casa.

Quedóse el llamado don Blas mirándole de hito en hito, sin saber si reírse o incomodarse, hasta que, soltando al fin una ruidosa carcajada en la misma cara de Pinillos, que, corrido como una mona, se ponía de todos los colores, exclamó:

—¡Por vida de los moros, y qué desmemoriados nos hemos vuelto! ¡Ni que hubiese ido el mocito a la California!... Anda a paseo, niño—añadió volviéndole la espalda—, que si no has tenido tiempo para olvidar la cartilla, mal lo habrás tenido para olvidar la casa de tu padre.

Furioso Pinillos, dió media vuelta y salió del andén; una turba de chiquillos le rodeó enseguida, queriendo todos llevarle el saco de viaje. Pinillos gritó, dando una patada en el suelo e irguiendo con imponente majestad su microscópica estatura:

—Go away! (1).

Los chiquillos se miraron unos a otros, y se echaron a reír sin apartarse. Próspero, sulfurado, le cruzó a uno la cara con el bastón, y todos huyeron chillando como energúmenos y llenando de dictorios al malhumorado viajero. Éste siguió

como si tal cosa; pero los chiquillos, que ya le habían tomado por su cuenta, fuéronse detrás, gritando unos:

¡El de la montera:
que se la quiten
y se la pongan
en las narices!,

mientras otros le cantaban, llevando el compás con las manos:

Los paquetitos
van por la calle,
con la tirilla tiesa
y muertos de hambre.

II

Algún tiempo después de lo que en el anterior capítulo queda referido, acudía mucha gente a la Alameda Vieja, donde las sillas de San José, cuál coja, cuál lunanca, pero todas enfiladas gravemente y procurando parecer lo que no son, es decir, sillas, en vez de potros de tormento, sonreían al ver pasar pollitas y galanes lujosamente ataviados, y hacíanse la boca agua creyendo ya sentir su ligera presión, sin que se les erizasen las ancas de espanto al ver fieras jamanas y voluminosos gallos, capaces de mandarles al cuartel de los Inválidos, si no al camposanto, con sólo posarse sobre sus ruinosos esqueletos. En el fondo, el antiguo alcazar de Jerez asomaba su arrugado rostro, sin que tan brillante espectáculo hiciese dibujar en sus labios la sonrisa propia del abuelo que a sus pies viera jugar a sus nietecitos. Sin avergonzarse de su honrada pobreza, álzase entero y altivo como un hidalgo pobre, y empuja hacia adelante sus dos torres principales, como si quisiese cubrir con ellas el abandono y ruina que tiene a sus espaldas; menos desgraciado el paredón que las une, deja escapar, a través de unas raquíticas ventanas, el alegre follaje de un jardín, que viene a ser sobre su tristeza como un ramo de rosas sobre un frío sepulcro. Nadie diría, al ver el abandono y ruina de aquel edificio, que allí se ha

(1) ¡Largo de aquí!

derramado la más gloriosa sangre jerezana; que allí, batiéndose por su Dios, por su Patria y por su Rey, han dado la vida multitud de héroes.

¡Qué bien se marcaban en aquel paseo el distinto carácter de dos épocas tan lejanas por los años como por las ideas! A lo lejos, el alcázar, presentando un miserable aspecto y sus deteriorados muros, oculta sus tradiciones, sus héroes, sus glorias, y parece decir: *Tenemos, pero no aparentamos*.

A sus pies, la multitud de paseantes ostenta ricos y vistosos trajes, dulces sonrisas y galanas palabras, mientras se apresuran a esconder miserias, penas y lágrimas; a su vez parece leerse en todas las frentes: *Aparentamos, pero no tenemos*.

A los pies del paseo habíase estacionado un grupo de jóvenes de la ciudad, que se ocupaban caritativamente en eso que llaman *cortar sayos*, los cuales celebraban con mil chistes y burlas, a veces bien chocarrerías e impropias de caballeros, y en las que creían encontrar un diploma de ingenio y de talento, siendo así que las personas burlescas sólo inspiran miedo a los tontos, desprecio a los de buen juicio y estimación a nadie.

La fatal propensión que tienen muchos jóvenes a huir del trato de señoras, que insensiblemente les aleja de los vicios, y a rozarse únicamente con hombres o con mujeres algo menos que de medio pelo, les hace adquirir modales groseros y chabacanos. Después, cuando se encuentran en la precisión de alternar con señoras, o se hallan embarazados, como el que está fuera de su círculo, o no tratan de moderar sus insostenibles hábitos, más dignos de figurar en un club que en un salón.

No pasaba muchacha por delante de aquel grupo cuyo traje no fuese examinado minuciosamente; se analizaba si su peinado era más alto o más bajo, si su aire era elegante, si sus pies eran bonitos, y se procedía, por último, a calcular su *educación mercantil*, para colocarla o no en la lista de los partidos ventajosos.

De seguro que tú, amigo lector, no conocerás a esta *doña Educación Mercantil*, que, aunque parece una pollita,

no es sino una vieja retocada, que en todos tiempos y en todos los países ha hecho mucho ruido, atacada y defendida continuamente por dos partidos opuestos. Consta el primero de todos los enamorados imberbes y enamoradas boquirrubias que no pasan de veinte años, y de los poetas a quienes su cicatera musa no da arriba de una puchera; llámala *vil metal*, y enarbolan una bandera color de ilusión, con este mote: *Contigo, pan y cebolla*. Capitanean al segundo una multitud de viejos gordos, barrigones y peludos, que sólo se acuerdan del pobre para no llegar a serlo, y del rico para aumentar sus riquezas; éstos la consideran como la *entraña* más esencial del hombre, y graban en una bandera color de desengaño, y a veces de egoísmo, este lema: *Contigo, jamón y buen vino*.

Existe esta prójima, con el nombre de *Dinero*, desde hace luengos años; pero este moderno título con que se ha engalanado, siguiendo la manía que por ellos reina, le viene desde que un padre avaro, a quien preguntaron por qué no daba educación a sus hijos, que eran muy arrimados a la cola, contestó con la mayor gravedad:

—¡Educación religiosa!... ¡Educación civil!... ¡Y a qué he de gastar mis cuartos en esas pamplinas! Cuando yo muera, ¿no les quedará a mis hijos dinero?... Pues entonces tendrán *educación mercantil*, que vale más que ninguna otra.

Como todo lo que se hace valer, siempre fué muy poderosa; pero allá en sus primitivos tiempos había una dama de arrogante presencia y altaneras miradas, que se llamaba *Nobleza*, y que ocupaba un puesto muy superior al suyo. Como el Dinero tenía de envidioso lo que la otra de impertinente, hacíale echar espumarajos de rabia la superioridad de una tan terrible rival, y vínosele a las mientes la idea de desafiarle. Pero como al mismo tiempo no carecía de cierta prudencia, desechó al punto este belicoso ímpetu, diciendo:

—¡Guarda, Pablo!, no sea que yendo por lana salga trasquilado; esperemos tiempos mejores, que a cada puerco le llega su San Martín.

Y mientras tanto, disfrazó su rencorosa envidia con las más obsequiosas cortesías.

Pero de allí a poco empezó la Nobleza a padecer del estómago, a consecuencia de ciertas aguas que se vió en la precisión de beber, y hacia el año... de este nuestro buen *siglo de las luces*, quedóse flaca como el espíritu de la golosina. El Dinero, que nada había perdido de sus antiguos bríos, porque hay estómagos groseros a quienes sientan bien toda clase de aguas, se envalentonó al ver a su rival tan moquicaída, y pagó a una turba de chiquillos para que le diesen un abucheo y le cantasen el *Trágala*. La Nobleza, hecha un basilisco, fué a proponerle un desafío, que la otra aceptó al punto; acudió el Dinero al campo del honor, llevando por testigo un rapado israelita, y por armas un talego lleno de onzas de oro. En cuanto a su ya asendereada rival, apareció ocultando bajo una raída capa de terciopelo las bizmas y cáusticos de que se hallaba cubierta, trayendo por testigos un pavo real, y por armas la espada de Fernán-González, que exclamaba con toda la arrogante jactancia del que es y del que puede (1):

De Fernán-González fui,
de quien recibí el valor,
e non le adquirí menor
de un Vargas a quien serví.

Soy la octava maravilla
en cortar moras gargantas:
non sabré yo decir cuántas,
mas sé que gané a Sevilla.

Comenzó el combate, y el primer talagozo que el Dinero le sacudió a su contraria, le puso la cabeza hecha una breva; pero no pudo excusarse de recibir antes una leve herida en el corazón. Los padrinos declararon el honor satisfecho, y cada cual tiró por su lado: la Nobleza fué a buscar quien le computara la cabeza, pero no hubo más remedio que amputársela, y sólo se quedó

con el corazón que siente. Al perder su parte viciada, que era la cabeza, vana, orgullosa y vacía, perdió también sus defectos, y en la actualidad la verdadera nobleza, que es la del alma, tiene su asiento en el corazón que sabe sentir, amar y crear. La Educación Mercantil (le daremos este nombre que la rejuvenece, esto le agrada, y es bueno tener amigos en todas partes) quiso, a su vez, curarse el corazón; pero siguiendo los consejos de una tal *doña Codicia*, prima suya y presunta heredera, se le fué secando poco a poco, y quedóse únicamente con la cabeza que calcula. Después de este lance, se hicieron en la apariencia las mejores amigas del mundo; lo cual no quita que cada una le envidie a la otra lo que le falta, y jamás olviden sus antiguas rivalidades.

Obsérvase también que aquel antiguo partido que la llamaba *vil metal*, y que a capa y espada defendía el lema: *Contigo, pan y cebolla*, ha desaparecido. Hoy día jóvenes y viejos, poetas y cocineros, consideran como la *entraña* más esencial del hombre, y opinan (con escándalo de las hijas de Mnemosine y de Cupido, que, asustado, rara vez aparece por estos barrios) que *contigo, jamón y buen vino*.

III

Dijimos en el capítulo anterior que a la entrada del paseo habíase situado un grupo de jóvenes de la ciudad, entre los que se contaba Próspero Pinillos (1), que desde entonces habíase constituido en su perpetuo satélite.

Era Próspero Pinillos un Lovelace de vara y media de alto, que leía mal y escribía peor; moderno *esprit fort*, que negaba todo lo que no le era posible medir con su razón, del tamaño y calidad de un

(1) Esta gloriosa espada se conserva en la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla. Junto a la urna de cristales en que se halla depositada, están en un cuadrito los versos que citamos.

(1) Advertimos al lector que ni en éste ni en ninguno de nuestros personajes pretendemos trazar el retrato de persona marcada; nuestros personajes son caricaturas del vicio y del ridículo. Si, a pesar de todo, alguien se diese por aludido, le contestaremos estas palabras de Figaro: «En lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al que por original se tenga, que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecérselo».

ochavo fernandino, y como nada comprendía, lo negaba todo; bella y muy común razón de pie de banco. Ridícula personificación de la hipocresía del vicio, que tantos prosélitos cuenta entre la juventud del día, Próspero Pinillos, según su frase favorita, *se ponía el mundo por montera*.

—Grandecilla es para usted la tal montera—le habían dicho muchas veces.

Llegaba, por ejemplo, al casino, donde sus compañeros de penas y fatigas empinaban de lo lindo, y ciertamente que no era agua.

—¡Hola, Próspero!, ¿quieres una copa?
—le decían éstos.

—Gracias, chicos—contestaba él—; acabo de dormir una *pea* (fraseología moderna, elevada por los Prósperos Pinillos de las tabernas a los casinos), y ya es bastante por hoy.

Por supuesto que la tal *pea*, o borrachera, es imaginaria, y lo que ha estado haciendo es rezar el Rosario con papá, mamá, hermanitos y acompañamiento de criados de ambos sexos; pues como el padre está chapado a la antigua, conserva la piadosa costumbre, que su hijo califica de antidiluviana cursería, de que todo bicho viviente rece el Rosario después de comer. Un día se negó Próspero a rezarlo.

—¡A rezar!—le dijo su padre, que era de pocas palabras.

—¡Fanatismo, superstición!—exclamó campanudamente el escéptico Pinillos—.

Adoráis a un absurdo... ¡Dios no existe!

El padre, sin inmutarse, cogió una tranca y le rompió una costilla.

—¡Hay o no hay Dios?—preguntaba al mismo tiempo.

—¡Ay!—gritó con toda su alma el retoño Pinillos llevándose la mano a la parte apaleada.

—Pues a rezar—replicó el padre persignándose como si tal cosa.

El argumento, si no era muy suave, fué muy convincente; por más que no aprobemos la lógica del palo, no dejamos de conocer que para los Prósperos Pinillos es la más poderosa.

Previos estos antecedentes, júzguese cuál volvería de Londres el inflado botarate, adonde un año antes le envió

su padre a perfeccionar el inglés, para que pudiese desempeñar un cargo en su casa de comercio. Este corto espacio de tiempo bastó para que el ilustrado Pinillos renegase de la madre patria, exclamando con Dumas que el África empieza en los Pirineos; si le hubiese sido posible nacer de nuevo, hubiera escogido por padre al *spleen*, por madre a las nieblas del Támesis y por Patria al aristocrático y dorado *Belgravia* (1), que sólo desde la calle pudo contemplar. Así, pues, su desesperación no tuvo límites al verse precisado a volver a aquel Jerez, cuyo solo nombre le horripilaba: junto a su padre, que, lejos de padecer *spleen*, comía y trabajaba como el más despreocupado gañán; junto a su madre, que en nada se parecía a una ligera y poética niebla, sino, que, gorda y redonda como una bola, zurcía las medias de sus hijos y rezaba el Rosario!...

Acalorada era la discusión que el círculo de muchachos sostenía, cuando acertaron a pasar por allí delante dos señoras, una ya entrada en años, y otra, al parecer, su hija, de extremada hermosura.

Era alta, delgada y de constitución nerviosa; su cara aguiluña tenía el blanco mate de la cera, y estaba cercada de hermosos cabellos negros rizados, y tan espesos, que, no obstante su finura, le formaban sobre la cabeza una enorme trenza hecha a rodete. Daba el brazo a la otra señora, ya anciana, y que a juzgar por la semejanza de ambas, debía de ser su madre.

—¡Preciosa niña!—dijo el marqués siguiéndola con la vista hasta que se perdió a lo lejos—. ¿Cómo se llama?

—Misita (2) Ardera—contestó uno de los muchachos.

—¡Y tiene mucho *dinero*?—preguntó un inglés de cabellos color de lino, que, gravemente sentado en una silla y teniendo los pies apoyados en otra, chupaba con una impasibilidad británica el puño de marfil de su bastón.

—Ni un *shilling*, con la hipoteca de la madre y un hermanito de censo—res-

(1) Barrio aristocrático de Londres.

(2) Diminutivo de Mercedes, popular en Andalucía.

pondió Próspero Pinillos con aquel ridículo acento que se esforzaba en hacer inglés—. Gracias a su bonita cara, haría una deliciosa Ofelia, y no estoy yo lejos de ser el Hamlet que exclame, no ante su sepulcro, sino ante su ventana:

—*Y lov'd Ofelia* (1).

—¿De veras? ¡Hombre! Cuenta, cuenta; que eso debe ser divertido—gritaron varias voces.

—Te aconsejo, chico—dijo uno de ellos, a quien no hacía ninguna gracia la necia fatuidad de Pinillos—, que no pares tu atención en la de Ardera, que no es digna ni de calzarte las botas; vete a China, preséntate a la emperatriz, que enseguida te ofrecerá su blanca mano, y parte con ella al Celeste Imperio para que te canten cuando salgas al paso:

Maka kachú-maka kachú
sank fú
chiriví-chiriví.

—¿Es envidia o caridad?—le dijo Pinillos algo amostazado.

—Envidia, pura envidia que se lo come—replicó otro que quería divertirse con él—; no le hagas caso y cuenta tu aventura.

—Imposible, señores—contestó Pinillos, que, sin tener nada que decir, reventaba por charlar; pero que, fiel a su espíritu de oposición, se negaba a ello—; si le quitáis al amor sus misterios, le priváis del mayor de sus encantos.

—Seremos discretos como la tumba—aseguró uno de los muchachos en tono burlescamente dramático.

—Más discreto debo ser yo para no parecer fatuo; porque cuando se han conseguido ciertos favores, es indigno...

—Lo que es indigno, y apenas puede concebirse, es que haya quien emplee esas palabras preñadas, tan peligrosas al tratar de la honra de una mujer, que, como el cristal, al menor golpe salta en pedazos—exclamó de repente un caballero de edad madura, llamado don Juan Claro, algo pariente de Misita, y que, sentado tras de Pinillos, había oído sus necias palabras.

(1) Palabras de «Hamlet» en el drama de Shakespeare; acto 5.º, escena segunda.

Volvióse éste prontamente al ver el aguacero que encima se le venía, y dijo algo desconcertado:

—De poco se asusta usted, don Juan.

—Pues no tengo el corazón muy chiquito—replicó éste—; pero ese lenguaje, que, tratándose de una señorita, indignaría en boca de un hombre cualquiera, en la de un... joven como usted, no sólo indigna, sino que también asusta.

—¿Y qué quiere usted, señor?—dijo cínicamente Pinillos—. La juventud está muy pervertida.

—¿La juventud está muy pervertida!—exclamó el caballero—. Malo, muy malo es que la juventud seque su corazón, y, vieja sin serlo, sustituya ese generoso desprendimiento que le es peculiar, y que lleve el corazón en el pecho con el triste egoísmo que lo lleva en la cabeza; su noble ardor, que le impide ver a sangre fría una injusticia, con la culpable indiferencia, plaga de la era presente; su dulce confianza en los que nacieron antes, con ese amargo escepticismo que sólo es propio del desgraciado cansado de sufrir, que no quiere ver en la religión el bálsamo de todas las heridas. Culpable es esto; pero la *niñez*, que todavía bajo el dominio de los ayo ya ansía por estos vicios y aparenta tenerlos, es, además de culpable, ridícula en grado superlativo. Y usted, Pinillos—añadió don Juan Claro con una sonrisa—, todavía no es *joven*: aún es *niño*.

—¿Eso es decir, señor mío, que yo soy ridículo!—exclamó Pinillos con los ojos saltones y colorados como un tomate.

—No sé si habré dicho eso—replicó el claro señor—; pero una vez que usted ha adelantado la idea, yo la sostengo.

—Es que la sostendrá usted en todos los terrenos, porque yo tengo muy presente el código del honor...

—Así tuviera usted tan presente el Catecismo de la Doctrina cristiana, que no ha mucho tiempo le enseñarían.

—¡Mister Snuff!—exclamó Pinillos furioso, volviéndose bruscamente hacia el inglés, que, asustado, se metió el puño de su bastón hasta la campanilla—. Usted será mi padrino.

Y luego, con el mismo arrogante tono con que Bernardo debió decir a Aben-

Yucef: «¡Ay de ti si al Carpio voy!», dijo a don Juan Claro:

—Por este caballero tendrá usted noticias mías.

—*Your obedient, sir* (1)—graznó mis-
ter Snuff sin variar de postura.

Y siguió chupando el puño de su bastón.

—También usted las tendrá muy pronto mías—contestó don Juan con una chusca sonrisa.

Y, efectivamente: dos horas después recibía el padre de Próspero una esquelita de don Juan Claro, que era antiguo amigo suyo, en que se le noticiaba todo lo ocurrido. Cuando preocupado con su *lance de honor*, volvía Pinillos hijo a su casa, recibió orden de entrar en su cuarto, donde sufrió un arresto de quince días; además prometiéndole su padre—y Pinillos estaba convencido de que si éste era parco en prometer, era seguro en cumplir—que al menor motivo de escándalo le haría encerrar en un colegio. Los tres primeros días de arresto, Pinillos bramó en su prisión y juró matar al cobarde que le había reducido a aquel estado; al cuarto pensó escribir, como Silvio Pellico, un libro que llevase por título *Mis prisiones*. Y ya el quinto, mientras soñaba con Misita, de quien se creía peligrosamente enamorado a lo Don Juan, distraía sus continuos ratos de ocio como el cardenal de Borbón los suyos: cazando moscas, que con un pape-
lito puesto de cola hacia volar por el cuarto.

IV

Sentada junto a una mesita de caoba, sobre la que ardía un reverbero de china, bordaba Misita Ardera un primeroso pañuelo destinado a su madre, y en su vestido, tendido a guisa de alfombra, descansaba arrellanado como un gran sultán, el corpulento *Canene*, decano de los tejados y enemigo irreconciliable de la ratona gente. Sobre la misma mesa, doña Úrsula, madre de Misita, tenía abierto un mapa universal, y con la punta de una gruesa zanca de azabache,

marcaba el derrotero, que, a su parecer—por cierto bien poco náutico—, había de seguir el buque que, saliendo de Cádiz, a Cuba se dirigiese; suspiraba de cuando en cuando, y alzaba la vista hacia una imagen de la Virgen del Carmen que, colgada ante una lamparilla de aceite, sobre una cómoda se hallaba, como si quisiese poner bajo su poderosa protección aquel navegante que tanto parecía interesarle. A cada muda súplica que a la Virgen dirigía, sentía la buena señora renacer la calma en su pecho, y parecíale que ante su fervorosa oración retrocedían las soberbias olas de aquel mar que, como si realmente tuviera ante los ojos, con tanta atención contemplaba. A una respetuosa distancia, Brígida, la única criada de la casa, repasaba un poco de ropa blanca.

Aprovechemos la ocasión para dar a nuestros lectores algunas noticias acerca de doña Úrsula y Misita.

Pertenecía esta señora a una de esas antiguas y nobles familias en que se hereda de padres a hijos, al par que un ilustre nombre y una pingüe renta, lo que vale más que la nobleza de la sangre y el lustre del dinero, es decir, la caridad y la virtud cristiana. Aún no había cumplido veinte años cuando se casó con don Pantaleón Ardera, hombre brusco y tacaño, que contestaba de continuo a los pedidos de metálico que su mujer le hacía:

—Guarda, Úrsula, guarda, que la economía es madre de la prodigalidad.

—Pues, hijo, me parece que tu economía no tendrá nunca la dicha de ser madre—le contestó una vez ésta, harta al fin de su mezuquina avaricia.

Diez años permanecieron unidos marido y mujer, sin que hiciese don Pantaleón más que darle disgustos a doña Úrsula, concluyendo por morir de repente el año 1848, que fué una de las pocas cosas acertadas que supo hacer.

Quedóse, pues, doña Úrsula viuda, madre de una niña y un niño, que eran su paraíso, y dueña de un considerable caudal, que era su purgatorio; pues ella, que hasta entonces nunca pudo tomar la cuenta de la plaza sin hacer mil sumas y restar con los dedos, perdióse ahora en un dédalo de guarismos, y veíase apu-

(1) Para servir a usted.

rada por conservar aquella fortuna, que era el porvenir de sus hijos. Tenía esta señora un hermano menor, llamado Sebastián, a quien amaba tiernamente; y a este hombre, jugador incansable, desprovisto de toda idea de pundonor, y sin duda alguna hijo de la famosa economía de su cuñado, confió doña Úrsula todo su caudal, otorgándole una confianza tan ilimitada como imprudente. Vió éste el cielo abierto con la inocencia de su hermana, que atada de pies y manos en sus garras caía, y se entregó con nuevo ardor al juego, perdiendo grandes sumas de aquel capital que se le había confiado. Así pasaron dos años; pero cubierto de deudas y perseguido por sus acreedores, falsificó documentos con la firma de su hermana, y luego desapareció con una gran cantidad de metálico.

Trémula de sorpresa y espanto, oyó doña Úrsula aquella nueva tan terrible como para ella inesperada. Muy bien podía recobrar parte de su fortuna; pero para ello era necesario probar que Sebastián, aquel hermano querido e ingrato, era un *falsificador y un ladrón*. La noble sangre que corría por las venas de la dama, hervía de dolor y de vergüenza al verse en la horrible alternativa de privar a sus hijos de un brillante porvenir, o deshonrar a su hermano, haciendo caer una asquerosa mancha sobre aquel ilustre blasón, que también era el suyo y el de sus hijos, y que ostentaba por mote: *No hay quien de mí diga*.

Después de haber reflexionado mucho sobre su situación, despidió a sus criados y abandonó aquella antigua casa de sus mayores, en que había nacido y donde esperaba morir, y que ya no le pertenecía, para establecerse en una pequeña casita de la calle N., que, junto con dos o tres insignificantes fincas, habían escapado de las garras de su hermano. Allí crecieron aquellos niños, sin que jamás oyesen de boca de su madre la menor palabra de censura contra aquel su tío Sebastián, que fuera causa de todas sus desgracias. Hablábales de él como de un hombre perseguido por la fatalidad, y diariamente subía al cielo su nombre envuelto en una plegaria, pura por los

labios que la proferían, y sublime por el tácito perdón que encerraba.

Cumplía Misita a la sazón diecinueve años, y era, según la tierna y vulgar expresión de su madre (si es que vulgaridad cabe en esos poéticos epítetos que prodiga el corazón de una madre), *un pedacito de cielo*. Pero escapábase a los ojos de doña Úrsula que en el inocente pecho de su hija había clavado sus garras esa terrible enfermedad que se llama *tisis*, y que parece escoger sus víctimas en lo más tierno y florido de la juventud. Por otra parte, el carácter angelical de la niña y su continuo deseo de no molestar a nadie, hacíanle sufrir en silencio esos vagos dolores, que en la enfermedad a que nos referimos son preludios de horribles tormentos, tras de los que sigue la muerte.

Antonio, su segundo hijo, había cumplido ya diecisiete años; era alto para su edad, delgado y airoso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia, esa elegancia a quien una célebre escritora llamó la *nobleza de la gracia*, era en él innata, le era natural como su fragancia a la rosa. Su frente estaba coronada de cabellos de un rubio oscuro, y sus grandes ojos de terciopelo pardo se abrían como las puertas de un templo, dejando ver, como aquél su santuario, su alma franca, noble y bondadosa. Notábase en él ese *no sé qué* que nos encanta y atrae, y que Balzac define diciendo es un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar. Bueno como su madre, su carácter altanero no podía prescindir de mostrar algo de la brusquedad de su padre; para él no había en este mundo más cariño que el de su madre y su hermana Misita, como tampoco había más diversiones ni más amigos que su caballo *Persa* y su perro *Garabito*. Amábale doña Úrsula sobre toda ponderación; le llamaba su *erizito*; y cuando alguna broma de Misita le arrancaba una reportada, en que el difunto don Pantaleón aparecía retrasado, solía cantarle:

—Cuando Dios crió al erizo
lo crió de mala gana;
por eso el animalito
tiene tan fina la lana.

Este pedazo de su corazón era el navegante cuyos peligros calculaba doña Úrsula en las hojas del mapa. Habíanle proporcionado una buena colocación en la isla de Cuba, y lleno el pobre niño de los más laudables deseos, partió, resuelto a sacrificarse por su madre y por su hermana, o a regresar ofreciéndoles una fortuna que en su antigua posición las restableciese. Antonio no se despidió de su madre; la mañana del día de su marcha, hallábase toda la familia sentada a la mesa del comedor.

—Bendito sea Dios, hijo mío—decía doña Úrsula, cuya rosca se hallaba intacta sobre el mantel—; no has probado un bocado. ¿Quieres que te parta unas lonjitas de jamón?

—Bueno—contestó Antonio bruscamente—; mientras, voy a mandar el equipaje a la estación.

Afanada doña Úrsula en partir un pedazo de riquísimo y añejo magro, no notó que al salir Antonio se detuvo en la puerta del comedor, como si una fuerza irresistible le clavase en aquel umbral, y que luego desapareció tapándose el rostro con ambas manos. Ya no debía volverla a ver, y en vano doña Úrsula esperó la vuelta de su hijo; muchos años después conservaba la pobre madre, mohosas y medio podridas, aquellas lonjitas de jamón que debieron ser la última comida de su hijo en la casa paterna.

Pronto iba a cumplirse un mes desde la partida de Antonio, y también desde entonces ardía continuamente una lámpara ante un cuadro de Nuestra Señora del Carmen; acababa doña Úrsula la novena de la Patrona de los navegantes, y de nuevo tornaba a empezarla, creyendo en su bendita fe que ante su oración aplacaba el viento su furia, y trocaba el mar sus bramidos en dulces suspiros que imprimían al bajel de su hijo el mismo suave balanceo con que tantas veces ella le mecía en su cuna...

—No descanso hasta que tenga carta del pobrecito mío—dijo de repente doña Úrsula, cerrando el mapa y dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

—Tal vez encuentre algún buque en alta mar y aprovechará la ocasión para

escribir; pero si no, será necesario esperar la vuelta del correo.

—Y he de estar dos meses sin saber de él; sin saber si se lo habrá tragado ese mar que de él me separa!—exclamó doña Úrsula, cruzando las manos y bajando la cabeza afligidamente.

—No se apure usted, mamá—dijo Misita entre risueña y llorosa, tomando una de sus manos y apoyando la cabeza en el hombro de su madre—; no se apure usted, que Dios permitirá que le veamos volver pronto escoltado por un sinfín de talegas de onzas de oro y por un regimiento de negritos cargados de chiquillos, que vengan a decirle a usted: «¡Abuelita, abuelita!»

Y abrazando la niña a su madre, dióle un beso en su pálida mejilla.

—Y qué bien lo vamos a pasar entonces!—dijo Brígida relamiéndose ya con aquel dorado porvenir—; hasta coche vamos a echar.

—¿No he de apurarme, hija—replicó la madre devolviéndole sus caricias—, si ahora, luego y siempre tienen que amargarme el pan de cada día los trabajos que ese hijo de mi alma por mí pasa? ¡Ay! Es mi suerte tan triste, que nada bueno se me ha logrado; y es mi hijo tan bueno y tan hermoso, que Dios se lo llevará, porque los ángeles no son de la tierra y sólo están bien en el cielo; milagro será si la Virgen me concede volver a abrazarle sano y salvo.

—Pues no lo ha de conceder!—exclamó Brígida—; *pobre porfiado saca mendrugo*, y sólo por no oírnos lo hará Su Divina Majestad.

—Pero si no hay motivo alguno; no desconfiemos: que la imaginación es la que corre y el corazón el que se cansa.

—No, hija mía; no desconfiemos, que

El que llorando a Dios suspira y pide, siempre le acoge y nunca le des pide.

V

El piso alto de la casa de doña Úrsula lo habitaba un tal don Basilio, capitán retirado que había venido a sentar allí sus reales, en compañía de una nietecita de cuatro años; bello y desgraciado ángel,

que al morir su madre derramaba su primera lágrima, y al morir su padre desplegaba su primera sonrisa, viniendo a quedar abandonada y sola bajo la triste guarda de su abuelo, que le prestaba su sombra, como se la presta un grave ciprés al alegre rosal que cobija con sus ramas. Mariquita, que tal era el nombre de la niña, reunía a todos los encantos de la niñez y la inocencia, el que le prestaba su desgracia, y duro había de ser el corazón que no se sintiese conmovido ante aquella preciosa carita que sonreía engarzada en su gorrieto de luto, como sonreiría un niño alegre y tranquilamente acostado en un ataúd. Doña Úrsula, Misita y hasta Brígida, habíanse apegado a ella de tal modo, que de continuo la tenían en su casa.

Pocos días después de lo que en los anteriores capítulos queda referido, hallábase una tarde Misita Ardera sentada en la única ventana baja de su casa, cosiendo un vestido negro con lunares blancos, que al quitarse el luto había de ponerse Mariquita; ésta, gravemente sentada en una sillita baja, mecía, reclinando la silla hacia atrás, el sueño de uno de esos niños que llaman *lorrones*, y a los que, cometiendo un anacronismo de a folio, ponen, en la edad de los pucheros y las muñequillas, una reverenda calva, digna del más vetusto pensador de los modernos civilizadores. Envolvialo en unas mantillas que ella misma había cosido; colocábalo cómodamente junto a su pechito, y le cantaba, imitando a la perfección, esa dulce tonada con que las madres acostumbran arrullar el sueño de sus hijitos:

—Dime, niño chiquito,
¿quién te ha pegado?

—Como soy chiquitito,
yo no lo *sabo*.

—Mariquita, no te respaldes, que vas a caerte—le dijo Brígida, que, sentada en medio de la habitación, zurcía unas medias de su señora.

—¡Calla! Que con esa voz de campana hueca me lo vas a despertar—replicó la microscópica madre poniendo un dedo sobre su boquita.

Y sin hacer caso del prudente aviso, continuó:

—Duerme, niño chiquitito,
que viene el coco,
y se lleva a los niños
que duermen poco.

¡Qué bellos, qué poéticos y qué tiernos son esos dulces cantares que, modulados en notas vagas y sin precisión, pero dulcísimas, vienen a despertar en nosotros, como un eco lejano, un recuerdo que rara vez acude a la mente sin lágrimas en los ojos! ¡El de la madre que nos adormeció en su regazo!... ¡Feliz aquel a quien Dios da por timbre ese santo lecho, y, según un autor católico, recibe de su mano una corona sin combate y una palma sin martirio!

No bien concluyó Mariquita su última copla, cumplieronse los vaticinios de Brígida; y perdiendo la niña el equilibrio, cayó de espaldas, enseñando una redonda piernecita, semicubierta por unos calzones bordados; en cuanto al niño, fué a parar en medio de la habitación, sin dar muestras de haber despertado, resonando lastimosamente su calva contra el pavimento.

—¡Hija mía! ¡Vaya por Dios!—gritaron a un tiempo Misita y Brígida corriendo hacia ella.

—¿Dónde te has dado?

—¡Aquí, aquí!—gimió la niña, señalando la parte superior de la cabeza, y llorando a gritos, más por el susto que por el porrazo.

—¡Eso no es nada! ¡Pícaros ladrillos, que han lastimado a mi niña!

—Ya se acabó, eso no es nada—dijo Brígida.

Y pasando suavemente la mano por el sitio lastimado, añadió:

—Sana, sana,
carita de rana;
si no sana hoy,
sanará mañana.

—Vente aquí conmigo, corazón, que Brígida va a contarte un cuento—dijo Misita volviendo a la ventana, y sentando sobre sus rodillas a la niña, cuyo

rostro aparecía rociado de lágrimas del tamaño de garbanzos, mientras el pobre llorón daba un solemne mentís a su nombre permaneciendo sin chistar con la calva contra los ladrillos.

—¡Qué lástima de perlitas, que las quisiera la Reina de España para su corona!—chilló Brigida destempladamente, limpiándole las lágrimas con el pañuelo.

Y luego añadió:

—No llores niña,
no llores más,
que a mí me aflige
verte llorar.

—Cuéntame el cuento—dijo Mariquita, reclamando la promesa ofrecida.

—Pues, señor, que era vez y vez de un gato, que tenía los pies de trapo y los ojos al revés. ¡Quieres que te lo cuente otra vez?

—¡Ea! Que me cuentes el cuento. ¡Misita, dile que me lo cuente!—dijo la inválida niña, volviendo a encapotarse y amenazando un nuevo chubasco.

—Vamos, Brigida, cuénteles usted el cuento y no la muela más—dijo Misita.

—Allá voy, allá voy, cuartito de alfeñique, que tienes tantas mantequitas, que te derrites al sol—contestó Brigida con mucho mimo.

Y recobrando de repente su gravedad, empezó así:

«Érase vez y vez de un matrimonio tan pobre, tan pobre, que la mujer tenía telarañas en el gañote de no usarlo, y el marido no podía ni asomar los bigotes a la calle de pura miseria que se lo comía. Pues, señor, que iba una mañana el marido por el campo, mirando para el suelo, por ver si se encontraba a la fortuna, y al pasar por una huerta se halló una mota; entró en la huerta más contento que unas pascuas y le compró a la hortelana una col tan grande, tan grande, que apenas podía con ella. Se la echó a cuestras como pudo y fué a llevársela a su mujer para que la guisara; cogióla ésta, y viéndola tan hermosa, dábale lástima de partirla hasta que decidió, por último, sembrarla en un corralillo que en la casa había; no lo llevó a mal

el marido, y al cabo de algún tiempo creció tanto la col, que ya llegaba al cielo. Una tarde estaba la mujer ya tan apurada porque hacía veinticuatro horas que no cataba la gracia de Dios, y no iba a tener más remedio que echar mano de su hermosísima col; fuése al corral muy triste para arrancarla, y, viendo que llegaba al cielo, se le ocurrió subirse por ella y pedirle a San Pedro una limosnita; tan pronto hecho como dicho, empieza a subir de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al cielo; no se usan por allí campanillas, y así llamó: ¡tras, tras!, con los dedos de la mano.

—¡Quién es?—preguntó San Pedro, que tiene muy mal genio, abriendo el postiguillo de la puerta.

—Soy una pobre infeliz que no tiene que comer, y venía a ver si me hace usted la caridad de darme una limosnita por el amor de Dios.

«San Pedro, que aunque es viejo y gruñón, tiene muy buenas entrañas, se compadeció de la pobrecilla, porque traía en la cara más hambre que un maestro de escuela, y entrándose dentro, salió a poco cargado con una mesita.

—Toma, hija, esta mesita—le dijo entregándosela—, y cuando te veas apurada, dices: *Mesita, componte*.

—Dios se lo pague a usted y se lo dé de gloria—contestó ella, echando a correr de penca en penca, de penca en penca, hasta que llegó al suelo.

«Como las mujeres *semos* tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y apenas soltó la mesa en el corral, dijo: *Mesita, componte*. Hija mía, como si lo hubiera tocado con una varita de virtudes, se cubrió la mesa de una comida más abundante que la que se pone en la mesa del rey; en cuanto vino el marido le contó todo lo que había pasado, y se dieron ambos a dos una *atraquina*, que con el dedo se lo tocaban. Pasaron así algunos meses, y al cabo de éstos, dijo un día el marido a la mujer:

—Mira, Andrea, es menester que vayas a ver a San Pedro y le pidas algún dinerillo; pues si por lo que toca al pico estamos ya seguros, nos hallamos como quien dice *en cuerecitos* y era menester que mercásemos alguna ropita.

«La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo; estaba San Pedro sentado a la puerta, tomando el sol, cuando vió venir a la mujer.

«—Otra te pego!... ¿Qué se te ofrece, empalago vivo?—le gritó sonando las llaves del cielo que tenía en la mano.

«—No se incomode su mercé—replicó Andrea—, pero venía a ver si me daba usted algún dinerillo, aunque fuese a dita, para mercarle a mi Juan unos calzones, porque tiene los suyos con más lagas que un San Lázaro.

«—Caracoles con la mujer, que parece le ha hecho la boca un fraile pediguéño!—refunfuñó San Pedro, metiéndose adentro y volviendo con una bolsa, que dió a la mujer.

«—Toma, *Mari-pidona*—le dijo—, y cuando tengas apuros, dí: *Bolsita, componte*.

«—Dios se lo pague a usted! y se lo...

«—Anda, anda con viento fresco, y no vuelvas por aquí hasta que traigas nietos.

«Bajó la mujer más de prisa que si llevase el diablo entre las piernas, y en unión de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron a la bolsa: *Bolsita, componte*. No bien lo hubieron dicho, apareció la bolsa llena de unos pesos duros más hermosos y más brillantes que las estrellitas del cielo.

«Pasaron otra porción de meses, en que marido y mujer echaron plantas de alcalde y humos de *menistro*; pero como el paño fino se conoce por la trama, y la suya era de hábito de capuchino, comprendieron los demás usías que eran vinos de mal criadero, empinados sobre sus talegas. Revolvíaseles a ellos la sangre en el cuerpo de pura soberbia, hasta que la mujer determinó ir a pedirle a San Pedro una *alcuña* más noble que la de la Reina de las Españas.

«Estaban aquel día en el cielo de limpiado; y a la puerta sacudían los angelitos unas esteras bajo la inspección de San Pedro; así que éste vió venir a la mujer, le gritó:

«—¡Tú por aquí! ¿No te dije que no volvieras hasta que no trajeses nietos?

«—¡Sí, señor!; pero...

«—¡Qué peros ni qué camuesas, que eres peor que unas tercianas! ¿Qué se te ofrece?

«—Quisiera una *alcuña* noble, porque todos me miran por encima del hombro y me dicen cuando salgo en mi coche:

«Andrea estropajo:
hoy está boca arriba,
ayer iba boca abajo.»

«Alzó San Pedro la cara y quedóse mirando a la mujer, y aun dicen que blandió la vara con que sacudía las esteras.

«—Espérate ahí, marquesa de la Bamba, que voy a darte lo que pides—dijo sacando de la faltriguera una porrita de una cuarta de largo—. Toma esta porrita, y cuando estés con tu marido, dí: *Porrita, componte*.

«Bajó la mujer a galope de penca en penca, creyendo era ya su dicha completa, y no bien hubo visto a su marido, gritó:

«—*Porrita, componte*.

«¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!, porque empieza la porrita a dar coscorrones, de la cabeza del marido a la de la mujer, y de la de la mujer a la del marido, hasta que me los dejó blandos como una breva; y no fué esto lo peor, sino que la mesita y la bolsa perdieron su gracia, y por más que gritaban ¡*Componte!*, quedaban *múas* como un marmolillo y *paraas* como una esquina. Y todo esto fué castigo de su mucha ambición y codicia, porque, como lo canta el refrán, *la codicia rompe el saco*, y a ellos les rompió el saco y también la cabeza.

«Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimiento; yo fuí y vine, y no me dieron *naa* más que un zapatillo de afrocho, que lo colgué en el techo y se derribó.»

«—¡Otro, otro!—gritó Mariquita no bien hubo concluído.

«—¡Qué otro ni qué otro, si tengo las fauces secas de puro charlar!—contestó Brígida—. ¿Quieres que te suceda por *pidona* lo que a la mujer del cuento?

Sonó en este instante la campanilla de la puerta y Brígida fué a ver quien llamaba. A poco volvió diciendo:

«—Señorita, ahí está un *melitar* preguntando por la señora.

—¿Un militar?—replicó Misita con extrañeza.

—Pues dígame usted que suba y avise a mamá.

La visita anunciada por Brígida era un guardia marina amigo de Antonio, que, habiendo encontrado al salir de la bahía de Cádiz el buque en que éste iba, se encargó de entregar a doña Úrsula una onza de oro que su hijo le enviaba, junta con la siguiente carta, lo cual no había hecho antes por habérselo impedido asuntos del servicio:

«Mi queridísima mamá: Dispénsame usted que empiece hablándole de dinero en una carta que, por ser la primera que le dirijo, debiera dedicarla exclusivamente a hablarle de mi cariño; pero además de que es éste muy sabido, como lo uno es consecuencia de lo otro, le diré que he cobrado veinticinco duros, primer dinero que con mi trabajo gano, de los cuales me he reservado nueve para mis gastos particulares, y le envío a usted los dieciséis restantes, como dueña que es de todo lo mío, empezando por mi propia persona. Yo quisiera, sin embargo, si a usted le parece bien, que le diesen alguna cosita a la *señá* Juana, la pobre a quien yo daba limosna los domingos; así Dios bendicirá mi trabajo y me dará fortuna para ganar más.

«Yo estoy bueno, madre mía; pero me acuerdo tanto de usted, que tengo a veces que encerrarme con *Garabito* (era éste un perro de que ya hemos hecho mención, compañero inseparable del pobre niño, y que le había seguido en su viaje), que es el único que me comprende, y allí le rezamos los dos a la Virgen de la Merced, cuyo escapulario tengo. Vaya usted a su iglesia a rezarle una Salve de mi parte, y dígame, como ya yo se lo tengo dicho, que cuando vuelva a ésa, si es su santa voluntad que así sea, he de comprarle un manto de tisú de oro. ¡Ay, madre de mi alma! ¡Todavía no he perdido de vista las costas de España, y ya tengo unas ganas de darle a usted un abrazo! Ahora no podría usted decirme su *erizito*, pues soy más amable que el no tener: ¡ya se ve!, ¡me falta mi madrecita que me mimaba y mi hermanita que me aguantaba!

«Que cuiden mucho a *Persa* (éste era su caballo, de que también se ha hecho mención), y que lo saquen a paseo para que no se vicie; cuando yo vuelva será ya tan viejo, que no podrá ni con la fe de bautismo en papeles. A Misita dígame usted que vaya comprando plumas para escribirme cuantas noticias y chismes haya por ésa.

«Adiós, madrecita de mi alma; no soy más largo, porque mi amigo Juan de Silva, que es el dador, no puede detenerse más; todas las noches que haya luna suba usted a la azotea, al dar el toque de ánimas, y mírela, porque a esa misma hora la estoy mirando yo; entonces rezo un Padrenuestro por los difuntos, y a usted le envía con ella un beso su hijo que la quiere mucho, mucho, muchísimo,

ANTONIO.

»P. D.—En este instante ladra *Garabito* como si mandase memorias. Como me encargó usted, reservo las camisas blancas, y estoy usando las de color.»

¿Quién podría pintar lo que sintió doña Úrsula al leer aquella carta? Lloraba, rezaba, reía, y abrazó a Juan de Silva, valiente marino a quien el huracán dejaba impávido y la tempestad hacía sonreír, y que sintió correr sus lágrimas ante el entusiasmo de aquella madre. ¡Con qué complacencia contestaba al diluvio de preguntas que ésta le hacía!

—Dígame usted: ¿está muy grueso? ¡Hijo de mi alma! Estará muy quemado del sol. ¿Ha crecido? ¿Estará muy triste? ¡Bendita sea su vida, y qué de cosas le diría a usted para mí! ¡Se peló por fin, o tiene el pelo largo? ¿Está muy alegre? ¿Me echa mucho de menos? Tendría puesto un sombrero de alas anchas que llevó para el sol.

Aquella misma noche fué a casa de un platero, y mandó echar un engarce de oro a la onza que su hijo le había enviado, para poder, como si fuese un broche para el pecho, conservarla eternamente. Luego fué a la iglesia de la Merced a cumplir el encargo de su hijito, y de vuelta subió a la azotea con la

misma ligereza de Misita, que tras ella venía. La luna, destacándose entre millares de estrellas del sombrío azul del cielo, bañaba en su argentada claridad como en un suave bálsamo a la tierra. Doña Úrsula la miraba atentamente, como si quisiese descubrir en su disco de plata la señal de la mirada de su hijo. De repente, una campana, grave como la oración de un cristiano, rompió el silencio de la noche: era el toque de ánimas. Doña Úrsula y Misita cayeron de rodillas y rezaron un Padrenuestro por los difuntos; luego, como impulsadas por el mismo pensamiento, dieron un beso en la punta de los dedos, y lo enviaron a la luna. Allá en la inmensidad del mar, de rodillas sobre la cubierta de un buque, y teniendo junto a sí un hermoso perro manchado de canela, un niño rezaba también un Padrenuestro por los difuntos, y enviaba un beso a la luna.

¿Cuánto no se hubieran reído los escépticos y hombres positivistas, que se niegan a verter una lágrima y a murmurar una oración, si les hubiese sido dado contemplar tanta fe, tanta ternura, tanta inocencia! Pero en el mar sólo escuchaban al niño sus majestuosas olas, que, graves y tristes, venían a besar los costados del buque, como si contestasen a su oración: *Requiescant in pace*. En la tierra sólo escuchaban a la madre las macetas de claveles, que desde un rincón de la azotea humillaban sus perfumadas cabecitas, como si la acompañasen en sus ruegos. Y allá en el cielo escuchábase a uno y otro María, la Madre de Dios, que acogía sus súplicas y enviaba como compensación, al que rezaba en el mar, la esperanza; a la que en la tierra, la resignación cristiana, y a ambos su bendición pura y santa.

VI

Se ha dicho, y tal creen muchos, que en Jerez no hay sociedad, y que una persona fina y bien educada es allí un mito, un fénix, una utopía, una creación fantástica.

Y no son los que tal dicen (que eso nada de extraño tendría) alguno que

otro de esos revisteros que sacrifican a un chiste o a un ridículo todo lo que no sea su bolsa o su pellejo; por desgracia, de igual modo opinan algunos indígenas de esta misma sociedad tan calumniada, tales como Próspero Pinillos, al mismo tiempo que se lamentan de vegetar en su centro. Este afán de despreciar lo propio y envidiar lo ajeno, que inspira a los Pinillos imprecaciones más elocuentes que las de Dido contra Eneas, revela en los primeros la más crasa ignorancia sobre este punto, y en los segundos mala intención y la más rematada necedad.

¿Qué entenderán por finura estos modernos regeneradores del trato social, cuando la niegan a una de las pocas poblaciones en que se conserva aún aquel franco, serio, digno y caballeresco trato español, que va desapareciendo en unión de todos nuestros usos y costumbres, arrasados por el fuerte viento que de los Pirineos sopla?

¡Ay, mi buen lector! Si atrasados estamos, progreseemos con dos mil de a caballo; pero progreseemos siendo españoles y dejando a un lado el ridículo empeño de parecer franceses unos, ingleses otros, olvidando que cada nación tiene su fisonomía particular, y que tan mal sienta a una española el *madame* francés o el *mistress* inglés, como a una francesa o inglesa el castizo y caballeresco *doña* que usaron las reinas españolas, y que ha venido a ser entre la gente joven atributo exclusivo de las pelucas empolvadas.

¿Quieres saber lo que por vulgar, ganso y *antifashionable* es desterrado por los que en Jerez, como en todas partes, aspiran a guiar la opinión pública, presentando la suya fuertemente impregnada de un perfume extranjero? Pues escucha la vida de cualquiera de esas señoras de provincia que tanto abundan en la para nosotros respetabilísima sociedad de Jerez.

Si vas por la mañana a su casa la encontrarás rodeada de sus hijas, a quienes enseña a obedecer, para que a su vez sepan mandar; a quienes enseña a ser mujeres de su casa, sin dejar de ser señoras, en toda la extensión que en lo antiguo se daba a esta palabra, cuan-

do era considerada como sinónima de cristiana y culta, noble y distinguida. A la vista de este cuadro, involuntariamente se te vendrá a la memoria el que ofrecían aquellas antiguas castellanas de la Edad Media, que dejaban el torno y la rueca para ir a recibir al rey, que llamaba a las puertas de su castillo. Isabel la Católica, tejiendo las camisas de su marido el rey Fernando, nos ha parecido siempre el tipo más acabado y el más cumplido ideal de la verdadera señora.

Pues vuelve al anochecer, cuando ya la campana de la oración anuncia la huida del día. Luego que ésta ha sido rezada y han besado los hijos la mano de su madre, se ponen todos en marcha hacia la casa de la abuela, donde, además de toda la familia, se reúnen los amigos íntimos que forman la familia del corazón. Preside la anciana matrona este tranquilo y dulce cuadro por el derecho que le dan sus años, que no la cargan ni la oprimen, sino la hacen subir al altísimo trono de la vejez; le dan por cortesanos sus hijos y nietos y por corona sus canas; porque allí donde ese afán de parecer lo que no es (rasgo sobresaliente de nuestra época) sólo ha conseguido tiznar con desaseados cosméticos las cabezas de dos o tres ancianos, raro es el que se priva de lucir esta diadema de plata en que Dios grabó la palabra *experiencia* para que los hombres contestasen con la de *respeto*. Todos reconocen este santo derecho que hemos de heredar y se apresuran a prodigarles sus obsequios, que no son falsos ni embusteros, sino salidos del corazón; allí, allí es donde se encuentra una sociedad oculta, amena e ilustrada como cualquiera otra, y CRISTIANA como ninguna otra. Los que la niegan, búsquenla; pero no en los casinos, ni (preciso es decirlo) en las bodegas; búsquenla en el hogar doméstico, donde si no se encuentra el juego como en los primeros, ni el vino como en las segundas, encuéntrase el suave trato de señoras, el santo amor de la familia y la moral más profunda y cristiana.

A uno de estos alegres y pacíficos círculos solían concurrir a prima noche

doña Úrsula y su hija. Componían la familia de la casa doña Petra Sandoval, rica viuda, y sus tres hijas: Rosa, Pepa y Paca, que de cinco que tenía eran las que por casar quedaban.

Dividíase el salón de doña Petra en cámara alta y cámara baja. Doña Úrsula, la viuda de Sandoval, una hermana de ésta, viuda también de un título de Castilla, una parienta pobre llamada Florita, que entre ambas mantenían, y las dos hijas casadas de doña Petra, formaban la cámara alta; y en la baja: Rosa, Pepa, Paquita, Misita Ardera y una porción de primas y parientas, ayudadas de algunos muchachos que acudían atraídos por las enaguas como por la miel las abejas, de tal manera charlaban, reían, criticaban y divertíanse a costa del prójimo, ocupaciones todas necesarias a la juventud, que había merecido su nocturna tertulia el nombre de *Club de la Tijera*, de cuyo alegre comité, gracias a su genio bromista y chistosamente burlón, había sido proclamada presidenta Paquita, la menor de las hijas de doña Petra.

En la noche del día siguiente al que doña Úrsula recibió la carta de su hijo, la cámara alta jugaba, como siempre, al tresillo; y la baja, por distraer el tiempo, a juegos de prendas.

Contábase en el número de los tertulianos, a más de otros varios muchachos, el marqués de Valmes, que por ser algo pariente de doña Petra visitaba la casa, y Próspero Pinillos, que conociendo a la rica viuda desde pequeño, seguía al marqués como la sombra sigue al cuerpo. Hemos dicho que éste creíase enamorado de Misita a lo Don Juan, y bien hubiera querido acercarse a ella por ver si sus amorosas ansias rompían al fin en una ardiente declaración; pero más listo el marqués, ocupó el único asiento que junto a la preciosa niña quedaba vacío, la cual, cortada y ruborosa con las miradas de Pinillos, no se atrevía a levantar la vista por miedo de encontrarse con la de su diminuto pretendiente.

Sentados caballeros y señoras formando un círculo, entreteníanse en apurar una letra, y para ello cada uno había

de tirar un pañuelo al que de su voluntad fuese, preguntando al mismo tiempo:

—¿De La Habana ha venido un barco cargado de...?

Y el preguntado contestaba prontamente alguna palabra que con la letra que se trataba de apurar empezase. Mas si no se le ocurría palabra alguna o no era dicha con la prontitud requerida, había de dar una prenda, lo cual era celebrado siempre con mil burlas y exclamaciones de alegría.

—¿De La Habana ha venido un barco cargado de...?—preguntaba Paquita, enviando a Pinillos el pañuelo con una maliciosa sonrisa.

—*Amor* (1)—contestó almiradamente éste, mirando a Misita de una manera harto significativa, al mismo tiempo que le arrojaba el pañuelo haciéndole la conocida pregunta.

Aturullada ésta por las miradas de Pinillos, y deseando, al mismo tiempo que responder al marqués que en aquel instante la hablaba, pronunciar la palabra que le correspondía, exclamó incontinentemente, volviendo el pañuelo a Próspero con mucha prisa:

—*¡Alcornoque!*

—Se prohíben las alusiones personales—dijo el marqués, muy quedito, al oído de Misita.

Poco a poco fué apurando verdaderamente la letra, y reuniéronse gran número de prendas, que ocultas en la falda de Paquita habían de sentenciarse.

—Usted, Próspero—dijo ésta cogiendo una de ellas sin enseñarla—, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?

—Si es del sexo bello, que haga un ramillete de flores; y si del feo, que lo pongan en un compromiso.

—¡Eso es, eso es!—exclamó alegremente el auditorio—. Un compromiso.

—Que diga cuál es la más fea y cuál la más bonita de las que están presentes.

—Que diga la que más le gusta.

—¡Orden, señores, orden!—decía Paquita dando con un cuchillo de abrir papel en un jarrón de china.

—Que hablen todos y calle uno.

—Silencio—pide la presidenta.

—¡Señores!—gritó Pinillos, poniéndose de pie sobre un taburete—; yo, como el consultado que he sido, pido la palabra. El compromiso ha de ser éste: Que luzca su ingenio comparando con un cuadrúpedo a cada una de las señoras presentes.

—¡Eso es, eso es!—gritaron todos.

—Pues luzca usted su ingenio, marqués—dijo Paquita dando a éste un guante, que era la prenda por él entregada.

Colocóse el marqués en medio del círculo, y poniendo en aprieto los recursos de su imaginación, fué comparando a cada una de las muchachas con un cuadrúpedo. Parecíase una al caballo, en lo noble; otra al armiño, en lo blanca; aquella al león, en lo generosa; esta otra al ciervo, en lo ligera; la de más allá al perro, en lo leal; Paquita al cerdo, en no tener desperdicio; Misita al cordero, en la dulzura.

Sólo le quedaba, para salir del aprieto, una morenita que vestía hábito de los Dolores, y a la que, no sabiendo ya el pobre marqués con qué cuadrúpedo compararla, dijo:

—Usted, por lo negro de su vestido, se parece al...

—¡Pues...! Al cuervo, en la pluma—le apuntó por detrás Pinillos, con aquel aire de satisfacción del que sale triunfante de un grande apuro.

Una carcajada general acogió la salida de Próspero.

—¡Muy bien! ¡Bravo!—gritaron por todas partes.

—¡Bien por el moderno Linneo!

—¡Es en Londres donde los cuervos tienen cuatro patas!...

—¡Nada, nada—exclamó Paquita—; de hoy en adelante, de las aves, el conejo; de los líquidos, el azúcar; de los cuadrúpedos, el cuervo!

—Pero, señores, creo que comprenderán ustedes que ha sido una equivocación—dijo Pinillos, corrido, al verse objeto de las burlas generales.

—¡Por supuesto! ¡Ya lo creo!

—Sí; si sabemos que has estudiado Historia Natural.

—Y que eres bachiller.

—Y un gran naturalista.

(1) Suponemos ser A la letra que trataba de apurarse.

—Y que has estado en Londres.

—¡Orden, señores, orden, que si no va a ser esto el cuento de nunca acabar!

—exclamó Paquita.

Y dirigiéndose al marqués, añadió:

—Usted, como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?

—Que improvise unos versos.

—Pues evoque usted a las nueve musas, Pinillos, que suya es la prenda—dijo Paquita dándole una fosforera de plata, que como prenda había entregado.

—Pido algún tiempo de término.

—Cinco minutos por el reloj—dijo uno de los muchachos sacando el suyo.

Retiróse Pinillos a un rincón, y vuelta la cara hacia la pared, un dedo sobre los labios, fijos los ojos en el techo, y contando, al parecer, las sílabas del verso con los dedos de la mano derecha, quedó inmóvil y silencioso, hasta que, pasados los cinco minutos, volvió en medio del círculo, donde con levantada voz y dirigiendo significativas miradas a Misita, dijo estos versos que había leído en un papel viejo y aprendido de memoria:

¿Viste cuando un cazador,
con paso lento y constante,
sigue la caza adelante
con afán y con ardor?
Pues en el campo de amor
ese cazador yo he sido,
y no encontrando, aburrido,
la caza que yo tiré,
volví la cara, y miré
que yo sólo era el herido.

—¡Bravo, muy bien!—gritaron de todas partes, mientras Pinillos, reventando de satisfacción, se inclinaba modestamente:

—De seguro que Apolo se roe las uñas de envidia.

—Y las musas, de contento, van a dar un *the dansant*.

—No sabía yo que el señor Pinillos era poeta.

—¡Ah! Es un moderno lord Byron.

—¡Vaya si lo es!—dijo Paquita—. Yo he leído varios versos suyos.

—Bien podrá ser—replicó Pinillos—; aunque he escrito muy pocos y nunca para el público.

—Pues no sólo los he leído, sino que los conservo en la memoria, y si usted me da permiso, he de recitarlos.

—Que los recite él, que es el autor.

—De ninguna manera—contestó Pinillos galantemente—; porque si algún mérito tienen, será el ser dichos por una boquita tan linda.

—Gracias, señor poeta; y aunque los desluzca, los diré, ya que es usted tan amable.

Y la traviesa presidenta, después de una burlona tosecita, dijo con la mayor formalidad:

Doce meses esperando
y siempre calles corriendo,
siempre luces encendiendo,
siempre luces apagando;
siempre alumbrando, señor,
los sitios de esta ciudad,
y siempre, por Navidad,
se vió que el alumbrador
tuviese un *plus* por favor
de toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al concluir Paquita el último verso.

—¿Quién le ha dicho a usted que esos versos son míos?—exclamó Pinillos, cuya cara habíase tornado, de resplandeciente sol, en nublada luna, a medida que Paquita recitaba la décima.

—¿Cómo, que no son de usted?

—¡No me faltaba a mí más sino componer décimas pidiendo aguinaldos!

—¡Pues tiene usted razón!—exclamó Paquita sin dejar su burlona formalidad—, ahora caigo en que esos versos son los que por Pascua trajo el alumbrador de la calle, y esta picara memoria mía ha hecho que con los de usted los confunda.

—¡Ay, Paquita, Paquita, dejaría usted de ser chica para ser burlona!

—¡Mire usted quién habla, tú que tienes el alto de un perro sentado, y que no llegaste a pino, sino que te quedaste en pinillo!

—Aquí sí que viene bien lo que dijo la sartén a la caldera: *¡Quita allá, que me tizas!*

—Pues a mí me gustan los hombres chiquititos, porque me acuerdo de aquello de *Marcela*, o *cuál de las tres*:

Puesto que el hombre no es bueno, le prefiero chiquitín; que en pequeño vaso, al fin, no cabe mucho veneno.

—Tienes razón—replicó Paquita—; pero sepa usted que siempre se ha dicho: *Hombre chiquitín, embustero o bailarín*; y de la mujer chiquitina nada se ha dicho que yo sepa.

—¿Que no?... *La mujer, chica; porque de lo malo, poco*. Creo que fué San Agustín quien lo dijo.

—Más a mi favor todavía; pero, cuidado con las chicas, que chica es la pimienta y pica y repica...

Levantóse en esto doña Úrsula para retirarse; pero una súplica general le hizo volver a su asiento hasta que las prendas fuesen sentenciadas.

—Usted, como agraviado, ¿qué le manda al dueño de esta prenda?—preguntó Paquita a Pinillos.

—Que improvise otros versos, y ¡ojalá sea usted la dueña, que yo le prometo vengarme!

—Gracias por la buena intención, pero es usted otra vez el favorecido, con que al rincón, y chitito, que las conversaciones inútiles ahuyentan las musas.

Recogió Pinillos su prenda, y dirigiéndose al rincón, que para él fuente de Hipocrene era, permaneció allí un breve rato, al cabo del cual dijo, parodiando cierto trozo de una comedia de Calderón, que había oído a un amigo:

Cuentan de Momo, que un día
a sus solas se burlaba
de un entierro que pasaba.
¡Habrá otro, entre si decía,
que sea más burlón que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
se estaba Paca riendo
del mismo que se rió.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Soberbio!

—¡Ay! ¡Si Calderón levantara la cabeza!...

—Se volvería a morir de pura envidia.

—Eso merece una corona.

—Y yo he de ofrecérsela—dijo Paquita, yendo ligera como un pez a cor-

tar una rama de los laureles del patio, que el marqués ciñó a las sienas de Pinillos, el cual, subido sobre un taburete, saludaba a diestra y siniestra, en medio de las aclamaciones y risas de una alegría tan franca, tan espontánea y tan comunicativa, que fueron a resonar sus ecos en la grave y serena cámara alta, haciendo exclamar a doña Petra:

—¡Qué edad, qué edad tan dichosa, en que todo alegra y hace reír!

—Dios les conserve por mucho tiempo su alegría, porque, una vez perdida, no se recupera—replicó suspirando doña Úrsula.

Concluyéronse, por fin, de sentenciar las prendas, y retiráronse Misita y su madre, juntamente con el marqués de Valmes, que las acompañó hasta su casa. Hízole allí doña Úrsula los ofrecimientos de costumbre, y despidióse, por fin, el marqués, no sin volver la cabeza, en tan buena ocasión, que, volviéndola Misita al mismo tiempo, sus miradas se encontraron.

—¿Por qué no cenas?—decía doña Úrsula aquella noche, al ver que su hija no tocaba el plato que delante tenía.

—Porque no tengo ganas; me duele la cabeza.

—Pues bastante te has reído con el marquesito; sino que estas niñas del día son candil en la calle y oscuridad en casa.

Misita suspiró, y dando un beso a su madre, fuése a acostar sin decir palabra.

VII

—¿Quiere usted no hacer ruido? ¡No ve usted que la niña se acostó anoche tarde, y está durmiendo?—exclamaba doña Úrsula al ver que Brigida barria furiosamente delante del cuarto de Misita, cantando a grito pelado:

El tío Pelotillas
mató a su mujer,
la hizo pedazos
y la puso a cocer.
Todo el que pasaba
olía a manzanilla,
y era la mujer
del tío Pelotillas.

Brígida, que, sin ser mala, tenía el carácter fuerte, dejó caer la escoba con todo el estrépito posible, refunfuñando:

—¡Pues no faltaba más para los días de fiesta! Yo me levanto temprano y me acuesto tarde, y no soy de palo; después no puedo aviar el cuarto hasta las tantas, y tengo que hacer. Conque a ver si nos ponemos como los pinos...

Doña Úrsula entró en el cuarto de Misita y corrió las cortinas, para evitar que el sol, que ya por las ventanas entraba, despertase a la niña. Ya hacía algún tiempo que, observadora continua de sus hijos, como todas las madres lo son, había notado en el antes tan igual y tan dulce carácter de Misita ciertos períodos de melancolía y de profundo desaliento, que llegaron a alarmar su tierno corazón de madre. Pero, tranquilizada por los médicos, que si bien la habían encontrado hartó endeble, no conocieron entonces la enfermedad física que la minaba, atribuyó la buena señora la tristeza habitual de su hija a rarezas, manías, que, por aquello de quien más mira menos ve, en vano trataba de explicarse. Pero si hubiese tenido más conocimiento del corazón humano, tal vez hubiera comprendido que lo que a ella le parecían rarezas y melancolías exageradas, eran los resultados de un amor espontáneo que había nacido en el corazón de la pobre niña, sin que ella misma se diese cuenta de lo que sentía.

No pudo Misita tratar tan de cerca al marqués de Valmes sin experimentar hacia él, primero una misteriosa simpatía y luego una irresistible inclinación, aumentada de continuo por las galanterías de Pedro, que, al parecer, en extremo gustaba de ella. Mas como la inocente niña era modesta, tímida y desconfiaba mucho de sí misma, conceptuó como un imposible alzarse hasta aquel hombre que tan superior le parecía, no obstante, que sólo en riquezas la superaba. Pero no por eso se creyó una víctima del infortunio y del amor, de ese niño ceguezuelo y tirano a quien tantos males debemos; no pensó en retirarse a un sombrío claustro, y mucho menos en tomar pasaporte para el otro mundo:

ella nunca leyó más que el *Año Cristiano* y las novelas de Fernán Caballero, y allí nada pudo aprender que no fuese santo, noble y cristiano. Creyó lisa y llanamente que Dios la daba aquella cruz como a cada uno de por sí la suya, y ciñó su cabeza con la corona de espinas que el sufrimiento le ofrecía, sin tomar por eso los aires de una víctima inmolada en las aras del amor. Triste estaba, porque sufría y no sabía disimular; pero su tristeza era dulce, apacible y resignada.

En cuanto al marqués, que tan afortunado hubiera podido llamarse si hubiese comprendido el inmenso tesoro de amor e inocente ternura que hacia él abrigaba el pecho de Misita, reunía a su arrogante presencia un bondadoso corazón; pero su carácter voluble le hacía pasar sin ningún género de transición del más ardiente entusiasmo a la más fría indiferencia; en el primer caso, hubiese dado la vida por lo que a la sazón le preocupaba; pero, pasado este primer período, no hubiera hecho el menor sacrificio por aquello mismo que tanto le había entusiasmado. Todos sus sentimientos eran musgos sin raíces, nacidos en su corazón; y como nada se arraiga en él, no conocía el odio que mata; ni el reñor, que se esconde en un rincón del pecho para aguzar sus armas; ni la envidia, que calla el bien y publica a gritos el mal del prójimo. Pero, en cambio, le eran igualmente desconocidos el profundo amor que eleva el alma hacia la Divinidad, y la amistad, que no sabe producir resentimientos, sino dolores, y que más dulce que el amor, carece de sus celos; érale también desconocida la constancia, que es el medio seguro de llegar al logro, y que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su buen sentido, que en alto grado poseía, haciale patente las consecuencias que sus defectos traían; pero era su frívolo carácter mala sonda para graduar la profundidad de las heridas que causaba, y a las que como autor de ellas debía de poner remedio.

Habiase el marqués aproximado a Misita como a una de tantas, atraído

por su belleza y su dulzura, que desde el punto en que la vió le habían sorprendido; pero como no hay cosa que más pronto adivine un hombre, adivinó el amor que en el corazón de la niña empezaba a brotar, y, halagada su vanidad, sintió nacer hacia ella un impulso irresistible y efervescente, como irresistible y efervescente era todo afecto cuando en él empezaba.

Ya hacía dos noches que Misita y su madre no iban al *Club de la Tijera*, a causa de un fuerte resfriado que a esta última impedía salir a la calle; y alarmada doña Petra por su ausencia, fué a informarse del motivo de ella, al mismo tiempo que a suplicar a Misita las acompañase al teatro, cuyo convite aceptó la niña con la mayor alegría, esperando ver allí a Pedro.

Daban aquella noche *La Traviata*, esa inmoralísima y asquerosa partitura, revestida de un tan precioso manto, en que se eleva al vicio más descarado y la más cínica impudencia sobre un pedestal que se niega a la modesta virtud y al pudor, que, no obstante de ser atributo de las más de las jóvenes, no les impide ir a contemplar sin sonrojarse tan inmoral cuadro. No alcanza, ni podrá alcanzar jamás la lindísima música de esta ópera a borrar la violenta impresión de asco, de desvío y de indignación que su repugnante argumento nos causa. ¡Llamar *ángel* a la mujer que vende su cuerpo! ¡Llamar *victima* a la mujer que sostiene un impúdico boato sacrificando familias enteras, es el colmo del cinismo y de la desvergüenza! ¡Qué diferencia encontrarán los que tal pregonan entre la virtud y el vicio, entre Mesalina y Santa Teresa, entre sor Marta y Violeta Valery? Es tal, sin embargo, el imperio de la costumbre y de la moda, que se hallaba en aquella representación todo lo más selecto de la sociedad de Jerez; aquel mezquino coliseo, guarnecido de tantas mujeres bellas, podía muy bien compararse a un feísimo vaso de barro que contuviese un ramo de las más hermosas y fragantes flores.

Apenas entró Misita en el teatro, lanzó una rápida ojeada hacia la con-

currencia; y es necesario haber sentido esa multitud de sensaciones que nos afectan cuando vemos frustrado el deseo de ver a una persona querida, para juzgar de los diversos sentimientos que la agitaron al cerciorarse de que Pedro no se hallaba en el teatro. La duda, la esperanza, el desaliento, la mortificaban; la alegre música del primer acto llegaba a sus oídos transformada en una armonía tan triste, que pasaba las mayores penas del mundo para no llorar.

Pero a la manera que el campo vuelve a recobrar su alegría cuando el sol logra romper la nube que lo empaña, apareció en el rostro de la niña una encantadora expresión de gozo. Sus ojos habían descubierto al marqués de Valmes en un palco muy próximo al suyo.

Había tanto amor, tanta ternura y tanta inocente imprudencia en la mirada que Misita fijó en el marqués, que éste, que atentamente la miraba, no pudo menos de comprender lo que sus ojos decían. La niña, al verse sorprendida, bajó la cabeza, poniéndose roja como una amapola; el marqués seguía contemplándola.

Apenas cayó el telón, salió del palco en que se hallaba, y fué a llamar al de doña Petra.

La pobre Misita, al verle entrar, sintió acrecentarse su turbación, y pensó, aterrada, que Pedro podía muy bien compararla a esa clase de mujeres que hacen de sus ojos una especie de lengua con que dicen, sin comprometerse, *me agradas*, al hombre de quien gustan.

Pero era el marqués tan amable, y tan ingeniosa su conversación, que poco a poco sintió Misita ahuyentarse su embarazo, y pudo mostrar, como siempre, toda su gracia y talento, mucho más realzados por el natural deseo de agradar. Todo el resto de la noche permaneció el marqués en el palco de doña Petra, tributando a Misita algo más que tiernos obsequios, que fueron causa de mil cariñosas bromas, con que las tres hermanas, que la profesaban un verdadero cariño, por mucho tiempo la embromaron.

Terminado que fué el espectáculo, se apresuró Pedro a poner sus abrigos a las

señoras y las acompañó hasta el carruaje. Al subir en él cayó al suelo una de las rosas blancas que adornaban el peinado de Misita, y mientras para cogerla se inclinaba Pedro, arrancaron los caballos de repente, dejándole en sus manos la rosa. Misita pudo ver al marqués que llevaba la rosa a sus labios.

Así que la enamorada niña se encontró en su cuarto, dejóse caer en una silla y quiso darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban de tal modo a su imaginación, que no podía darse cuenta de ellas. Arrodillóse, por último, después de haber soltado su magnífico cabello, que la envolvió como en un manto de terciopelo, y rezó como todas las noches, por su madre y por su hermano. Luego dejó caer la cabeza sobre las almohadas y, llorando sin saber por qué, rezó con más devoción que nunca una Salve a la Virgen María, sin que tampoco supiese darse cuenta del por qué la rezaba.

Quando el alba vino a despertar a los pajaritos, que de seguida empezaron a saludarse con sonoros pitidos, se dormía Misita, dejando escapar entonces de entre sus manos la rosa blanca, compañera de la recogida por el marqués. Las dulces y misteriosas lágrimas del primer amor, que Misita vertía, empapaban aquella rosa coronándola como con gotas de rocío.

¡Símbolo de la inocencia, por el amor coronada y después por él marchita!

VIII

Sucede con ciertas impresiones como con aquellos cuadros pintados para hacer efecto: que es necesario verlos a cierta distancia para conocer su mérito.

A la otra mañana se acordaba Misita hasta de los más pequeños pormenores de la noche precedente. Repasaba en su memoria hasta las más insignificantes palabras de Pedro, y a pesar de que estas palabras eran muy superiores a sus esperanzas, no llenaban su corazón de la alegría que fuera natural. Misita, que el día anterior se daba por muy satisfecha con que Pedro la saludase,

ya no se contentaba con pasar toda una noche a su lado, recibiendo de él los más cariñosos obsequios. Explicase esta rareza (que es una de las innumerables que encierra el corazón humano) si se tiene en cuenta que es, por desdicha nuestra, tan ambicioso, tan egoísta, que el goce de lo poco que antes apetecía, sólo sirve para hacerle sentir con más fuerza lo que deja de gozar.

—Vamos—se decía la pobre niña—; Dios ha querido que guste lo que más apetecía mi corazón para arrebatármelo después. Buena tonta sería yo en abrigar la menor esperanza, porque anoche me dijo lo mismo que se dice a todas: ni debo esperar por eso, ni mucho menos culparle, porque la culpable soy yo, que se me antojan los dedos huéspedes.

Estas ideas ocupaban la mente de Misita, sin que pudiese analizarlas ni tampoco definir las con exactitud, mientras sentada en su ventana hacían brotar sus dedos una guirnalda de pensamientos sobre un pañuelo de batista. Por miedo de un desengaño intentaba ahogar su esperanza, y sin querer dar crédito a las apasionadas galanterías de Pedro, que hacían en su corazón el efecto que el fuelle hace en el fuego, rehusaba apagar la ardiente sed de su amor con aquella esperanza que tan legítima le era, por miedo de que ésta saliese fallida. Así, la pobre niña temía, y a pesar de todo esperaba; gozaba con el recuerdo, no obstante que éste es siempre triste, porque pasó ya, y sufría con el porvenir, porque tan doloroso es para el alma el temor de perder, como el sentimiento de haber perdido. Pero, a pesar de todo, en vano esforzabase y hacíase violencia por poner en práctica esa cruel receta para no llevar desengaños, que consiste en ponerse siempre en lo peor, y así nunca se sale mal librado.

¿Cómo era posible que en su juventud y en su inocencia tuviese ya el corazón lo suficiente llagado y dolorido para no sentirse inclinada a creer aquello que la halagaba y que era su deseo!...

Aquella misma noche decía Próspero Pinillos a mister Snuff, desgavilado varal de que ya hemos hecho mención, y que le acompañaba en el casino a tomar café

—Voy a presentarle a usted esta noche en casa de la viuda de Sandoval, para que conozca a la muchacha más bonita que se pasea por Andalucía.

—¿Y quién es esa Venus de Médicis?
—Misita Ardera.

—¡Oh, mister Pinillos! Le veo a usted demasiado preocupado con esa Ofelia, como usted la llama.

—Como que haría pecar al mismo San Antonio. No le hallo otro defecto que el ser española.

—Pues cuidado, *my dear fellow* (1), que esa clase de mujeres son una resbaladiza pendiente, que van a parar en el matrimonio.

—¡Casarme yo! ¡Y con ella, que no tiene un cuarto! Amigo mío para las flechas de Himeneo soy invulnerable como Aquiles.

—Aquiles tuvo un punto vulnerable que causó su muerte—dijo sentenciosamente mister Snuff bebiendo a pequeños sorbos su taza de café.

—Pues el punto vulnerable que cause mi muerte, o sea mi matrimonio, ha de ser un buen dote; y si no, con palma me entierran.

—Y coronado de rosas blancas, símbolo de la inocencia—exclamó riendo mister Snuff—. ¡Qué bien le sentarían a usted, fiero Lovelace, estos castos ropajes!

—Haré en ese caso—dijo Pinillos muy satisfecho con el calificativo de Lovelace—lo que una vieja solterona, a quien en la hora de la muerte preguntaban si quería llevar caja blanca o negra. «Ponedla negra por si acaso», contestó ella, que no se hallaba muy segura de merecer la blanca.

Mister Snuff sufrió un acceso de risa tal, que atorándosele el café vino a echarlo por las narices; luego que se hubo serenado, dijo:

—A mi parecer, el matrimonio es un acto de inocencia que marido y mujer cometen, y que, comido el pan de la boda, se convierte en una cadena cuyos más pesados eslabones son los hijos.

—Lo mismo pienso yo—replicó Pinillos, siguiendo por primera vez en su vida la opinión ajena—. La maleta más

incómoda cuando se va de camino es una mujer; y a no ser que ella pague el billete, necio es el que haga el viaje de la eternidad con semejante equipaje.

—Tenéis razón—dijo riendo mister Snuff—; para mí siempre ha sido una mujer lo mismo que una cajetilla de fósforos: después de sacar de ella todo el partido posible, se arroja como un mueble inútil.

Encantado Pinillos con las *morales máximas* de su compañero, le advirtió era ya hora de ir a casa de doña Petra. Mientras agarrados ambos amigos del brazo hacia el *Club de la Tijera* se dirigían, daremos algunos pormenores acerca de este mister Snuff que, llovido del cielo a la tierra, había amanecido en Jerez un día nublado.

Nadie sabía quién era, de dónde venía, ni cuáles eran su profesión o sus bienes; y a pesar de todo, ¡cosa rara!, se le recibía en todas partes, y se le recibía bien. Porque uno de los defectos que para nosotros tiene la sociedad de Jerez es la poca decorosa solicitud con que se apresura a poner de par en par sus puertas a todo extranjero que a ellas llama, sin meterse en averiguar si es la falsa o la principal la que debiera abrirseles, y topándose a veces con un farsante en el que ella creyera pulido y aristocrático marqués. Unos decían que era un habitante de la luna; otros, que lord Ruthwen, el vampiro de Byron; él se hacía llamar *Jhon Snuff*, y hacíase pasar por un *touriste*, o sea, un judío errante por voluntad propia; un Juan-Anda, a quien sólo su bolsa había de decir Juan-Espera. Pero nadie hubiera creído que aquel hombre, cuya mano se estrechaba como la mano de un hombre honrado, se había escapado de un ruin tenducho, de que eran dueños sus padres, robándoles sus miserables ahorros; que aquel hombre a quien permitían los padres reunirse con sus hijos, era un finísimo tahir, cuyo único medio de subsistencia y origen de su lujo era el fraude en el juego... ¡Indigno y fatal resultado del *indiferentismo* con que la sociedad presente estrecha lo mismo la mano que es de oro, como la que siendo de fango, aparece dorada!

(1) Mi querido amigo o compañero.

Mister Snuff era largo como la Cuaresma y flaco como el hambre; su rostro, de un blanco sucio y descolorido, y sus cabellos color de lino, formaban a cierta distancia el pintoresco efecto de una calabaza blanca, a quien por humorada hubiérase vestido de hombre. Su traje, siempre negro de pies a cabeza, le daba un aspecto clerical, desmentido con el mayor descaño por una corbata verde apio, puesta con una notable falta de gracia; unido su exterior evangélico a la costumbre de reunirse siempre con pollitos acabados de salir del cascarón, tales como Próspero Pinillos, a quien desplumaba muy a su gusto, y entre los que descollaba, como una elevada palmera entre enanos alcornoques, habíale conquistado en Jerez, patria de chilindrinas y apodos, el honorífico de *San Casiano, protector de los niños de las Escuelas Pías*.

En una taberna del antiguo barrio de Lambeth, situado en la ribera del Támesis, frente a Westminster, vió pasar mister Snuff los primeros años de su vida, hasta que, harto de aquella existencia que ningún goce le proporcionaba y que se avenía muy mal con sus tendencias aristocráticas, robó, cual otra Raquel, los penates paternos, y temeroso de que, como a aquella Labán, le persiguiese su padre, se embarcó en el vapor *The Morning-Star*, perdiendo de vista al siguiente día la gran capital, que poco a poco se borraba a lo lejos envuelta entre sus nieblas, como una triste anciana en gasas de color de gris. En la travesía hizo conocimiento con Próspero Pinillos, que halló en él su tipo, guía y consejero, constituyéndose en admirador de las excentricidades de mister Snuff, entre las que se contaba la manía de coleccionar insectos, que en innumerables cajitas hechas a propósito ocupaban un baúl del equipaje del viajero.

Después de ocho días de navegación arribaron felizmente a Cádiz, donde mister Snuff eclipsó con su fealdad la tan ponderada del Hércules de su alameda, y donde se hizo presentar en varias casas de juego, en que admiró a todos con su siempre favorable fortuna; hasta que

un día de invierno, en que sus dedos ateridos por el frío se negaron a lucir en el escamoteo su ligereza diaria, recibió por vía de amistosa seña, de manos de un fornido gaditano, un tremendo tranco, que le hizo dar consigo en tierra; vuelto en sí, fueron tales los dolores que el malaventurado jugador sintió, que creyó llegada la hora de parir, como Júpiter, otra Minerva, si algún caritativo Vulcano le hubiese dado un hachazo en la espantosa preñez de su cráneo. Mas aconsejado por su patrona, a quien mister Snuff aseguró haber rodado de cabeza una escalera de la muralla, metióse en cama y púsose paños de arñica, que moviesen a piedad las entrañas del terrible tortero que, elevándose picudamente en lo alto de su cabeza, le daba todo el aspecto de un melón blanco. Curado éste, mister Snuff aseguró al ama de su casa de huéspedes que no le sentaban bien las delgadas aguas de aljibe, y cargando con su colección de insectos, abandonó las esquinas y marmolillos de la calle Juan de Andas para establecerse en Jerez, que recibió sonriendo al exótico y desconocido huésped que por las puertas se le entraba.

Mister Snuff subió en un coche de primera, se caló sus lentes, substituyó su sombrero de copa por una gorrita de viaje, desplegó un inmenso número de *The Times*, y encendiendo un largo puro de negro tabaco del Sinay, se dispuso a conservar ese grosero aislamiento inglés, que, como vulgarmente se dice del puercoespín, *suelta una púa cada vez que se le toca*. A poco entraron en el mismo coche, dando alegres carcajadas y precedidas de un perrito faldero, dos mujeres de alegre vida que a la feria de Puerto Real se dirigían. Mister Snuff no pareció haber reparado en ellas; las dos mujeres, después de haber agotado inútilmente todos los medios indirectos para entablar conversación con él, apelaron a los directos, y una de ellas dijo, abanicándose con fuerza:

—¡Jesús! ¡Cómo me incomoda el humo de ese cigarro!

Mister Snuff siguió impávido.

—¡Bien podía el cernicalo ese tirar-lo!—exclamó la otra.

Al oír la palabra *cernicalo*, mister Snuff saca un pequeño diccionario y busca en sus menudas columnas esta palabra; no muy satisfecho al parecer, de su significado, arqueó las cejas y volvió a quedar sumergido en la lectura de *The Times*.

Las dos mujeres se reían a carcajadas.

—¿A que le quito el cigarro y se lo tiro?—dijo una de ellas.

—¿A que no?

—¿Que no?... ¡Si irá a comerme cruda esa muerte canina!

Y tan pronto hecho como dicho, se acerca a mister Snuff, y arrancándole el cigarro de la boca, lo arroja por la ventanilla, viniendo a caer en su asiento, dando estrepitosas carcajadas y jugando con su perrito, que, saltando de aquí para allí, parecía hacer dúo a la hilaridad de su ama.

Mister Snuff no había hecho el menor movimiento; mas de repente se agacha, coge el perrito, y tirándolo por la ventanilla vuelve a continuar imposible la lectura de su periódico, después de haber dicho con pausado y tranquilo acento:

—Ti incomidar la tabaca, mí incomidar el perra.

IX

Doña Petra recibió a mister Snuff, no con esa meliflua amabilidad, hija de la cabeza y de la conveniencia, sino con esa benevolencia, hija del corazón y madre de la verdadera finura, que allí reconoce su elevado origen. No asimismo el alegre *Club de la Tijera*, que conociendo desde mucho tiempo antes a San Casiano, acogió su presencia con una andanada de picantes, pero comedidas burlas.

—¿Qué es eso que con Pinillos viene?—decían.

—¿Es un inglés, o un hombre?

—¿Pues si es San Casiano!

—¿Se habrá creído Pinillos que la sala tiene telarañas y nos trae un deshollinador?

—Parecen la *l* y la *i* que juntas van de camino.

Y otras mil ocurrencias que, no obstante de ser *sotto voce* pronunciadas, hizo cesar doña Petra dirigiendo una

mirada entre inquisitorial y suplicatoria al alegre grupo.

Era aquella noche la del jueves de compadres, que, como todos saben, antecede al de comadres, y éste a su vez, al jueves Lardero, o jueves gordo, llamado así por la antigua costumbre, antes observada, de merendar en este día pies y orejas de puerco, chorizos y otras cosas igualmente crasas.

El alegre *Club de la Tijera* se preparaba a echar las cédulas de compadres; esta costumbre, tan general en España, suele observarse de varios modos. Paquita, que, como presidenta del comité, llevaba siempre la voz, había desechado, por su pesadez, el método de las papeletas elegidas a la suerte y establecido otro bien sencillo. Se tomaba una porción de cintas del mismo color, iguales en número al de las parejas de compadres; estas cintas se atan por la mitad con un pañuelo y se reparten los cabos de un lado entre las señoras y entre los caballeros los del otro. Desatado el pañuelo a una señal convenida, queda cada cinta uniendo a un caballero y a una señora, y establece entre ambos el vínculo del compadrazgo, siendo obligación del compadre regalar a su comadre.

Aún no habían llegado todos los compadres y comadres que se esperaban, y, mientras tanto, sentada la viuda de San doval junto a mister Snuff, le decía:

—¿Y qué le parece a usted Jerez?

—¡Oh! ¡Mucho *dinero*; soberbias bodegas; muy lindas mujeres!

—Siquiera por galantería debiera haber empezado por ahí ese incommensurable hijo de la blanca Albió—dijo un estudiante de leyes al oído de su vecina.

—¿Y qué quiere usted?—replicó ésta. Si en los tiempos que corremos se lleva las primicias de la galantería el becerro de oro, ese *vũ metal*, como le llamamos los que no lo tenemos.

—Sus calles son hermosas—prosiguió mister Snuff—, si bien carecen de esos antiguos monumentos, que siempre son recuerdos históricos.

—No deja de haberlos—contestó gravemente doña Petra—; en la plaza de la Yerba existía no ha mucho tiempo

una bonita cruz de hierro, puesta allí en conmemoración de un gran milagro.

—¡Oh!—exclamó mister Snuff de una manera gutural y clásicamente británica, abriendo los ojos como puños.

Interpretó doña Petra como religiosa curiosidad aquella exclamación de San Casiano, hija sólo del escepticismo de su seco corazón; y, creyendo complacerle, refirió, con esa bendita fe propia de las almas privilegiadas, este histórico suceso:

—Figúrese usted que atravesaba un día Su Divina Majestad por esa plaza, con dirección a la casa de un enfermo que en peligro de muerte se hallaba, cuando desembocó por el extremo opuesto un toro, que escapado de su manada el día antes, había puesto en consternación al pueblo entero. Todos los que al Santísimo acompañaban huyeron des-pavoridos ante el feroz animal, dejando solo al sacerdote, que, inmóvil en medio de la plaza, y apretando contra su pecho las Santas Formas, parecía desafiar la rabia de la fiera. ¡Vióse entonces aquella bestia furiosa, que poco antes arrollaba cuanto a su paso se oponía, adelantarse lentamente y venir a echarse, dando un suave mugido, a los pies de aquel pobre viejo, que por únicas armas llevaba la fe de su corazón y el cuerpo de su Dios!

—Y en memoria de este *gran milagro* —replicó mister Snuff con irónica sonrisa— pintarían ustedes algunas de esas profanaciones del arte a que llaman *exvotos*.

Quedóse doña Petra mirando al escéptico inglés como si no comprendiese su incredulidad, y mientras murmuraba para su capote: —¡Si me habrá traído aquí este Próspero algún rabino de siete suelas!—le contestó con mucha firmeza:

—No lo crea usted, señor mío; no se pintaron *exvotos* ni se levantaron columnas, como se hacía antes para celebrar a los antiguos héroes, ni siquiera arcos de cartón y farolillos de colores, como se erigen en loor de los modernos. Sólo se colocó allí una tosca cruz de hierro que decía a los corazones cristianos, al recordarles el prodigio sucedido: «¡Ved qué grande es Dios!»

—¡Este pícaro tiene rabo!—decíanse mientras tanto unas a otras las muchachas.

—Bien decía yo que olía aquí a azufre.
—Ése se ha escapado, cuando menos, del paso de los judíos de San Mateo.

—Pues bien podía dejar de llamarse San Casiano.

—Calla, mujer, que eso es porque tras de la cruz suele estar el diablo.

—¡Qué lástima de Inquisición!

—Silencio, niñas—replicó el estudiante de leyes—. Dios no quiere la extirpación de los herejes, sino de las herejías.

—Pues no crea usted, mister Snuff, que en Jerez no hay tradiciones que le honran—dijo jovialmente Pinillos, queriendo apartar a su santo protector de aquella resbaladiza conversación, y sacando con la mayor inocencia otra no menos peligrosa—. Cuentan las crónicas que cuando Fernando VII, el *Deseado*, o más bien el *narigudo*, volvió del cautiverio de Cádiz, pasó por esta muy noble y muy leal ciudad de Jerez de la Frontera; fué a recibirlo el Ayuntamiento, y poseídos los concejales del más ardiente entusiasmo, quitaron los caballos que del coche tiraban, y poniéndose en su lugar condujeron a S. M. en triunfo al alcázar. Con cuyo motivo algún vate contemporáneo compuso estos versos:

Tanto quisieron tirar
del coche del rey Fernando
los alcaldes de un lugar,
que por miedo de volcar,
iba la reina temblando.

—¡Alto!...—Fernando exclamó;
mas como iban desbocados
y nadie le obedeció,
gritóles al punto: —¡Soo...!—
y se quedaron clavados.

—¡Vaya, Pinillos!—exclamó doña Petra, que se volaba cuando oía criticar a su pueblo—. Tú has oído campanas y no sabes dónde. No fué el rey Fernando a quien sucedió eso, sino a su mujer, la reina portuguesa, cuando estuvo aquí con su hermana, de paso para Madrid, donde iba a casarse con él; ni fueron los concejales los que tiraron del coche, sino el pueblo, que, viendo allí a su reina, tan hermosa y tan buena, la llevó en triunfo con un entusiasmo que ya darían los

reyes de ahora un dedo de la mano por ver en sus pueblos.

—No encuentro yo que eso tenga nada de criticable; y a no ser por el carácter burlón de los andaluces, nadie hubiera hecho mención de ello—replicó el marqués de Valmes que, hablando con Paca y Misita, no había tomado hasta entonces parte en la conversación—; no hace mucho tiempo que en una capital que justamente presume de culta, vi llevar en triunfo de esa misma manera a dos cantantes de reconocido mérito, sin que por eso se metiese nadie a criticarlo, no obstante las diferencias que entre época y época, y entre una reina y una cómica median.

—¿Y no he visto yo—añadió doña Petra—a los pulidos gaditanos ir tirando del coche en que un baratillero borracho llevaba un mascarón que decían ser el retrato de Espartero?

—¿Pues qué me cuenta usted—preguntó imperturbable Pinillos, que no desperdiciaba ocasión de zaherir a su patria—de aquella tan sabida anécdota que establece como santo y seña de la gente de esta tierra aquello de: *¿De Jerez? ¿Lo viste caer? ... ¿Qué me responde a esto su amor propio, mi señora doña Petra?*

—¿Qué te responde? La verdad del caso: que tal vez tú no sepas.

—Ha de saber usted—añadió la ferviente patriota dirigiéndose a mister Snuff, que con una desdefñosa sonrisa escuchaba la acalorada discusión—que hace algunos años vino por aquí un andarín famoso, que dejó admirado a todo el pueblo por su extraordinaria rapidez en el andar. Pues sucedió que un gracioso de los que en Andalucía tanto abundan, tuvo la ocurrencia de anunciar por las esquinas que el andarín iba a tirarse desde la torre de la Colegial, llevando un paraguas abierto en la mano; acudió, como es natural, todo el pueblo, deseoso de ver el extraño descenso, y encontrándose chasqueado, dió esto origen a que se embomase a la gente de Jerez, diciendo: *¿Le viste caer?* Ya ve usted que esto nada tiene de particular, sino que Prosperito se empeña en escarnecer a su patria, y no sabe que *el que al cielo*

escupe, en la cara le cae, y, por más que te pese, de Jerez eres y serás mientras vivas.

—Nada de eso, que muy pronto voy a cargar con mis penates y a irme con la música a otra parte, porque no me den el deshonoroso nombre de *jerezano*.

—¡Jesús! ¡María!—exclamó la viuda, que todo lo tomaba al pie de la letra—. ¿Pues no dice que es deshonoroso el nombre de *jerezano*? Pues si hasta los caleseros decían, clasificando la diversa gente que llevaban, cuando aún no había ferrocarriles: *«Gente del Puerto, señoritos de Cádiz y caballeros de Jerez»*.

—Y diga usted, Pinillos—preguntó Paquita con su burlona formalidad—, ¿va usted a tardar mucho en darnos la pesadumbre de marcharse?

—No le preguntes eso—replicó doña Petra—, que va a creer que hace en Jerez alguna más falta que los perros en misa.

—De seguro que ese día las campanas doblarán solas de sentimiento.

—Y la población entera llorará su marcha.

—Yo, por lo menos, he de ponerle al deshollinador de mi casa un crespón, en señal de luto.

—Cuidado, Pinillos—replicó otra—, que en llegando nos ponga usted unas letritas.

—Y que no vuelva usted hasta que traiga nietos.

—No hay miedo porque vuelva—dijo el marqués—. Pinillos piensa grabar en su sepulcro como Escipión en el suyo: *¡Ingrata patria! No tendrás tú mis huesos*.

Entraron en esto los que se esperaban, y después de los cumplidos de ordenanza, ató doña Petra concienzudamente con su pañuelo un gran manojo de cintas de color de rosa y repartió los cabos de la derecha entre las señoras y entre los caballeros los de la izquierda; preparados todos, y teniendo cada uno fuertemente asida su punta, soltó doña Petra el pañuelo, quedando cada compadre unido a su comadre por medio de aquel lazo alegre y risueño como su color de rosa. Misita había salido con el marqués; Pinillos con Florita, la vieja prima de doña Petra.

Fueron después, según la costumbre, los compadres a recibir una cédula sa-

cada a la suerte, en que se les marcaba el regalo que habían de hacer a sus comadres, y éstas a su vez tomaban otra cédula en que se hallaba escrito un dicho, sentencia o refrancillo alusivos todos al caso (1).

El regalo de Pinillos era una arropía, y en la cédula dada a su antdiluviana comadre, se hallaba escrito: *Siempre hay un roto para un descosido*, cuya oportunidad hizo torcer el gesto de ambos compadres y reír grandemente al resto del auditorio.

El regalo del marqués de Valmes había de consistir en un corazón, y en la cédula de Misita se leía: *Para los dos*.

—¿Conque se halla usted dispuesta a que un corazón nos sirva a entrambos?— preguntó el marqués a Misita al despedirse de ella.

—Sí, señor—contestó ésta, poniéndose colorada por el doble sentido de la pregunta—, pero antes es necesario que usted cumpla su cédula, dándome uno entero.

X

Un baile, que en una capital pasa inadvertido, en provincias es todo un acontecimiento. No se hablaba en Jerez de otra cosa que del baile de trajes que había de celebrarse en el Casino D*** el próximo domingo de Carnaval.

Desde mucho tiempo antes las muchachas iban y venían sin cesar de las tiendas a casa de la modista, y no tenían otra conversación que de las galas que pensaban lucir en el proyectado baile. No eran las menos animadas las socias del *Club de la Tijera*, que sin cesar se consultaban unas a otras y preparaban sus trajes, sus flores y sus cintas con la misma animación y el mismo interés con

(1) Esta costumbre de las cédulas de los compadres no es sino una añeja reminiscencia de los *estrechos* (cuyo nombre se conserva aún en algunas provincias), celebrados en el día de Reyes. En la corte de don Martín, rey de Aragón, se encuentra ya esta usanza, que estuvo muy en boga en los reinados de los Felipes III y IV, en que Lope de Vega, Moreto, Cervantes, Calderón, Góngora, y sobre todo el mordaz Quevedo, compusieron graciosos *motes de estrechos*, de los cuales se conservan algunos en la Biblioteca Nacional.

que un ejército dispone las armas que en la batalla han de servirle.

Sólo Misita permanecía ociosa en medio de tanto movimiento.

Desde luego que doña Úrsula recibió la papeleta de convite, dijo a su hija:

—¡Mire usted qué tontería de baile!

—Pero, ¿por qué ha de ser tontería, mamá?

—Sí, hija; ¿a quién se le ocurre andar de bailoteos en estos tiempos?...

—¿Pero sucede algo de particular para que sea mal visto ese baile?

—¡Vaya!, sin saber nada de tu pobre-cito hermano...

—Bueno, mamá; eso es un motivo para nosotras, pero no para los demás.

—Pues dejemos que los demás se diviertan, que nosotras no tenemos humor para ello.

—¿Tan animado como va a estar!— dijo Misita bajando tristemente la cabeza. Y su corazón añadió muy quedito, pero con no menos tristeza—: ¡Y Pedro que estará allí!

Respetando, sin embargo, la pobre niña la voluntad de su madre, no volvió a manifestar sus deseos de ir al baile. Pero Paquita, que sabía cuán ardientes eran éstos, tomó por su cuenta el negocio, y tanto pleiteó, importunó y fastidió a doña Úrsula, que ésta, por no oírlo, consintió en que Misita fuese con ellas, siempre que no volviese demasiado tarde.

Llegó por fin el tan suspirado domingo de Carnaval, y puede decirse que era hermoso el espectáculo que presentaba en aquella noche el Casino D***. La sala de billar, limpia de las mesas que hubiesen embarazado el paso, había abierto, como buena vecina, las puertas que la comunican con el salón principal, ofreciendo a las mamás y gente grave de la concurrencia otro lindo y tranquilo salón, desde donde podían vigilar cómodamente a sus respectivas hijas. En el salón, en medio de elegantes divanes, ricos espejos y suntuosas alfombras; en aquel salón, espléndido de luz y perfumado por millares de flores, se agitaba un brillante tropel, en que se veía confundida la mitología con la historia de todas las épocas y países. La Aurora esparciendo sus flores salpi-

cadras con las perlas del rocío, hacia el *vis-à-vis* a la Noche, que extendía su estrellado manto, sin que ni una ni otra se hiciesen cargo de que bailaban contra las leyes de la naturaleza. Una honesta Venus sacaba de sus casillas al grave y viejo Nestor, sin cuidarse para nada de las tenazas del celoso Vulcano, a quien embobaba con sus cucamonas una traviesa gatita blanca con botitas color de rosa. Más lejos, la orgullosa marquesa de Pompadour conversaba mano a mano con una humilde aldeana gallega; la reina Semíramis, con guante blanco y *porte-bouquet*, chupaba sonriendo tiernamente y sin acordarse para nada de su difunto Nino, unas pastillas de naranja que un rollizo postillón le ofrecía. La melancólica La-Vallière hacía un elegante *avant-deux* con un apuesto majo; don Pedro I de Castilla bailaba a más y mejor con su esposa doña Blanca, sin que ningún don Fadrique viniese a turbar de nuevo la paz de entrambos cónyuges. Isabel la Católica y Boabdil el Chico, rey moro de Granada, bailaban como trompos una furiosa polka, sin que a este último le diesen ganas de ahogar entre sus brazos a la que con tanto denuedo le arrojó de España.

Notábase por todas partes una ordenada algarabía; en dondequiera se observaba esa alegría extremada que, según dijo un sabio de la antigüedad, anuncia siempre sólo una dicha mediocre y pasajera; pero que, reflejándose de rostro en rostro, hacía aparecer en todos ellos una sonrisa que a veces ocultaba una lágrima, como oculta un ataúd de terciopelo el frío cadáver que encierra. ¡Triste del que en semejantes bullicios no sienta desarrugarse su ceño! ¡Triste del que, en medio de tanta alegría, no sienta esparcirse su corazón! Cada dama era allí una reina rodeada de su corte; cada caballero un cortesano atento y obsequioso que se inclinaba no ante la dignidad de la reina, sino ante la dignidad de señora. ¡Qué felices deben ser todos!—exclamaba el pobre mendigo que a hurtadillas les contempla desde la calle con envidiosa mirada, precursora de mil desgracias, porque todos los modernos revolucionarios, y en particu-

lar los seides del socialismo, de ese espantoso aborto que en nuestra actual época levanta sus cien amenazadoras cabezas, válense de esta especie de suplicio de Tántalo para arrancar del corazón del pobre la alegre conformidad, que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; la bendita falta de ambición, que sólo pide *el pan nuestro de cada día*; el santo amor al trabajo que, según dijo un sabio, es el centinela de la virtud; y la Religión que no manda, sino persuade, que todo lo abarca, que todo lo comprende, que todo lo consagra, que recibe al hombre en la cuna y le acompaña hasta más allá de la tumba; que le infunde y mantiene estas virtudes que, para sembrar el germen de la rebelión que luego produce las terribles revoluciones, arrancan del corazón del pobre los que, navegando por un mar de sangre y lágrimas, y ocultando su impía ambición y su infame medro personal en un falso *amor al pueblo*, se hacen reos del más espantoso de los crímenes morales. ¡Y para ello, Dios mío, cuántas madres se quedan sin hijos, cuántos hijos se quedan sin padres! ¡Cuántos pobres ilusos, que horrorizados volverían a bendecir sus harapos si les fuese dado por un solo momento el poder de conocer a fondo todos esos corazones que laten bajo encajes y terciopelos! Verían entonces que esa sociedad, que tanto envidian, y que sólo presenta galas, músicas, bodas y fiestas, es en todo semejante a esa clase de limones que se crían a orillas del Mar Muerto; bajo una cáscara brillante y dorada, ocultan una ceniza amarga y calcinada (1).

Pero, *¡dálame Dios!*—como decía el bueno de Sancho Panza—, ¿adónde vas, pluma mía? Este maldito afán de predicar te hace olvidar que los oídos están frente a frente, y que lo que por el uno entra por el otro sale. Corra, corra la bola, y crucémonos de brazos mientras allá se baten y a torrentes corre la sangre de nuestros hermanos (2). ¡A qué

(1) M. de Chateaubriand hace mención de estos extraños limones en su libro de *Los Mártires*, comparándolos a los deleites mundanos.

(2) Estas páginas se escribieron durante los desgraciados sucesos de Cádiz, en diciembre de 1868.

poner remedio, a qué evitar esa lucha fratricida que, cual la espada de Damocles, pende sobre la España entera, si a un redentor que vino al mundo le crucificaron?... ¡Oh, *indiferentismo*, monstruo de hielo que, sumido en tu torpe y egoísta sueño, verías hundirse el firmamento si sus escombros no te cogiesen debajo! ¿Qué has hecho de aquel espíritu caballeresco en que el oprimido encontraba un defensor y un castigo el que oprimía? ¿Qué de aquel viejo león de Castilla que, empuñando la Cruz de su Dios y la corona de su rey, rugía firme como un cristiano y arrogante como un caballero: *Ad utrumque!*

—¡Pobre león de Castilla, que ruge lastimero ante la Cruz, que, abatida ahora, volverá—¡sí, volverá!—a renacer de sus cenizas cual glorioso fénix! ¡Pobre león de Castilla que ve la Corona de los Alfonsos y de Fernando III, de las Urracas y de la Católica Isabel, rota, sin brillo, manchada por el fango de una revolución que hundió un trono, derribó maravillas del arte que el *oscurantista* amor a Dios produjo y que el *lúcido* progreso sólo destruir supo! (1). ¡Qué ocasión tan triste, pero tan oportuna para exclamar con nuestro inmortal Gallego, hablando de España:

Junto al sepulcro frío
y al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo.
Trémula, yerta y deseñido el manto,
vuelve al cielo los ojos moribundos
que le oculta el llanto.
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza a sus pies rugido lastimero...

.....
Deciate, pues, amigo lector; antes que en lo arriba dicho te expresase mi sentir tal cual es, pues para ello mojé la pluma en la ardiente sangre de mis venas, que sólo ruda verdad sabe decir, y no en la fría tinta del tintero, que sólo dice lo que a decir le obligan, que, bella entre las más hermosas, Misita lucía un lindo traje

de gitana con tal gracia y donaire, que habían hecho exclamar a Brígida:

—¡Ay, Jesús, señorita; ni yo que me pusiera ese traje había de estar mejor! ¿Quién había de decir que con una facha tan *filimicupisti* había de hacer el *non plum* de las gitanas?

También se hallaba en el baile Próspero Pinillos, vestido de mosquetero, y coronando su rizada cabellera un colosal sombrero con plumas, que le hacían parecer un quitasol chino o un ratón debajo de una taza. Detrás caminaba mister Snuff, constituido en larga sombra de aquel pequeño cuerpo, y que lucía, con toda la soltura y garbo británicos, un vistoso traje de arriero andaluz. En vano Pinillos, que no apartaba la vista de Misita, dió pavorosos suspiros, que a poco apagan las lámparas, y que como un fiel eco repetía mister Snuff; en vano, errante como alma en pena, y seguido siempre de su santo protector, recorrió todos los salones en pos de ella, haciendo averías a diestro y siniestro con su gracia característica; porque Dios, que a manos llenas reparte sus dones, habíale dotado con el de la inoportunidad en tan subidos quilates, que no le aventajaba el niño más mal educado, ni aun el mimado falderito de una dama impertinente. Misita, no sólo no había reparado en él, sino que, envuelta en esa espesa atmósfera de felicidad de que suelen rodearse los enamorados, no parecía ocuparse de nada de lo que en torno de ella pasaba.

Apenas hubo entrado en el baile Pedro, que vestía un dominó de terciopelo negro, se apresuró a saludarla, y ya no se separó de ella en toda la noche; todo lo que tocaron lo bailó con ella. ¿Qué se dijeron? ¿Por qué Misita estaba más hermosa que nunca? ¿Por qué sus ojos brillaban más, su boca sonreía con más gracia y sus mejillas parecían haber robado sus colores a una alborada de mayo?

Porque la felicidad es una especie de aureola que hace resaltar la belleza, y Misita era feliz, porque Pedro le había dicho muy quedito, y con aquella gracia especial que él solo poseía, que la amaba mucho; y entonces ella había sentido en el corazón un gran golpe que le había hecho acudir a los ojos unas lágrimas

(1) Balzac lo ha dicho: «El orgullo de los que no saben edificar consiste en destruir».

tan dulces, tan deliciosas, que le daba pena de contenerlas...

¡Amores felices de veinte años! ¿Por qué no serán eternos, y serían perfectos? En vez de marchitarse como las flores, que son su emblema, y también dejar, como ellas, punzantes espinas, debieran de reunir a su santa pureza y a su dulce inocencia, la constancia, que es el complemento de todas las virtudes. ¡Imposible es pintarlos sin haberlos conocido; el lenguaje del dolor, las angustias de un amor secreto y combatido, todo lo que es sufrir, puede llegar a pintarse cuando los recuerdos sostienen la pluma; pero la alegría, la felicidad, por más que sea pasajera, quien no la ha conocido carece de colores para pintarla!...

XI

El calor arreciaba, y mientras doña Petra disponía su viaje a Sanlúcar de Barrameda, donde acostumbraba a tomar los baños de mar, el *Club de la Tijera* trasladó sus reales, del cómodo y abrigado piso alto, al fresco y ventilado piso bajo. Por las noches la cámara alta se instalaba en un rincón del patio, y la baja, en medio de él, reía como siempre, contenta, alegre y burlona.

Una noche las socias y socios del *Club de la Tijera* bailaban un cotillón. Misita Ardera y el marqués, cuyas relaciones amorosas traslucieron algunos, no obstante el empeño que ambos ponían en ocultarlas, evitando así ciertas bromas indiscretas, que son, respecto al amor inocente, lo que las abejas respecto a las flores, ladronas de su dulzura, bailaban juntos. Frente a ellos, Próspero Pinillos, apoyado en una columna, hablaba con su primo Gaspar, muchacho galante, de buen criterio y franco hasta ser rudo.

Cegado Pinillos por el amor propio, que, valiéndose unas veces del orgullo y de la vanidad otras, ciega los ojos y da al traste con la razón, hacía a Misita Ardera señas de inteligencia, que ésta no sólo no contestaba, sino que tampoco comprendía. Pero Próspero era seide de esa terrible falange de fatuos que prefieren, cuando se trata de una mujer

que goza de cierta reputación de belleza de elegancia o de talento, parecer afortunados a los ojos del mundo, a serlo en el más profundo secreto.

—No sé de qué te sirven esos ojos en la cara—decía a Próspero su primo Gaspar.

—¿Por qué lo dices?—replicó éste.

—Porque no ves lo que el mundo ha visto y sabe.

—¿Y qué es eso que se esconde a mi nunca desmentida perspicacia?

—Que Misita Ardera y el marqués son novios, y tú estás haciendo el oso.

Pinillos apartó la vista de Misita para fijar una burlona mirada en su primo, y luego se echó a reír.

—Ríete, ríete—replicó éste—; que por mucho que te rías, más se ríen de ti.

—Chico: si medio mundo se ríe del otro medio, yo solo me río del mundo entero.

—Y yo te aseguro—añadió Gaspar—que en el caso de Misita Ardera preferiría, antes que casarme contigo, no digo yo al marqués, sino quedarme para vestir santos.

—¿Y quién te ha dicho que quiero casarme con Misita?... Yo sólo pretendo pasar el tiempo.

—¿Acaso la consideras como una de esas mujercillas que sólo sirven de diversión?—exclamó Gaspar entre sorprendido e indignado.

—¿Y por qué no!...

—Porque es la personificación de la bondad y la inocencia.

—¡Bah! ¡Bah! La inocencia es prima hermana de la tontería... Desengáñate, tonto—añadió Pinillos con una sonrisa protectora, poniendo la mano en el hombro de Gaspar—. Misita Ardera no tiene un cuarto, y ten presente esto y nunca lo olvides: la antorcha del Himeneo ha de encenderse en la cocina...

Mientras tanto Paquita, promotora siempre de todo lo que fuese novedad y alegría, representaba el papel de la Discordia en las bodas de Tetis y Peleo, estableciendo una nueva figura del cotillón; solamente que la célebre manzana de oro era en ésta una calabacita preparada al efecto, y aquel pastor Paris que, según Demoustier, decía hablando de su esposa:

*Elle a l'esprit, elle a le cœur;
la Nature a paré son âme
de mille vertus. En honneur,
c'est un trésor...; mais c'est ma femme (1),*

era una alegre y linda muchacha que, sentada en medio de las demás parejas, había de adjudicar la calabacita a uno de los dos caballeros que se le presentaban, concediendo al otro el insignie favor de dar con ella una vuelta de vals. La calabacita del cotillón era, por lo tanto, en su significado, la antitesis de la manzana de la Discordia.

Sentada Misita Ardera en medio del patio, tenía en la mano la calabaza, y el marqués de Valmes, en pie delante de ella, esperaba un competidor que le disputase el triunfo; pero no hubo ninguna Juno ni ninguna Minerva masculina que se atreviese a disputar a aquella Venus de bigote la victoria que tenía segura.

De repente se vió a Pinillos que, con ambos dedos pulgares en los bolsillos del chaleco, torcida un poco la cabeza y en la boca una sonrisa que revelaba la fatua seguridad del triunfo, se adelantaba lentamente hasta ponerse junto al marqués y frente a Misita.

Señoras y caballeros le miraron sorprendidos de su presunción, y sonriendo ya al desengaño que le aguardaba.

—¡Que traigan sales—decía Paquita—, porque va a suceder un fracaso!

Mientras tanto, mortificada Misita, había fijado en Pinillos sus ojos; miró luego a su novio, después al suelo, y enrojeciendo como una amapola alargó timidamente la calabacita a Pinillos, al mismo tiempo que daba su mano al marqués, y se alejaba rápidamente al compás de los armoniosos ecos de un vals de Strauss.

Las risas que por todas partes estallaron hicieron volver a Pinillos de su sorpresa, y fijó maquinalmente la vista en el significativo vegetal que entre sus manos tenía; pero lejos de encontrar

escrito en él, como Venus en la manzana de oro: *A la más bella*, sólo halló esta inscripción, que Paquita había grabado con la punta de un cuchillo: *¡Recuerdo de un triste amor!*

Como impulsado por un choque eléctrico, Pinillos se dirigió a la cámara alta a despedirse de doña Petra, sin soltar por eso la calabaza, que llevaba muy empuñada.

—¡Pinillos, Pinillos!—le gritó Paquita.

—¡Qué hay?—dijo éste, volviéndose bruscamente en medio del patio.

—Que se lleva usted la calabaza..., y hace aquí falta.

Y luego añadió con su gracia burlona y chuscada de costumbre:

—Si tiene usted empeño en conservarla, le guardaré un retoño cuando nazca.

—Y haga usted de él un dije de reloj—dijo otra.

—Mejor efecto hará un alfiler de corbata.

—Nada, Pinillos; añada usted ese cuartel a su escudo, con este lema: *¡Lo que dan las ilusiones!*

—Lo que es de éstas entran pocas en libra.

—¡Parte oficial, señores!—dijo Paquita así que Pinillos hubo salido—. Desde mañana, Próspero traslada sus reales a Rota, se dedica al cultivo de los vegetales, y mientras pasea por sus frondosos huertos, canta la famosa aria del *Don Juan*, de Mozart, con esta letra:

Madre, cuando la criada
vaya a la plaza,
que traiga de todo
menos calabaza.
Que traiga chorizos,
carne de ternera;
menos calabaza,
traiga lo que quiera.

Pinillos salió del *Club de la Tijera* sin volver la cara atrás, como si le viniesen persiguiendo, y se dirigió a casa de mister Snuff. Hallábase éste en ropas menores, cubierta la cabeza con un gorrito blanco, y teniendo en la mano una palmaria encendida, con la que emprendía una mortal cruzada contra los mosquitos, diminutos vampiros que al son

(1) Tiene talento, tiene corazón;
la Naturaleza ha adornado su alma
de mil virtudes. A la verdad,
es un tesoro...; pero es mi mujer.

(*Cartas a Emilia sobre la Mitología.*)

de sus bélicas trompas intentaban el asalto del británico San Casiano.

Pinillos entró bruscamente, y dejándose caer en un sillón, exclamó:

—¡Malditas sean las mujeres!

—¡Amén!—replicó mister Snuff.

Pinillos le refirió enseguida todas las peripecias de su desengaño, desatándose en denuestos contra la *ingrata y pérfida* coqueta que tan descaradamente se había burlado de él. Mister Snuff dejó escapar aquel ¡Oh! gutural y clásicamente británico, y poniéndose un dedo largo y descarnado como el de una momia sobre los labios, fué de puntillas, y con el mayor misterio, a cerrar la puerta del cuarto, no sin haberse asegurado antes de que ningún indiscreto pasaba por el corredor.

Una hora después se dirigía Pinillos a su casa, erguida la frente, el cuerpo derecho como un huso, y lanzando a diestra y siniestra terribles miradas, que le hubiese envidiado el mismo Júpiter Olímpico.

.....
A los dos días de estos acontecimientos, paseábase por su despacho don Severo Pinillos, padre de Próspero, poseído, al parecer, de una violenta cólera. Y no sin razón se encolerizaba el honrado extractor, porque de cierta maciza caja de hierro, cuya abierta tapa dejaba ver sus doradas entrañas, faltaban dos mil duros, que habían sido sustraídos por su hijo Próspero.

Seducido éste por mister Snuff, que ejercía sobre él una maligna influencia, porque, habiendo estudiado a fondo el carácter de Pinillos y héchose cargo de que era una negación continua, solía sostener lo contrario de lo que ansiaba conseguir, como medio de lograr su deseo, no le costó mucho trabajo sugerir a su necio protegido, para vengarse de lo que él creía infame coquetería de Misita, un novelesco rapto, invención de mister Snuff, que había de llevarse a efecto sustrayendo Pinillos de la caja de su padre dos mil duros, que el nuevo Teseo y su ayo protector gastarían alegremente en París, después de abandonar a la Ariadna, buscándole un Baco que la consolase.

Este absurdo y descabellado plan, que si por una parte le colocaba en la categoría de los Tenorios y Lovelace, por otra le igualaba con los Pichardos y José María, inflamó la mente del calavera por fuerza, exaltada por la lectura de románticas novelas que continuamente devoraba, y le hizo consentir en cuanto el taimado mister Snuff le propuso.

—En teniendo el dinero en mi poder, yo me encargo de todo, *my dear fellow*—había dicho el protector al protegido.

A las doce del siguiente día ya estaban en poder de mister Snuff los dos mil duros, y al oscurecer caminaba Pinillos en un cómodo coche de viaje por el camino de Sanlúcar, a cuya mitad había de reunirsele mister Snuff conduciendo su precioso depósito. Pero en vano, aterido por el frío de la madrugada, asomando a cada instante la cabeza por la portezuela, y sintiendo ya los remordimientos de su crimen, esperó a *dear fellow* hasta el amanecer.

Cansado de esperar, rendido de sueño y de cansancio, y medio muerto de ansiedad, volvió a esta hora a Jerez, dirigiéndose a casa de mister Snuff; allí supo que éste había partido aquella noche a Cádiz, dejando para él un abultado baúl y una esquelita, en cuyo sobre se leía:

To be sent to Prospero Pinillos, Squire.

Abrió Pinillos la carta, y leyó para sí: «Amigo mío: Una urgentísima necesidad me obliga a partir en este instante a Cádiz; no creo que entre personas decentes y amigos como nosotros se necesiten más explicaciones.

»A la vuelta ajustaremos cuentas, y por si no volviese, le dejo a usted como compensación mi famosa colección de insectos, apreciada por varios naturalistas en más de dos mil libras esterlinas. Siempre suyo,

JHON SNUFF.*

El papel se escapó de manos de Pinillos al hacerse cargo de las consecuencias del chasco que le habían jugado, y vendiendo su natural debilidad al afán de parecer espíritu fuerte, cayó en un sillón y se echó a llorar; medio ebrio, vacilante, creyendo llevar en la frente un letrero en que con grandes caracteres se leyese

ladrón, y sin saber qué partido tomar, dió varias vueltas por los alrededores del pueblo, hasta que, rendido de fatiga, y siguiendo los impulsos de su corazón, se dirigió a su casa. ¡El infeliz se había acordado de su madre, y pensó encontrar en ella un amparo que le pusiese al abrigo de la justa cólera paterna!

Mas antes que tuviese tiempo de buscar la protección de esta santa égida, fué conducido a la presencia de don Severo, que, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole fuertemente, le gritó con voz de trueno:

—¿Sabes por qué no doy parte a los Tribunales y hago que te pongan un grillete?... Porque eres mi hijo, y nunca me consolara de ver arrastrado por el cieno de los presidios un nombre que siempre ha sido tan honrado y tan respetado. Pero no creas que quedará impune tu infame acción, porque en el primer barco que salga para América te embarcarás, y olvidarás allí al que se avergüenza de ser tu padre...

Pinillos salió de Jerez, y aún no ha vuelto a su patria; no sabemos si don Severo le cumplió su promesa.

XII

Desde que Misita tenía relaciones con Pedro encontrábase tan feliz, que el pasado había huído de su imaginación y el porvenir no la preocupaba: ¡bello y dulce privilegio de los enamorados, que todo lo miran a través del prisma color de rosa de sus ilusiones, y todo lo tiñen con su agradable color! Doña Úrsula, ignorante de los amores de su hija, ocupábase exclusivamente en rezar por su Antonio y esperar otra nueva carta suya que viniera a darle noticias de aquel hijo querido; todas las noches de luna subía a la azotea, y allí, con la mente en Dios y en su hijo, y los ojos en el pálido astro, permanecía horas y horas, hasta que Misita la hacía bajar, temiendo la dañase el aire húmedo de la noche.

—Si es una visita que mi niño me envía, ¿cómo quieres que deje de recibirla?—decía a su hija cuando ésta trataba de hacerla desistir de aquel capricho.

Un sábado por la tarde, doña Úrsula, más triste que de costumbre, había ido a la Salve que dicho día se canta a la Virgen en su iglesia de la Merced. Aquella mañana se había recibido el correo de Cuba, y en vano la pobre madre esperó carta de su hijo; su corazón, henchido de dolor, le reventaba en el pecho, sin que ni una lágrima le acudiese a los ojos para desahogarlo; con el velo echado sobre el rostro y las manos cruzadas convulsamente, oraba como ora el dolor que enmudece la lengua y hace hablar al corazón; pedía, como pide la angustia, esa agonía del alma, cuyo único paliativo en la tierra es el llanto.

¡Cuántos necesitan sentir que este dolor destroza su pecho, que la angustia anuda su garganta y que las lágrimas nublan sus ojos, para alzar éstos al cielo!

Pero ella, que en sus días de alegría venía a dar gracias a la Virgen y a prestarle como homenaje una sonrisa de agradecimiento, venía, ahora que el dolor la oprimía y la angustia la ahogaba, a pedirle una lágrima de consuelo y una mirada de piedad. Cuando las cortinas del camarín se descorrieron, dejando ver a la Virgen, rodeada de una aureola de luz, doña Úrsula creyó ver aparecer aquella *Stella Matutina* que al compás de los majestuosos sonidos del órgano invocaba; cuando vió las blancas nubes del incienso que subían lentamente hasta perderse en la bóveda, creyólas suaves mensajeras que llevaban al cielo su oración y sus lágrimas, y cuando el *Consolatrix afflictorum* resonó en sus oídos, un llanto consolador brotó al fin de sus ojos, mientras exclamaba con todo su corazón: *Ora pro nobis! Ora pro nobis!*

Aquella noche subió también doña Úrsula a la azotea; pero unas espesas y aplomadas nubes le impidieron ver a la irrisible portadora del beso de su hijo; permaneció allí, no obstante, sin notar que una ligera llovizna caía lentamente, como un triste y monótono pensamiento que no puede desecharse y que hiela el corazón. El toque de Ánimas la sacó de su estado de insensibilidad, y abandonó la azotea para ir a postrarse de nuevo ante aquel cuadro de la Virgen, delante del cual ardía continuamente, desde la

partida de Antonio, una lamparilla de aceite. Poco a poco, y sin que doña Úrsula lo advirtiese, fué debilitando la luz de la lamparilla; de repente se agita, oscila, tiembla un instante en la punta de la mecha, y arrojando una luz más viva que las anteriores, se apaga, dando un chirrido. Doña Úrsula sintió que de nuevo se le oprimía el corazón; llamó aterrada a Misita, e inquieta ésta al ver el estado de excitación de su madre, la hizo meter en cama.

Al otro día amaneció con una ligera calentura; mas a la mitad de la mañana se empeñó en levantarse, y se sentó en una butaca. El día estaba triste y desahucado; el cielo, encicento como el contenido de un sepulcro, dejaba ver de trecho en trecho un brillante pedazo azul, que parecía un remiendo de rica tela en un viejo sayal; poco a poco fuese tornando negro como un triste presentimiento, mientras algunos truenos lejanos, pero que se iban acercando gradualmente, anunciaban la proximidad de la tormenta. Doña Úrsula y Misita rezaban el Trisagio; de repente, un vivo relámpago, seguido de un trueno horrible, hizo retremblar los cristales de la habitación.

—¡Jesús!—exclamó doña Úrsula tapándose el rostro con ambas manos—. ¿Dónde le habrá cogido al hijo de mi alma?

Santo, santo, santo,
Señor Dios de los ejércitos,
llenos están los cielos y la tierra
de vuestra gloria,

murmuró Misita no menos aterrada. Mariquita, la nieta de don Basilio, que andaba jugando por la casa, acudió dando gritos, y vino a refugiarse en los brazos de doña Úrsula.

La tormenta se desencadenó terrible y amenazadora, como un aviso que Dios diera al hombre, miserable pigmeo, que, empujado sobre su razón, quiere escalar el cielo y arrojar una temeraria mirada en ese abismo sin fondo, cuyas tinieblas sólo esclarece la fe, y en que le place a Dios encerrarse con sus rayos y sus misterios. ¡Necio orgullo, que le hace blasfemar de Él!... Y, sin embargo, ¿quién

no reconoce su mirada en el rayo, su aliento en el huracán, su voz en el trueno? ¿Qué oído no escucha que

Jehová, la cóncava nube retumba; las hondas vegas, Jehová; sonoras responden Jehová las altas esferas. Despavorido al estruendo el libertino despierta; y confundido el ateo su inefable Ser confiesa? (1).

¡Quién, Señor, ante tan tremenda sublimidad no inclina la cabeza, diciendo: Dios eres, *hágase tu voluntad!*

Lentamente cansáronse los elementos de luchar; fué apagando su furia, y como si las nubes llorasen su derrota, descargaron un fuerte chaparrón.

—Va a llover más que cuando enterraron a Bigote—decía Brígida, que en el lavadero se ocupaba en colar la ropa de la semana; y a cada trueno que hacía retremblar el espacio, murmuraba devotamente:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
a los pies de la Cruz,
amén Jesús.

A poco llegó Mariquita, ya repuesta de su susto, y le dijo con esa satisfacción que toda variedad produce en la infancia:

—¡Ha tronao!

—Ya lo oí, que no soy sorda—le contestó Brígida.

—¡Y por qué ha tronao?...

—Porque hay bautismo en el cielo y van los angelitos en coché, y cata ahí el ruido que se oye.

—¡Y hay padrino?

—¡Toma, y pelón! Mira como *juyen* las nubes, que parece las va arreando el hambre, y es porque van a coger los ochavos.

—¿Cómo corren!—dijo Mariquita mirando las nubes, que, impulsadas por el Levante, surcaban el espacio rápida-

(1) Don Juan Meléndez Valdés.

mente: unas ligeras y blancas como la túnica de un ángel; otras compactas y negras como un mal pensamiento.— Oye, ¿de qué son?

—Son unos sacos de humo, que le sirven a Dios de *regaera* para regar el campo.

—Mira, ya han dejado allí un pedacito azul—dijo la niña señalando un claro que había quedado entre dos de ellas, blancas y flotantes como una mortaja—. ¿Por qué es azul el cielo?

—La copla canta el porqué, cuando dice:

La Virgen se subió al cielo,
y tendió su manto azul,
para ponerse uno negro
por la muerte de Jesús.

¡Vengan los poetas cultos a dar una interpretación más suave y más poética al hermoso azul de los cielos! Quedáronse calvos los sabios de todas las épocas por explicar de qué provenía su agradable color y darle el nombre que más adecuado le fuera: una chapa de metal, *Rakiah*, creíanle los primeros hombres; en fuego y agua, *Schamain*, hiciéronle consistir los hebreos; *atmósfera* le llaman los modernos.

¡Cuánto más vale la bella y consoladora interpretación que le da el pueblo católico, ese eminente poeta, tan suave en el sentir y tan toco en la apariencia!

En cuanto a nosotros, creemos firmemente que, si no en ese cielo, en otro un poco más elevado, que se ve con los ojos del alma que por él ansia, el manto celeste de la purísima Virgen se extiende sobre nuestras cabezas.

—¡Ay!—exclamó Mariquita admirada—, ¿pues no está lloviendo otra vez y está el sol de fuera?

—Eso es porque el diablo riñe con su suegra.

—Anda, vete, hija; ¡acaso el diablo tiene suegra!

—Muchito que la tiene, y se llama la tía Olofernes, y su mujer, Panfilita.

—¡Anda, mentirosa!

—¡Tú no sabes el cuento de la suegra del diablo!

—Yo, no.

—Pues te lo voy a contar en cuanto enjuague esta camisa.

Concluido que hubo Brígida de enjuagar la camisa, empezó así, sin dejar de lavar, y dirigiéndose a Mariquita, que, sentada en un cubo vuelto boca abajo, la escuchaba con la mayor atención (1):

«Pues, señor, que era vez y vez, y créalo quien lo quiera creer, de una vieja tan gruñona y con tan mal genio, que los chiquillos del barrio la decían la *Tía Olofernes*; pues vamos a que esta tía Olofernes tenía una hija que se llamaba Panfilita, más tonta que una esquina, más pava que mandada a hacer, y que no sabía sino estar en la ventana con el pico al aire, a ver si sacaba un novio. Pues, señor, que un día que estaba la tía Olofernes colando, como estoy yo ahora, tuvo que echar la lejía hirviendo en la canasta de colar la ropa, y como pesaba tanto, llamó a Panfilita, para que la ayudase; pero Panfilita estaba en la puerta de la calle, y por más que su madre se desgañitaba gritando ¡Pánfila! ¡Pánfila!, sólo se le ocurría decir a la tonta de la chiquilla:

—¿Quién será esa pajuata de Pánfila que no contesta!...

»La tía Olofernes, que era más viva que una centella, agarró la caldera para vaciarla sola, y se la volcó encima de un pie, poniéndoselo hecho una *eccehemia*, y dando unos alaridos que despertaban a los sordos y en el otro mundo se oían. Cuando Panfilita oyó los gritos de su madre, se fué para allá muy despacito, y llegó diciendo:

—¿Quéee tieeneee usted maaadreee!...

»La tía Olofernes, que estaba tan furiosa que con un papel se ahogaba, le gritó en cuanto pudo echarle la vista encima:

¡Pánfila, Panfilita,
siempre pensando en casorio,
permítame Dios que te cases con el demonio!

(1) Es original la historia de este cuento. Fernán Caballero lo recogió de boca del pueblo, y le dió cabida en la colección que de ellos tiene hecha, después de adornarlo con la expresiva al par que inocente gracia de su encantador estilo, y adornado con sus nuevas galas, ha vuelto desde tan elevado puesto a dominio del pueblo, de donde por segunda vez nosotros lo hemos recogido. En dicha preciosa colección podrá hallarse completo.

«No bien lo hubo dicho, se arrepintió de haberle echado aquella maldición; pero como palabra y piedra suelta no tienen vuelta, no pudo volver a recogerla. Al cabo de algún tiempo le salió a Panfilita un novio más blanco que la leche, y rubio como unas candelas, y como era *rigular*, estaba la muchacha queriéndolo poner en retablo y rezándole a San Antonio bendito para que hiciera la boda pronto. No era del mismo sentir la tía Olofernes, pues se acordaba de la maldición que había echado a su hija; y como tenía la nariz más larga que un *poenco*, notó que al hacer la señal de la cruz daba el novio unos respingos que al techo llegaban. Vino por fin el día de la boda, que el tiempo corre más que el *ferrocarrín*, y nunca está parado; pero el novio no quiso casarse en la iglesia, sino con un *matrimonio del civil*, que hay allá en la tierra del francés o del moro, que de esto bien no me acuerdo (1). La tía Olofernes, que ya estaba escamada, se escamó todavía más con esto, y queriendo evitar un *conflicto*, llamó a Panfilita y le dijo:

«Mira, Panfilita: es costumbre de todas las mujeres que se casan el rociar la alcoba con un *jisopo* y agua bendita cuando ya están encerradas con su marido; te encargo mucho que lo hagas para no faltar y dar qué decir a la gente.

«Panfilita se lo creyó, y al dar el primer roción de agua bendita, empieza el marido, que no era sino el mismísimo diablo, a dar saltos y brincoes sin saber por dónde *juirse*, porque estaba tapado hasta por debajo de la puerta. Corre por aquí, corre por allí, se metió por el agujerillo de la llave, creyéndose ya en salvo; pero la pícara de la tía Olofernes, que le daba tres vueltas al diablo, había puesto en el agujerillo de la llave una redoma, y *incontinentemente* que el diablo se colocó dentro, le puso un tapón, y echó a andar hacia una montaña muy alta que...»

A este punto de su narración llegaba Brigida, cuando fué interrumpida por un confuso rumor de llantos y de gritos que hacia la habitación de doña Úrsula se oían.

—¡Señor, qué zaragata se ha armado ahí dentro!—murmuró yendo a informarse, seguida de Mariquita, que asustada se agarraba a sus enaguas.

Triste fué el espectáculo que se ofreció a su vista: doña Úrsula, con los ojos desencajados, y presa de las más terribles convulsiones, gritaba:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! ¡Ya le perdí; ya no le tengo! ¡Solo, solo, y yo, que soy su madre, no estaba allí para cerrarle los ojos!... ¡Ay, que me ahoga la pena! ¡Dios mío, Dios mío: llévame con mi hijo, llévame con mi hijo!...

Misita, no menos afligida que su madre, procuraba consolarla, murmurando, cuando las lágrimas y los sollozos se lo permitían:

—¡Dios lo ha querido así...; hágase su santísima voluntad!... ¡Él nos lo dió... Él nos lo quitó!

En medio de la habitación, un hombre muy corpulento y de aspecto vulgar y ordinario contemplaba el desgarrador grupo que la madre y la hija formaban, y meneando la cabeza, levantaba de cuando en cuando sus redondos ojos hacia las vigas, como si pretendiese encontrar allí consuelo a tanto dolor. De repente dió dos o tres gigantescos pasos, y acercándose a la pobre madre exclamó con el pronunciado acento de nuestros montañeses:

—¡Ea, señora, calle usted ya! ¡Cómo ha de ser, si todos hemos de ir unos tras otros, como mulos por vereda!... ¡Ea, callarse ya, digo, y a comer, beber y divertirse; no vayamos a tener otro burro caído!

Veamos qué había producido esta triste escena.

XIII

No bien hubo escampado el fuerte chaparrón en que se deshizo la tormenta, apareció en la calle un hombre que, con su paraguas chorreando, y algo apartado del cuerpo para no mojarse, iba mirando atentamente, y a través de los

(1) De aquí puede deducirse que las primeras bodas que con el matrimonio civil se han celebrado en nuestra católica España, fueron las del diablo. Bueno es saber quién abrió la marcha.

cristales de unas gafas de oro, los números de las casas de una y otra acera. En su cara, redonda como una pande-reta, y en su aire vulgar y ordinario, hubiese reconocido cualquiera al mismo hombre que en el capítulo anterior vimos en la habitación de doña Úrsula. Llamábase don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; era natural de Cabuérniga, pueblecillo de las montañas de Santander, y hallábase recién venido de América, donde había realizado una considerable fortuna que esparcía por todo su cuerpo cierto *chic de peso duro*, que si no era del gusto más delicado era al menos del más positivísimo buen efecto.

Era don Celedonio, como ya hemos dicho, muy corpulento, y feo como él solo, lo cual no se le importaba un ble-do, porque para él no había más hermosura que la de los pesos duros, y ésta la poseía en alto grado. Procuraba siempre que su insulso semblante impusiese todo el respeto posible, y afanábase por imitar esa dignidad que en las personas de elevada esfera nos impone al mismo tiempo que nos encanta; pero no se hacía cargo el buen pobrete que esas maneras majestuosas y esa arrogancia exenta de orgullo, exclusiva del verdadero caballero, no nacen de un afectado estudio, sino del sentimiento de su propia grandeza que estas personas tienen. He ahí por qué no hemos creído nunca que Talma diese a Napoleón *lecciones de majestad*. Austerlitz, Marengo y Jena bastaron a darle la majestad del poder, apoyado en la fuerza. Waterlóo, la de la desgracia resignada por la... impotencia.

No conseguía, pues, don Celedonio, con su ostentación de aire imponente, lo que con tanta facilidad hubiese logrado con ponerse un cartelito a la espalda en que se leyera: *Este hombre tiene medio millón de duros*. Porque don Celedonio Prosopopeya y Bellotas era nada menos que un millonario.

Pero no un millonario que hubiese llegado a serlo por medios honoríficos, y ayudado por la fortuna o a costa de su trabajo, sino uno de esos que sin más rey ni Roque que su codicia, sacrifican por llegar al apogeo de las riquezas su dignidad propia, y aun a veces también la ajena.

Los primeros hacen, por lo común, un buen uso de sus caudales, y hay mil bocas que reciben de su mano el pan de cada día, al par que les tributan, agradecidas, la más suave música que puede resonar en los oídos de un cristiano: un *¡Dios se lo pague!* (1). Condenarles tan sólo porque son ricos y la suerte les favoreció, sería faltar a la justicia, y podría muy bien tacharse de envidia.

Pero don Celedonio no pertenecía a esta clase a quien todo el mundo respeta, sino a la de esas ratas de caños sucios, que reúnen al orgullo del dinero la bajeza del mendigo; viene en ellos, tras una necia prodigalidad, una sórdida avaricia, y todo prueba sus dos naturalidades: la rapacidad del hombre desprovisto de principios y la insolencia del villano enriquecido. Don Celedonio había sido *negrero*, y ahora quería ser *persona*; pobre y miserable, había comerciado con sangre y lágrimas, y la sociedad le arrojó de su seno; rico y opulento, volvía ahora a llamar a sus puertas, y ella, ¡qué vergüenza!, se las abría sonriendo. ¿Y por qué no, si llamaba con aldadón de oro?

Desearo de hacer olvidar su pasado, daba estrepitosas limosnas, sin conocer siquiera la desgracia que socorría, cuando éstas podían atraerle los aplausos de media docena de periódicos y del público iluso que se engaña o del miserable adulator que se deja engañar; entonces era *filántropo*. Pero negaba un miserable pedazo de pan cuando no podía proporcionarle más que la conciencia de haber hecho una buena acción; entonces no era *caritativo*.

Jactábase de pertenecer en su origen al más ínfimo pueblo, no porque fuese afecto a esta clase, que a haber podido escoger otra, la hubiese tomado de las más elevadas, ni mucho menos por humildad, pues le era desconocida de todo esta suave virtud que se esconde y es denunciada por su propio perfume, sino porque, como era conocido de todo el

(1) Tal dice el eminente, el ilustrado, el culto, el católico, el nunca bien ponderado autor Fernán Caballero.

mundo, en vano hubiese tratado de ocultarlo. Para desahogar la bilis que esto le causaba, solía fingir un desprecio de primer orden hacia los mayorazgos, o hacia todos aquellos a quienes, según él, caía el dinero de las nubes y no tenían más que gastar sin trabajo alguno.

Trataba de cubrir su absoluta carencia de educación con unas pretensiones de ilustrado, que siempre le hacían tomar el rábano por las hojas; semejante en todo al asno de la fábula, quería cubrirse con una piel ajena; pero tampoco podía prescindir de asomar a cada instante la oreja. Contábase de él que habiendo tenido que ausentarse algunos meses a su pueblo, mandó hacer unas tarjetas de despedida, en que se leía:

CELEDONIO PROSOPOPEYA Y BELLOTAS
SE DESPIDE
PARA EL PUEBLO DE SU
NAVIDAD

En otra ocasión pasaba por Jerez una de las infantas de España; el Ayuntamiento la esperaba en la estación del ferrocarril para cumplimentarla, y don Celedonio, impulsado por su afán de hacerse presente en todas partes, llegó, apartando a todo el mundo, a ofrecer la mano a la ilustre viajera para apearse del coche.

—¿Es usted el alcalde?—preguntó sorprendida la infanta.

—No, señora—replicó don Celedonio—; pero he estado *proponido*.

Como último toque a este largo retrato, diremos que había hecho un acopio de términos y frases cultas, cuyo significado no comprendía, y que soltaba a diestra y siniestra con la oportunidad de un reloj descompuesto, pronunciándolas con el aplomo del más sabio académico, y con ese exagerado acento de nuestros montañeses que todas sus correrías no habían sido bastantes a borrar.

Decíamos, pues, que, con sus gafas de oro sobre las narices, iba don Celedonio mirando todos los números de las casas como si buscase alguno; al llegar a la de doña Úrsula se detuvo; sacó de las profundidades de su paletó una cartera, y de ella una tarjeta; cotejó las señas

de la casa con las que en la tarjeta venían apuntadas, y murmurando: *Aquí es*, entró en el zaguán y tiró de la campanilla.

Mientras abrían, una pobre mujer, cubierta con un mal pañolón, que chorreaba agua por todas partes, y con el que pretendía calentar a un niño de seis a siete meses, que dejaba caer la cabecita sobre el hombro de su madre entreabriendo sus ojitos vidriosos como los de un cadáver, se le acercó, pidiéndole, con el acento de la angustia y del hambre, una limosna por el amor de Dios. Agarrada a las enaguas de su madre venía otra niña de cinco a seis años, que lloraba chupando los picos de su destrozado delantal.

—No traigo más que oro, hermana; no traigo más que oro—contestó el millonario, reventándole la satisfacción por los tirantes del chaleco.

—No me dé usted dinero; cómpreme usted pan, señorito, que me estoy muriendo de hambre!

—¿Y tuviera que ver eso!—exclamó don Celedonio, que sintió rebajado su orgullo de millonario con la proposición de la mendiga—. ¡Ir yo a comprar pan al pingajo este!

—Señorito, por María Santísima, que todavía no he probado la gracia de Dios!...

—Vamos, vamos; he dicho que no!—exclamó el Creso, sirviéndose de su paraguas como de un hisopo para rociar a las mujeres de arriba abajo—. ¿Eres sorda, o hablo *extranjis*?

—¡Que se me muere mi niño!—dijo la mujer con un tono que sólo podrá comprender quien lo haya oído.

—Y a bien que lo enterrarán para que no hieda. ¡Ea! ¡Largo de aquí, haragana! ¡Qué plaga, qué plaga!...

Abrióse en este momento la puerta, y don Celedonio entró en la casa.

La pobre mujer se había dejado caer en el umbral, tratando de dar el pecho a su hijo, que en vano se esforzaba por sacar de aquel manantial agotado el jugo que antes le daba la vida.

La muchacha mayorcita decía, quitándose una de sus miserables chancletas, y golpeando con ella el suelo:

—*Mae, dame pan; yo tero pan, mae.*

Una vez en el patio don Celedonio, dijo a Misita, que era quien le había abierto la puerta:

—Doña Úrsula Montesarao, ¿está en casa?

—Sí, señor—le contestó Misita—; haga usted el favor de subir.

Subió don Celedonio la escalera con el aire de un hombre profundamente preocupado, que no sabe cómo empezar una molesta conversación, de que, sin embargo, no puede abstenerse.

Misita, que le esperaba en la antesala, le dijo:

—Pase usted adelante, que voy a avisarle a mi madre.

—¡Ah! ¿Es usted hija de la madre del rapaz?—dijo don Celedonio entrando y arrellanándose en el sofá sin ningún género de cumplimientos. Misita se le quedó mirando sin comprender lo que decía, y fue luego a avisar a su madre la llegada de aquella extraña visita. A poco llegaron madre e hija; don Celedonio, después de haberlas saludado, dijo:

—Yo, señora, soy don Celedonio Propopeya y Bellotas, hombre de bien y... de muy buenos caudales—añadió dándose un golpecito en el bolsillo del chaleco, que despidió un sonido metálico.

—Muy señor mío—le contestó doña Úrsula haciendo una inclinación de cabeza.

—Pues sí, señora—continuó el Cre-so—; yo...

De nuevo se quedó callado, hasta que viendo doña Úrsula que no llevaba trazas de romper el embarazoso silencio que siguió a estas palabras, le preguntó muy fríamente:

—¿Y a qué debo el gusto de verle a usted en mi casa?

—¡Mal haya el gusto que *aluego* da sinsabores; y a la verdad que no quisiera yo estar en ella!—contestó don Celedonio arrellanándose en el sofá y dando vueltas a su sombrero, que no había abandonado, no obstante la fina invitación de doña Úrsula.

Ésta tuvo en la punta de la lengua decirle que la puerta estaba abierta y que nadie le había llamado; y no ocurriéndosele nada que no fuese esto, guardó silencio de nuevo. Misita reventaba

por soltar la risa; el finchado montañés continuó:

—No hay que apurarse, señora, y a lo hecho, pecho.

Nuevo silencio, una extrañeza en doña Úrsula y nuevas ganas de reírse en Misita.

—¿Y por dónde empezaré a desembucharlo?—murmuró el millonario como preguntándose a sí mismo.

—Puede usted empezar por donde guste, y sea más claro—contestó doña Úrsula, que le había oído—; hasta ahora puedo asegurarle que no he entendido una palabra de cuanto me lleva dicho.

—El muerto al hoyo, y el vivo al bollo—replicó sentenciosamente don Celedonio.

Misita, que no podía aguantar la risa, se tapaba la boca con el pañuelo; doña Úrsula, que ya le iba creyendo loco, le dijo:

—Pero, caballero, ¿quiere usted explicarme?...

—Camino de eso voy, señora mía; camino de eso voy...

—Pues me parece que ha errado usted la vereda, y no vamos a llegar nunca a entendernos.

—¿Y cómo le doy el golpe sin antes prepararla?... La voy preparando a usted para...

—Pero, ¿para qué tengo yo que prepararme?—exclamó doña Úrsula cada vez más atónita, sintiendo, sin saber por qué, un vago terror.

—Para llevar el golpe que la amaga...

—¿Si estará este hombre loco y me irá a pegar?—exclamó doña Úrsula, arrojándose involuntariamente de un cojín, y luego añadió:

—Pues acabe de explicarse, que ya estoy más que preparada.

Don Celedonio tosió, miró de arriba abajo a doña Úrsula, luego a Misita y, por último, sacando su pañuelo y extendiéndolo hacia la primera, dijo:

—Conque, ¿eal, señora, ya que está usted preparada, sepa que se ha muerto su hijo.

—¡Jesús, señor!—exclamó doña Úrsula dando un salto en su silla y quedándose blanca como el papel.

—Como tres y dos son cinco, señora; de un tifus que le dió en...

—¡Ay, Dios mío, imposible...! ¡Eso no puede ser!—murmuró doña Úrsula con voz que apenas se oía, levantándose y volviendo a caer en su silla, porque no podía tenerse de pie.

—Pues será broma que yo vengo a dar, ¿verdad?... Yo le vi muerto, tendido en su hamaca, con un brazo echado al pescuezo de un perro que le llamaban *Garabito*; y me dijo el capitán: «Don Celedonio, ¿va usted a Jerez? Pues llévele la fe de muerto a la madre de este rapaz, y hará una obra de caridad». Conque cátele usted aquí, y vea si yo miento.

Al mismo tiempo que don Celedonio pronunciaba, con el tono de un hombre ofendido porque de su veracidad se duda, estas palabras tan terribles para la pobre madre, le alargaba un papel hecho en cuatro dobleces. Doña Úrsula lo cogió maquinalmente, y leyó para sí:

«A bordo del bergantín mercante *Chanito*, al mando del capitán don Manuel Velledo.

«Hoy, 21 de febrero del año 1857, después de pasado el trópico y mientras corrimos una temporal horrible entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, ha muerto en el camarote número 13 el pasajero don Antonio Ardera y Montesarao. Acompañado del segundo don Juan Manuel Herraldía y del doctor en Medicina don Ambrosio Velasco, pasajero también a bordo del *Chanito*, hemos procedido al reconocimiento del cadáver, resultando haber causado su muerte un tifus, contraído por una insolación mal curada.

«Y para que conste, firmamos esta su fe de muerto.—*Manuel Velledo*, capitán.—*Juan Manuel Herraldía*, segundo.—*Ambrosio Velasco*, doctor en Medicina.

«Dado a bordo en el mar a 21 de febrero de 1857.»

Ya no había lugar a la menor duda, y en vano doña Úrsula hubiera tratado de engañarse; su dolor estalló terrible y desesperado. Sostenida por Brígida y Misita, se retorcia las manos con una fuerza salvaje, y gritaba con voz ronca unas veces, aguda otras, pero siempre capaz de ablandar al mismo mármol: .

—¡Antonio, Antonio! ¡Hijo de mi alma!... Si lo dije, que ese viaje era su

muerte. ¡Y yo que le dejé marchar! ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo le he matado, yo le he matado!—exclamaba golpeándose el pecho fuertemente.

Luego quedaba inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando sin ver, y sufriendo sin pensar, porque su dolor parecía haberse suspendido como si cobrase ánimos para luego hacerla sufrir con más fuerza.

—¡La mar, la mar le serviría de mortaja!—volvió a gritar cruzando las manos convulsamente.— ¡Y no vería una cara amiga junto a su lecho de muerte...; moriría solo! ¡Dios mío, solo! ¡Solo, y yo, que soy su madre, dormía!... ¡Y no tendrá una cruz que diga: *Aquí descansa un cristiano*, ni un alma caritativa que le rezara un Padrenuestro, ni tampoco quien derramase por él una lágrima! ¡Ay, que no puedo más...; que me mueren!... ¡Matadme, Dios mío; matadme, y tendréis piedad de mí!...

—¡Pues no lo ha tomado por lo serio que digamos!—murmuraba don Celedonio.

Y luego, acercándose a la desconsolada madre, añadía para consolarla:

—¡Ea, señora, callarse ya; callarse ya, digo, que porque usted lllore no ha de resucitarlo; hoy a ti, mañana a mí; si a él le tocó primero, allá nos aguarde muchos años! El muerto al hoyo y el vivo al bollo; y al fin y a la postre, para comer no le hacía a usted falta el muchacho... Y usted, madamita, tenga más caletre—añadía dirigiéndose a Misita—y límpiese esos lagrimones, que andan mal por esa cara de *misigatito*, y venga a darle buenos tajos de carne a la mamá, porque los duelos con pan son menos, y para sentir es menester comer, y si a dejar hundirnos vamos, tendremos otro burro caído.

Doña Úrsula se levantó de repente con la cofia caída sobre la espalda; su pelo cano extendiase diseminado sobre sus hombros, y forcejeando por desasirse de Brígida y Misita que la sujetaban, gritó de nuevo:

—¡Déjame, suéltame, que me voy con mi hijo, que está en el mar solo!... ¡Solo, y se lo comerán los tiburones!... ¡Suéltame, por María Santísima, que me está llamando y no voy!... ¡Suéltame, déja-

me, que me llama mi hijo, mi sangre, y no puedo ir! ¡Hijo mio, hijo mio; allá voy, allá voy, que no me quieren soltar!... ¡Ay, ay, qué me dan mil muertes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué he hecho yo para merecer este castigo?...

—¡Mamá, mamá; al cristiano no le ataña el saber por qué, sino que el sufrir le basta!

—¡Es verdad, es verdad!... ¡Cúmplase su santísima voluntad!—gimió la infeliz cruzando las manos convulsamente y escondiendo su rostro entre los cojines del sofá, que mordía desesperada.

Don Celedonio, viendo la inutilidad de sus consuelos, creyó prudente eclipsarse, y bajó la escalera murmurando:

—¡Estos demonios de mujeres se toman unos calores, que son para vistos!... Y la pequeña es bonita como un peso duro.

En el umbral de la puerta permanecía aún la pobre mendiga, que, al entrar don Celedonio, se había dejado caer allí rendida de hambre y de cansancio.

En medio de la calle, y frente a la casa de doña Úrsula, hallábase parada una hermosa y blasonada carretela, dentro de la cual tres elegantes damas hablaban con un caballero que en la portezuela se había detenido.

Don Celedonio tosió fuertemente para llamar la atención de las del coche, y cuando ya éstas le miraban, dió una moneda a la pobre, no sin haberla dejado caer antes para hacer ver que era de plata. El montañés siguió su camino, y el coche arrancó para el lado opuesto; no bien le vió don Celedonio ponerse en movimiento, volvió atrás y dijo a la mendiga:

—¿Qué moneda te di yo, chupabolillos?

—Medio duro, señorito; que Dios se lo pagará a usted en la gloria—contestó ésta presentándole la moneda, que brillaba en su sucia mano como una estrella en una sombría noche.

—Pues me equivoqué, hija mía, y por darte dos cuartos te di diez reales—dijo el Creso recogiendo su medio duro y dando a la pobre una moneda de dos cuartos.

—¡Vaya con el señor, más soplado que un pellejo de vino!—respondió la

chiquilla mayor de la pobre mujer—
Pos al que da y quita se lo lleva la perra maldita.

XIV

Corría un temporal horrible. El cielo vomitando torrentes de lluvia, y el mar, abandonado a toda su terrorífica sublimidad, parecía obrar de acuerdo para anonadar un bergantín que, después de pasado el trópico y entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, dejaba ver a la rojiza luz de los relámpagos escrito en su popa el nombre de *Chanito*. Arrojado del uno al otro lado como una pelota, parecía unas veces ir a rasgar con sus afilados topes las nubes, que cual negras y cuajadas masas, habían hecho desaparecer el día, y otras que, absorbido por las inmensas esclusas que entre ola y ola se abrian, iba a encallar en el fondo del mar, de ese desconocido abismo a que baja el hombre, en alas de su codicia, buscando riquezas que, como en la tierra, sólo halla junto a miserias. Junto a una rica perla que se esconde en su concha suele encontrar el podrido esqueleto de un náufrago, que se envuelve en su mortaja de fango. Se había mandado picar el palo mayor y el del trinquete; pero los horribles golpes de mar que embarcaban por la proa y barriendo la cubierta venían a salir por el coronamiento, impedian a los marinos llegar a las jarcias y ejecutar la maniobra.

El buque estaba perdido, desamparado, en aquella horrible soledad que lo encerraba en muros de agua como en una cárcel; el cielo y el mar, el rayo y el trueno, parecían decirle con su voz terrible y formidable: *¡Perece!* La fe y la oración, la religión y la esperanza, le gritaban con la suya consoladora y cristiana: *¡Confía!* Porque el buque, como si comprendiese toda la extensión de su desamparo, de esa terrible palabra que cae como la losa de un sepulcro sobre las esperanzas de la tierra, y que lo mismo hace temblar al grande que al pequeño, al alto que al bajo, oraba. Oraba con las bocas de bronce de sus cañones, que, broncos y tétricos, pedían socorro, no a los hombres, de quienes nada podía

esperar, sino a Dios, de quien lo podía esperar todo; oraba con los corazones de los marineros, que, agarrados con todas sus fuerzas adonde podían, para no ser arrebatados por las olas, se encomendaban a Nuestra Señora del Carmen, santa patrona de los navegantes. ¡Tan cierto es que el peligro hace comprender a los hombres su debilidad, les anonada en su pequeñez, y haciéndoles doblar ambas rodillas sobre su orgullosa jactancia, les obliga a pedir misericordia al Dios que señaló como límite a ese mar, terrorífica imagen de lo infinito, un grano de arena!...

Pero aún más desamparado que el mismo barco, que, ora tendido sobre el costado como vencido y jadeante, ora elevándose altivo hasta la muerte a una formidable altura, esperaba por instantes ser sepultado por una ola más poderosa que las anteriores, agonizaba Antonio Ardera en un camarote del *Chañito*. Tendido en su lecho, pálida la frente, descompuesto el semblante y quebrados los ojos, agitaba débilmente las manos, enroscando una manta que cubría su hamaca. Con las ansias de la muerte, sólo oía el desgraciado el horrible mugir del viento que silbaba entre las cuerdas y jarcias, y el espantoso estruendo de las olas que reventaban sobre los costados del buque, cubriéndolo de blanca espuma. ¡Nada endulzaba aquella triste muerte: ni un sacerdote que con los consuelos de la religión hiciese descender un destello de la luz del cielo sobre el lecho de aquel cristiano moribundo, ni una madre que le cerrase los ojos y le acostase en la tumba! Sólo *Garabito*, el fiel perro del pobre niño, iba y venía de un lado a otro del estrecho camarote, dirigiéndose, ya hacia la puerta, que permanecía cerrada, ya hacia el lecho en que agonizaba su dueño; apoyábase con sus patas delanteras en el borde de la hamaca, y fijando sus inteligentes ojos en el rostro del desgraciado Antonio, gruñía triste y cariñosamente, meneando la cola, como si preguntase en qué podía serle útil.

—¡Madre mía de la Merced, sálvame!—decía Antonio con la lengua borbosa de un agonizante, y la convulsa

ansia del que ve próximo un peligro inevitable—. ¡Sálvame! ¡No por mí, que nada merezco, sino por mi pobrecita madre, que ya no verá más!... ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Dios te ampare!...

Nadie le respondía. *Garabito* arañaba la puerta del camarote como si quisiera pedir socorro; por encima de sus cabezas seguía rugiendo la tempestad, y oíase correr de un punto a otro del puente. De nuevo agitábase Antonio murmurando:

—¡Jesús, Dios mío! ¿Voy a morir solo?... ¿No hay quien me favorezca?... ¡Agu!... ¡Un poco de agua por el amor de Dios!... ¡Virgen Santísima, agua!...

Pero sus débiles gritos no eran oídos de nadie, y ni aun alcanzaban a salir del camarote. Quiso ver si le era posible coger una botella que allí cerca había, y el ligero movimiento que para ello hizo le produjo un vahído, en que creyó llegado su último instante. Dos horas permaneció tendido boca arriba, mecido por los violentos balances del buque; aquellos hermosos cabellos rubios que fueron las delicias de su madre, caíanle ahora desaliñadamente, y servían como de marco a unos ojos horriblemente fijos, a unas mejillas lívidas y a unos labios negros y ligeramente entreabiertos. Al cabo de algún tiempo dió un gran suspiro, y mientras gota tras gota surcaban sus huecas mejillas unas lágrimas amargas como el acibar, porque nadie se cuidaba de enjuagarlas, murmuró:

—¡Pobrecita madre!... ¿Qué será de ti?...

Luego se agitó bruscamente; despidió la manta de la cama, y llevándose una mano al pecho, apretó con fuerza el escapulario de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Como si comprendiese *Garabito* que su joven dueño entraba en la agonía, acudió presuroso al lecho; y apoyando ambas patas delanteras en el borde puso su hocico sobre el pecho del niño. Antonio rodeó con el brazo que le quedaba libre el cuello de su fiel compañero, y volviendo hacia él sus ojos, ya en blanco y velados por las sombras de la muerte, murmuró en el delirio de la calentura, y con una voz tan baja que sólo *Garabito* pudo oírla, y tan

ininteligible, que sólo Dios pudo descrifrarlas, estas palabras que al dormirse en brazos de su madre tantas veces había repetido:

—*Santa y buena noche nos dé Dios... y parte en su santo reino...*

Garabito notó bajo su hocico que el corazón de su amo latía con rapidez, como si ansiase terminar las pulsaciones que le quedaban; al concluir su última palabra, lo sintió pararse. El noble animal lanzó un triste aullido y no se movió.

A eso de las cuatro de la tarde el tiempo empezó a abonanzar, y fuertes rachas que hacían escorar al bergantín sobre el costado de babor, empujaban las nubes delante de sí, como prisioneras que arrastrasen después de vencidas en el combate. Entonces pensaron los pasajeros y tripulantes del *Chanita* en tomar algún alimento, porque hacía más de veinticuatro horas que sólo se ocupaban en luchar con el temporal, oponiendo la maña a la fuerza. En el camarote número 13 encontraron a Antonio muerto; con el brazo izquierdo rodeaba el cuello de su fiel *Garabito*, que, de pie junto a la cama, y con las patas delanteras apoyadas en el borde, no se había movido, y, no os riáis, ¡lloraba! La mano derecha del cadáver descansaba sobre su pecho, blanco como el marfil, y estrujaba con fuerza el escapulario de la Virgen de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Se dió aviso al capitán, y aquel hombre, que sin alterarse acababa de vencer la furia de los elementos, salvando su débil barco, se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono, de fidelidad y de ternura; así fué que, descubriendo su altiva cabeza y siendo imitado por cuantos le rodeaban, hincó la rodilla en tierra, y al mismo tiempo que daba gracias a Dios por haberles salvado del naufragio, le encomendaba el alma de aquel pobre niño, que sólo había tenido para endulzar su agonía los consuelos de un pobre perro. Pero, ¿quién, ¡Dios mío!, no se conmueve ante el espectáculo de la muerte? ¿Quién no reconoce su pequeñez ante esa gran catástrofe del mundo, que iguala al rey con el mendigo? ¿Quién, si es cristiano, no se prosterna y ora?

¿Quién, si es escéptico, no se aterra y huye?

Resonó en este instante un grito que siempre es escuchado con placer en la inmensidad del océano, y que en la monótona vida que se sigue a bordo es todo un acontecimiento. El vigía de tope había gritado:

—¡Vela a barlovento!

Todos corrieron sobre cubierta, abandonando de nuevo a la guardia de su pobre perro, que aún no había variado de posición, el frío cadáver de Antonio.

El capitán subió al punto más elevado de la toldilla, y desde allí pudo examinar a su placer el buque anunciado: era la fragata *Maria*, que, procedente de La Habana, había corrido también el temporal, y presentaba grandes destrozos en su casco y aparejo, viniendo, además, desarbolada del bauprés y del trinquete. La fragata *Maria* y el bergantín *Chanita*, se aproximaron izados sus pabellones y medio recogidas las velas, y estando de través y a corta distancia, fachearon y entablaron, por medio de la bocina, el siguiente diálogo:

—¿De qué puerto?—preguntó el *Chanita*.

—De La Habana—contestó la *Maria*—. ¿Y vosotros?

—De Cádiz. ¿Dónde os cogió el temporal?

—Como a cuarenta millas al suroeste de la isla de San Cristóbal. ¿Y a vosotros?

—Entre los 23 y 24 grados de latitud Norte.

—¿Podéis darnos una brújula?—preguntó la *Maria*.

—Venid por ella—contestó el *Chanita*.

Los de la fragata botaron una chalupa, y bajaron a ella el capitán, cinco o seis marineros, tres o cuatro pasajeros, a quienes impelía la curiosidad, y entre los que se encontraba don Celedonio. Supo allí el finchado montañés, que conduciendo sus dorados penates volvía a la tierra natal, la muerte de Antonio, y vió su cadáver como después dijo a doña Úrsula.

Enterado el capitán de que don Celedonio pensaba establecerse en Jerez, le suplicó llevase a la pobre madre la no-

ticia de la muerte de su hijo, y le entregó su fe de muerto; también le entregó un reloj de oro y algunas alhajas de poco valor que habían pertenecido al pobre niño.

Ya hemos visto con cuanta diplomacia desempeñó su triste misión; en cuanto a los objetos entregados, no sabemos qué haría de ellos.

Recibida la brújula y después de haberse contado mutuamente los pormenores de la tempestad y los daños que habían sufrido, volvieron los de la fragata a bordo, y desde allí gritaron con la bocina:

—¡Buen viaje!

—¡Adiós!—contestó el *Chanito*.

Los dos orientaron sus aparejos, y se separaron. Los unos iban a la vieja Europa; los otros a la joven América. ¡Todos con rumbo a la muerte!

El siguiente día amaneció magnífico, como si la Naturaleza, avergonzada de haberse entregado a sus furiosos, quisiese, revistiéndose de todas sus galas, hacer olvidar aquella terrible impresión. Precedido de sus rayos, como de heraldos vestidos de oro, salió el globo del sol de entre las olas, mientras la luna, pálida ante él, íbase a alumbrar el otro hemisferio. El espacio, de un brillante azul, parecía una inmensa bóveda de cristal cuajado, y en el mar, que reflejaba su mismo color, sólo interrumpía su tersura alguna ola que, más altanera que sus compañeras, se elevaba por encima de ellas, o algún pez que, como deseoso de contemplar aquel espectáculo, asomaba curiosamente la cabeza. «Lo infinito en el cielo y en el mar!», dice Chateaubriand. Jamás turba tanto la grandeza de Dios como cuando se tiene la inmensidad sobre la cabeza y la inmensidad bajo los pies.

Todos los que navegaban a bordo del *Chanito* hallábanse a esta hora reunidos alrededor del cadáver de Antonio, que liado en el lienzo de su hamaca, y teniendo atada a los pies una piedra de la estiba, estaba tendido sobre cubierta. Los marineros, con sus sencillos y limpios uniformes, y teniendo en la mano sus sombreros embreados, formaban un semicírculo alrededor del cadáver; los

pasajeros se hallaban detrás; *Garabito*, junto a su dueño, paseaba por todos sus ojos, vivos como centellas, como si preguntase qué significaba aquello. A falta de capellán, un pasajero que lo sabía entonó el *Oficio de Difuntos*, y aquellas toscas gentes repitieron, sin comprenderlas, estas solemnes palabras: *Requiem aeternam, dona eis Domine; et lux perpetua luceat eis*.

Pero si ellos no comprendían lo que sus labios pronunciaban, Dios les entendía a ellos, y aquella humillación de lo pequeño a la vista de lo infinito; aquel tributo de caridad que los hermanos vivos ofrecían a un su hermano muerto, le fué grato y les fué oído. Aquellos tristes y solemnes acentos parecían pedir a los monstruos de la mar que respetasen el cadáver que iba a buscar su tumba entre ellos.

Dos marineros cogieron el cuerpo de Antonio, y, en medio del mayor silencio, se le vió cruzar el espacio y sepultarse en el mar. *Garabito* lanzó un ladrido lastimero, y se arrojó tras él: una misma ola los sepultó a entrambos.

Al mismo tiempo los dos cañones del *Chanito* dijeron con sus bocas de bronce: *descansa en paz*.

XV

Muchos días pasó doña Úrsula, después de la muerte de Antonio, acostada, en su lecho, sin que sus ojos derramasen una sola lágrima, y sin que sus labios profiriesen la menor queja; pálida, yerta, con los ojos descañados y siempre fijos en el suelo, miraba sin ver, y sufría sin pensar. Pasaban y repasaban en su imaginación, como otras tantas sombras chinescas, aquellos ya tan lejanos días de ventura, en que con su hijo en los brazos, y teniendo junto a sí a Misita, asustábase ella misma de tanta felicidad, y no había desgracia que estérilmente compadeciese; que tal es la deuda que el cristiano que es feliz contrae con aquellos sus hermanos que son desgraciados.

¡Cuán pronto debían de tornarse en días de pesares que vendrían a dar a su corazón la terrible experiencia de la desgracia, porque es ésta maestra dura y

cruel, que, como los antiguos dómimes, dice al que aprende en sus libros empapados en lágrimas: «La letra entra con llanto, que es la sangre que de las heridas del alma brota!»

Poco a poco, la santa virtud de someterse a los decretos de la divina Providencia, y los oportunos consuelos de su confesor, dieron al destrozado pecho de doña Úrsula una resignada y triste calma.

—Enjague usted esas lágrimas, señora, que ya ofenden a Dios—solía decirle éste—. Si cuando Su Divina Majestad nos manda goces le abrimos de par en par las puertas, ¿por qué hemos de cerrárselas cuando nos manda dolores?... Basta de extremos, que no sólo con los labios hemos de decirle: ¡*Hágase tu santísima voluntad!* ¡Dichosa usted que tiene en la tierra una hija que la acompañe y en el cielo un hijo que la aguarde!

Y desde entonces doña Úrsula dejó de exclamar desesperadamente: «¡Hijo mío, ya no te veré más!», para decir, mirando al cielo, triste, pero resignada, con el corazón desgarrado, pero sintiendo vivir en él la esperanza: «¡Allá voy, hijo mío; allá voy!»

Y la pobre madre esperaba.

¡Qué grande, qué magnífica, qué sublime es la religión católica, que por medio de la fe infunde estos consuelos!...

Pero otra nueva desgracia se cernía en el horizonte de aquella pobre mujer, siempre turbado por negros nubarrones. Su corto caudal, abandonado del todo, había desaparecido casi completamente, y sólo le restaba la casita en que vivía; muy pronto debía efectuar un pago bastante considerable, y se hallaba sin recursos de ningún género. En este apuro acudió a don Celedonio Prosopopeya y Bellotas.

Había el finchado montañés seguido visitando la casa de doña Úrsula, no porque se tomase el menor interés por la pobre madre, pues aquel corazón egoísta era de los que, al decir de Bacón, por cocer un huevo entregarían a las llamas la casa del vecino.

Pero al ver primeramente a Misita y al tratar luego su bello carácter, había sentido, no amor, que este santo varón no tuvo nunca las menores relaciones

con Cupido, sino un ferviente deseo de ver halagada su vanidad enlazándose con aquella familia, que por su antigüedad y su nobleza le haría partícipe de ciertas preocupaciones que, en su solapado carácter, aparentaba despreciar el orgulloso nabab (que es vicio de ruines arrojar su asquerosa baba sobre aquello que no alcanzan), pero que en el fondo de su corazón rabiosamente envidiaba.

Así fué que cuando doña Úrsula, después de mil preámbulos y rodeos, y con el rubor natural en quien nunca tuvo que humillarse a nadie, le pidió prestada la cantidad necesaria, halló el Creso una base grosera y positiva, como su propia persona, donde asentar sus pretensiones. Otorgóle el dinero pedido; pero, venciendo siempre el interés del ricacho, sólo consintió en ello después de hipotecada, con pacto de retro, la casita en que vivía, que era el último resto de su fortuna. Hizole después los más groseros y chabacanos ofrecimientos, y con un aire de superioridad digno de sus talegas, abordó el asunto en estos términos:

—Señora—le dijo con todo el significado de su primer apellido—, celebro mucho poder prestarle esos cuartejos que necesita, y voy a decirle ahora lo que nunca habrá soñado. Sabe usted que soy hombre de peso, y que tengo muy buenos caudales... Si digo que diez milloncitos, no marro por lo alto...

—Mucho me alegro que así sea—le contestó doña Úrsula sin saber por donde iba a resollar el Creso—, porque el uso que se hace del dinero es que le da su valor, y no dudo que, empleándolo usted para el bien, sabrá disfrutarlo mejor que nadie.

—¡Toma, toma, que sabré disfrutarlo! No me chupo yo el dedo en esto de darse buena vida—replicó don Celedonio dándose dos palmaditas en su abultado abdomen y tomando en un sentido material y grosero la elevada contestación de doña Úrsula—. Pues sí, señora—continuó pasando de su primer apellido al segundo—; tengo muy buenos caudales, y no crea usted que me han caído del cielo como los mayorazgos a esos señoritos que quieren deslumbrarnos con sus pergaminos y lo miran a uno por

encima del hombro porque tienen sangre azul. ¡Por *viche* del Dios Baco! ¡Pues no podían cargar dos mil demonios de a caballo con todo ese *jato* de perdidos!... Vea usted tanto orgullo porque allá su abuelo mató un moro, y luego para uno que tiene un real, hay diez mil que piden prestado para comer, cuando no andan oliendo dónde guisan. No, señora; yo he ganado mis caudales a fuerza de trabajo y sudando la gota gorda. ¿Está usted?

—Eso le honra a usted mucho—le contestó doña Úrsula—, porque el mejor blasón de que puede jactarse un hombre honrado es de su trabajo.

—Señora, usted me *aplasta*—contestó el millonario con una fingida modestia—. Pero como no soy egoísta, quiero buscar una mujer que me ayude a gastar mis caudales, y esa una ha de ser la flor de la borricada. Yo tengo muy buenos pesos duros, y Celedonio Prosopopeya y Bellostas se ha de comer el cogollo de la lechuga.

—¡Ya lo creo!—replicó doña Úrsula creyendo que el Creso hablaba de broma—; podrá usted escoger novias lo mismo que quien escoge melones.

—Con una me contento, que no estamos aquí en tierra de moros para gastar *politécnica* (don Celedonio quería decir *poligamia*). Pero ha de ser lo mejor de lo bueno, y la quiero que sea un *túmulo* de perfecciones... En fin, señora: a mí me gusta al pan, pan, y al vino, vino, y las cosas claras y el chocolate espeso. Yo quiero casarme con su muchacha de usted, Misita, que bien vale el milloncito en que he de dotarla.

Doña Úrsula no había inventado la pólvora, y aunque poseía un mediano criterio, era de esas personas tan sanas de corazón, que por razón de su bondad misma creen a todo el mundo tan bueno como ellos; así, pues, al oír hablar al nabab, creyó que se le presentaba a su hija una suerte loca, puesto que nunca se había ocupado de observar a don Celedonio física ni moralmente, y hacerse cargo de sus cualidades. Sorprendida, sin embargo, por lo inesperado y repentino de la proposición, no supo qué contestarle.

—¡Y qué me dice usted!—le preguntó el Creso.

—¿Qué quiere usted que le diga?... Yo seré muy gustosa en que esa boda se realice; pero, como usted puede figurarse, sin consultar la voluntad de mi hija, no puedo decirle más que esto...: usted, si bien ya no es un niño, es todavía hombre mozo, y aunque...

—¡Pues!... Aunque yo no sea bonito, el hombre y el oso, mientras más feo, más hermoso, y mis talegas me hermocean, y me verá la pequeña redondo y sano como un perrito. Yo no me pongo potingues en el pañuelo, ni me rizo el pelo, porque no lo tengo—añadió quitándose y volviéndose a poner la peluca, y dejando ver una cabeza más pelada que un nabo, y en la que brillaba a la manera que un oasis en un dilatado desierto, media docena de pelitos colocados en la coronilla—. Pero yo me digo que el hombre ha de oler a tabaco y ha de tener partidas de mulo, y *asín*, ande yo caliente y riase la gente; ¿qué peso duro he de embolsarme para andar tieso y estirado como cuerda de *vigilín*?...

—Yo le hablaré a Misita—dijo doña Úrsula, a quien mortificaba aquella grosera charla—, y vereñnos qué es lo que dice.

—¡Vayan cinco duriños contra una peseta, a que dice que sí!... ¡Ah, ah! El dinero es muy bonito, y novios como yo no se encuentran al revolver de la esquina. Conque ea, mamá suegra, ¡hasta más ver! Esa cara está más triste que un *De profundis*, y menester es ponerla como la Pascua. ¡Qué *dimoñu!* Si el chiquillo se murió, angelitos al cielo y allá nos aguarde por muchos años. Y por los cuartejos no haya *cuñado*, que cuando nos casemos estará usted como la propia rosa, y la meteremos entre cristales para que no le dé el aire.

—¡Ay, señor! Yo no tengo ya nada que esperar en este mundo—contestó doña Úrsula enjugándose las lágrimas que brotaron de sus ojos al recuerdo evocado por el inoportuno montañés—. ¡Hijo mío, pobrecito; esta pena la tengo siempre viva en el corazón, y me está labrando la sepultura!

—Señora, señora; ya descargó el nublado! ¡Por *viche* del chapiro verde, que es usted como el pilón del cortijo, que como usted se toca el tapón, corre el agua!

—Nunca se olvida a un hijo, don Celedonio.

—¿Ni para atrapar a un yerno rico?

—Para nada, señor, para nada.

—¿Y en el día de la boda lo olvidará usted?

—Sólo hay una cosa que me lo hará olvidar—contestó doña Úrsula sonriendo tristemente.

—¿Y cuál es ella?... ¿El premio gordo de la lotería?

—No, señor; las espuertas de tierra que echarán sobre mi sepultura.

—¿Virgen de Covadonga—exclamó don Celedonio tomando el sombrero y echando a correr—, y qué fúnebre está usted hoy!

XVI

No bien salió don Celedonio, se dirigió doña Úrsula suspirando al cuarto de Misita, y la encontró sentada delante de un veladorcito, escribiendo un papel, que, al entrar su madre, ocultó precipitadamente, poniéndose colorada.

—¿Qué escribías?—le preguntó doña Úrsula sorprendida por su turbación.

—Nada... Digo, sí... escribía..., copiaba unos versos de Zorrilla para ejercitar la letra.

—¿Y dónde están los versos?... Yo no veo ahí más que el *Año Cristiano*.

Misita, que no sabía mentir, bajó confundida la cabeza sin decir palabra.

Doña Úrsula cogió el papel, que estaba escondido bajo el libro y leyó en voz baja:

«Mi querido Pedro: Mucha pena me ha causado tu última carta, porque veo que no tienes paciencia para aguardar, y aguardar es, como lei no recuerdo dónde, el consejo que nos da la constancia para llegar al logro (1). Cuando yo tenga ocasión hablaré a mi madre, y como, además de ser muy buena y quererme mucho, no tiene motivos para oponerse a nuestras relaciones, nos dará su beneplácito, y sin necesidad de misterios podrás venir diariamente a mi casa...»

Aquí había interrumpido la carta la llegada de doña Úrsula.

(1) *Un verano en Bornos*, novela de costumbres, por Fernán Caballero.

Misita no levantaba la vista del suelo, y dos lágrimas temblaban en la punta de sus largas pestañas.

Miróla su madre tiernamente antes de decirle una palabra, y luego dijo de una manera cariñosa aunque con un tanto de reproche:

—No creía yo que tenías tan poca confianza en tu madre.

Misita no contestó, y se echó a llorar.

—¿Pero me querrás decir a qué viene ese llanto?—preguntó su madre con dulzura—. Si yo no te riño, hija mía; sólo quiero que me digas quién es ese Pedro, y dónde y cómo le has conocido.

Misita levantó su cara, que, inundada de lágrimas, parecía una rosa cubierta de rocío, y refirió a su madre la incoñtada historia de sus amores con Pedro. Luego volvió otra vez a echarse a llorar.

—Pero, hija mía, yo no veo que haya en eso motivo para llanto—le dijo su madre cogiéndole las manos, y atrayéndola hacia sí—; límpiate esas lagrimitas y medita muy bien lo que voy a decirte...; que Pedro te quiera a ti y tú quieras a Pedro, lo encuentro yo muy natural; pero si, como me parece, es éste un noviazgo que no tiene formalidad, y que por un *quitame allá esas pajas* concluirá el mejor día del año, no hay que pensar en ello. Considera, hija mía, que ya vas a cumplir veinte años, y que no estás en edad ni en posición de perder tiempo, porque, como sabes muy bien, los últimos restos de nuestra fortuna van desapareciendo, y no sé qué va a ser de nosotras. Además se te acaba de presentar un partido ventajosísimo, que podría remediar las nuevas desgracias que nos amenazan, y que si no es tan brillante como el marqués, es mucho más seguro y más positivo.

—¿Y quién es ese partido?—preguntó Misita cediendo a la curiosidad, tan natural en su sexo.

—Un hombre muy rico que te quiere, y que, si bien ya no es un niño, tampoco es viejo; y aunque no es buen mozo, lo por eso puede decirse que asusta.

—¿Pero quién es?...

—Uno a quien tú conoces mucho—contestó doña Úrsula, que sin saber por qué, no se atrevía a decir el nombre del

ponderado pretendiente—: don Celedonio Prosopopeya.

—¡Ay, Jesús!—exclamó Misita sin poder contener un gesto de repulsión.

—¡Qué! ¿No te parece bien?

—¡Ay, mamá, si parece un sapo!

—¡Qué sapo, ni qué sapo!... Don Celedonio no puede decirse que es un hombre feo; y además, hija mía, es nuestra única tabla de salvación. Porque aun suponiendo que Pedro se case contigo, no podrá hacerlo hasta sabe Dios cuándo; y mientras tanto, ¿qué va a ser de nosotras?... Pues, como te puedes hacer cargo, de donde se saca y no se mete, muy pronto se ve el fondo.

—Pero, mamá, si yo quiero a otro y a él no le puedo resistir...

—No me seas tonta, hija; el trato engendrará el cariño. Medítalo bien y sin ofuscarte, y no quieras darme esta pesadumbre, que bastantes tengo ya sufridas—dijo doña Úrsula besando a Misita en la frente y saliendo de la habitación.

Pasaron dos días, en los que Misita no hizo más que llorar por los rincones. Al tercero le dijo doña Úrsula después de concluido el almuerzo:

—¿Conque has pensado sobre lo que te dije?

—Que haré lo que usted me mande—contestó Misita poniéndose colorada como una amapola, y llenándosele los ojos de lágrimas.

—No harás lo que yo te mande, porque no soy yo, sino tú, la que va a casarse—dijo doña Úrsula con alguna impaciencia—. Harás lo que tú quieras, y sin que yo te violente en lo más mínimo.

—¿No dice usted que nuestra única salvación es don Celedonio?—dijo Misita llorando a lágrima viva—. Pues me casaré, y así nos salvaremos de la miseria que, según usted, nos espera.

—No, hija de mi alma, que prefiero yo pedir para ti un pedazo de pan de puerta en puerta antes que verte desgraciada por mi causa. Mi hijo—pobrecito de mi corazón! ¡Dios lo tenga en su gloria!—también se embarcó para mejorar mi suerte, y me quedé sin él—exclamó llorando la pobre madre.—. ¿Y

crees tú que había yo de permitir que te sacrificases por mi causa casándote con un hombre que no es aquel a quien tú quieres?

—Pero, mamá—dijo Misita procurando ahogar sus sollozos con el pañuelo—, yo procuraré olvidarle...

—Nada, nada, no se hable más de la cuestión; se le dirá a don Celedonio que tienes un compromiso anterior, y sea lo que Dios quiera—dijo doña Úrsula saliendo del comedor y enjugándose las lágrimas.

Aquella misma noche rezaba doña Úrsula el Rosario, intercalando entre las Avemarías y Padrenuestros sendas cabezadas que el sueño la hacía dar; Misita arreglaba unos dibujos de tapicería. De repente sonó fuertemente la campanilla; doña Úrsula que se había dormido entre *Regina Angelorum* y *Regina Patriarcharum*, saltó despavorida el *Agnus Dei*, desairando a profetas, mártires y *sanctorum omnium*. Misita atravesó corriendo la habitación, y murmurando con espanto—don Celedonio!—desapareció antes que doña Úrsula se diese cuenta de lo que sucedía. A poco entró éste.

—Dios guarde a usted, señora—dijo tomando posesión de una silla, que, abrumada con su peso, suspiró por sus cuatro patas—. ¿Qué hay de nuevo?

—Lo que usted nos traiga—le contestó doña Úrsula.

—A la verdad que no será *asin*; que usted ha de decirme algo bueno, y será un *si* más bonito que las pesetas y más dulce que la arropía.

—Pues siento decir a usted todo lo contrario—dijo doña Úrsula un poco cortada.

—¿Que no?—exclamó don Celedonio abriendo unos ojos redondos como los de una liebre.

—Yo no he podido hacer más por convencerla, pero me ha sido imposible...

—¿Y lo dice usted de verdad?... ¿Rehusado yo, don Celedonio Prosopopeya y Bellotas? ¿Rehusado yo, diez millones de reales!...

—¿Y qué quiere usted que le haga?

—¿Y por qué? ¿Y por qué?

—Porque tiene un compromiso anterior con el marqués de Valmes, y...

—¡Ah, ah; ya pareció aquello! ¡Ya asomó la mano el gatito!... ¡Y por qué no le pidió usted el dinero a ese marqués del hambre, y vino a pedírmelo a mí?...

—¡Jesús, señor!—exclamó doña Úrsula, que sintió subir a su rostro las llamaradas de la vergüenza ante aquel insultante lenguaje—. Cuando yo le pedí a usted ese dinero ignoraba el compromiso que mi hija había contraído, y además...

—¡A otro can con ese hueso, que no soy yo rana para dejarme engañar!... ¡Cuándo habrá pensado la casquivana de su hija de usted encontrar un hombre como yo? ¡Un hombre con diez millones! ¡Vaya, vaya, diga usted a la mojegata de su niña que!...

—¡Qué se entiende!—exclamó doña Úrsula colérica al oír hablar con tan poco respeto de su hija—. ¡Se ha pensado usted que porque me ha prestado dinero, lo mismo que hubiera hecho el primer judío a quien se lo hubiera pedido, tiene derecho para venir a insultarme? Exija usted su dinero, y váyase mucho enhoramala.

—¡Es que lo exigirá!

—Cuando usted quiera, con tal que no vuelva a poner los pies en mi casa.

—¡En su casa!... ¡Y quien se la ha dado a usted? Veremos quién tira de ella cuando no pueda usted pagarme el dinero que me ha sacado.

—¡Insolente! ¡Venir a insultar a una señora!...

—¡Una señora! ¡Digo, digo! ¡Una señora que tiene pergamino en el arca y la barriga vacía! ¡Pues ahí es un grano de anís con el señorío!...

Doña Úrsula se levantó, y con toda la amargura propia de la pobreza noble y digna que se ve impunemente aplastada por el macizo pie de una grosera opulencia, salió de la habitación dirigiéndose a su alcoba, donde sufrió un fuerte ataque de nervios.

Cuatro meses después se casaba don Celedonio con la hija de otro montañés, compañero y compinche suyo, fundador y sacerdote de un templo de Baco. Pero este moderno Demodoco no había consagrado su Cimodocea al culto del divino

Homero, sino al del becerro de oro, en cuyas aras había él sacrificado su vida y su alma, diciendo con un espantoso cinismo, que dejaba en pañales al del mismo Diógenes:

—¡Ancha Castilla, que la poca vergüenza es un capital! (1).

Jamás se han encontrado dos medias naranjas más iguales, ni que más congeniasen. Cuando sentados a su mesa devoraban marido y mujer como dos Helioγάλos, solía decir don Celedonio:

—¡Qué ricos que *semos*, qué gordos que estamos, y qué bien que comemos!

—¡Y qué envidia *mos* tienen!—añadía la mujer, arreglando los ampulosos pliegues de su traje de seda.

Don Celedonio, cada vez más enamorado de su mujer, la hizo retratar al óleo con un magnífico aderezo de brillantes que le había regalado. A todos cuantos en la casa entraban enseñábase el retrato, diciendo:

—Venga usted a ver a mi Teresa, que está hablando en aquella pared. Usted ha de notar que los brillantes no brillan, motivado a que todo es pintura. Pero ¡qué cuadro! Media talega me ha costado, y bien lo vale, que es pintura de la fina, y no se conoce por dónde ha entrado ni salido el pincel.

Aunque su Teresa entendía tanto de música como él de delicadeza, se empeñó en comprarle un piano.

—Tráigame usted un piano de lo más caro—decía a un comisionista a quien se le había encargado.

—¡Quiere usted uno de Pleyel, de cola?—le dijo éste—. Uno así he traído para el conde D***.

—¡Y cuántas colas tiene el del conde!

—¡Una!—exclamó asombrado el comisionista.

—Pues que el mío tenga por lo menos tres.

Compró también una magnífica carretela. El día que la estrenaron abrióles el lacayo ambas portezuelas; la elegante Teresa entró por la una y se salió por la otra; al encontrarse de nuevo en la calle, exclamó:

(1) Este notable y verdadero dicho es de un ilustre y sabio paisano nuestro, ya difunto.

—¡Ay! ¡Yo creí que esto tenía alcoba!

A poco llegó don Celedonio y vió que sólo faltaba a su flamante coche un escudo de armas. ¿Dónde hallarlo? La mujer quería hacerlo traer de donde se crían los ingleses. Don Celedonio registró todos sus papeles, pero sólo pudo encontrar algunos apuntes de negros vendidos, mientras se dedicó a este infame tráfico. No fué tan desgraciado al buscar los de su mujer, pues entre las cuentas de la taberna de que tanto tiempo fué dueño el padre de ésta, encontró una vitela en que se hallaban pintadas las armas de un obispo, de quien un tío de Teresa había sido mayordomo. Sobre el escudo se veían la mitra y el báculo del difunto prelado. Don Celedonio, sin meterse en más averiguaciones, las hizo copiar con toda exactitud en la portezuela de su coche.

Las gentes se preguntaban sorprendidas si a don Celedonio lo habían hecho obispo.

XVII

Ya iban a cumplirse ocho meses desde que Misita tenía relaciones con Pedro. Todas las noches acudía éste a casa de doña Úrsula, y mientras la buena señora jugaba al ajedrez con su vecino don Basilio, intercaldando entre mate y mate un suspiro, y a veces una lágrima, como holocausto dedicado a su difunto hijo, entregábanse ambos amantes a todo su fervoroso entusiasmo. Él siempre vehemente y apasionado; ella siempre amante y siempre igual. Un día en que Pedro embromaba a Misita, diciéndole que no sabía querer porque tenía sangre de horchata, la preguntó:

—¿Qué harías tú si yo me fuese para no volver?

—Me moriría—le contestó Misita con la sencillez de la verdad y el aplomo del que dice lo que siente.

Doña Úrsula, más enamorada si cabe que su propia hija, solía exclamar para su capote cuando separaba la vista del tablero para fijar una satisfactoria mirada en el dichoso grupo:

—¿Habrás visto la mosquita muerta? ¡Mire usted cómo un buen mozo pudo con ella más que todos mis sermones!

¡Y, bendito sea Dios, que no me hizo caso! ¿Si será que este siglo, en que todo es al revés, saben más las pollitas que las recoveras?

Animaba a veces este tranquilo cuadro, al que sólo prestaban sombra los trajes de luto de ambas mujeres y el pobre corazón de doña Úrsula, que por frecuentes lágrimas y suspiros expresaba lo inconsolable de su pena, Mariquita, la nieta de don Basilio, que con una infatigable actividad iba y venía desde la mesa en que jugaba su abuelo a los dos ensimismados amantes. Al primero, con su portentosa charla, le hacía cometer frecuentes torpezas, de que, como leal contrario, nunca se aprovechaba doña Úrsula.

—¿Pero está usted hilando, don Basilio?—le decía—. ¿No ve usted que queda el rey en jaque?

—¿Y qué quiere usted, señora? ¿No ve usted también este abejorrido que no deja de zumbarme al oído?—contestaba el abuelo, pasando su arrugada mano por los cabellos de la nieta.

Otras veces iba a la cocina en busca de Brigida para que le refiriese cuentos de príncipes y princesas encantadas. Si estaba de buen humor, bastaba que la muchacha abriese los ojos, para chillar con los gritos más descompasados:

—¡Bendita sea tu boca! ¡Vale esta chiquilla más que las *presetas*! ¡Bendita sea tu sal y el cura que te la puso!

Si, por el contrario estaba de mal talante, aunque la niña emplease las notas más dulces y suplicatorias de su voz, no había cuento, y empezaba a gruñir:

—¡Demonios de niños, que no viniera otro *Jerodes* y cargara con todos ellos! Debieran darles pelotillas como a los perros.

Pero un día el marqués, que había ganado su pleito, le precisaba volver a Madrid. La víspera de la partida llegó éste como de costumbre, y a poco entraron don Basilio y su nieta.

—¿Qué tienes Misita?—preguntó la niña en la verla triste y cabizbaja—. ¿Te ha reñido tu mamá?

—No, hija mía—le contestó Misita besándola, mientras Pedro la sentaba sobre sus rodillas—; me duele la cabeza.

—¡Vaya por Dios! Yo te contaré un cuento muy largo que me ha enseñado

la señora directora para que lo digamos en los exámenes otra niña y yo, y verás cómo ya no te duele más.

Y, sin esperar respuesta, empezó la niña a recitar muy deprisa, y con este tonillo usado en las escuelas, esta lindísima composición de don Antonio Trueba, que apenas podía retener su memoria (1):

LAS FLORES PARA LA VIRGEN

I

¡Jesús, qué niña tan guapa!

¡Jesús, qué niña tan linda!

¡Qué buscas en estos campos?

¡Qué haces aquí tan solita?

—He venido a coger flores.

—¿Para qué las quieres, niña?

—Está malita mi madre

y me han dicho mis vecinas que al punto se pondrá buena

si cuando toquen a misa

una corona de flores

llevo a la Virgen María.

—¡Bendita sea tu boca!

¡Hermosa, Dios te bendiga!

¡Quieres a la Virgen?

—Mucho.

—¿La rezas?

—Todos los días.

—¿Y qué le pides?

—Le pido...

salud para mi familia.

—Rézale, quírela mucho,

que además de compasiva

«Es María más hermosa que el oro y la plata fina».

II

Acércate y dame un beso...

¡Bendito el Señor, que cría serafines tan hermosos

y la que parió tal hija!

¡Vámonos por estos campos

y estas praderas floridas,

que juntos recogeremos

las flores que necesitas!

(1) Tenemos la competente autorización del popular autor de esta poesía para reproducirla en nuestra obra, cuya autorización nos ha sido concedida con una amabilidad y exquisita finura, que agradecemos profundamente.

¡Mira cuántas flores hay,
mira cuántas siemprevivas,
mira cuántas amapolas,
mira cuántas clavellinas!
¡Qué hermosa estará la Virgen
con ellas coronadita!

Verás cómo da a tu madre
la salud y la alegría.

Y verás cuando estas flores
ornen su frente bendita,
cómo no hay chicos ni grandes
que al contemplarla no digan:
«Es María más hermosa
que el oro y la plata fina.»

III

—¿Y por qué gustan las flores
tanto a la Virgen María?

—Porque son hermanas suyas.

—¿Hermanas suyas?

—Sí, niña;

por eso la Virgen, Rosa

de Jericó se apellida;

por eso aromas celestes

a su lado se respiran;

por eso su santo nombre

el corazón regocija,

como las flores que pueblan

los valles y las colinas;

por eso en el mes de mayo

van todos al santo templo

donde se ostenta bendita,

como van a los jardines

donde brotan clavellinas

olorosas, azucenas

y rosas de Alejandría.

Y por eso cantan hombres,

mujeres, niños y niñas:

«Es María más hermosa

que el oro y la plata fina.»

IV

—Yo pondré en su santa frente
una corona muy linda;

pero temo que la Virgen

no haga caso de una niña...

—¿Ángel de Dios!, tu inocencia

los corazones cautiva.

Las niñas también son flores,

y agradan tanto a María

como las que en los jardines

y en las praderas se crían.

Mas ya tocan las campanas, ya bajan por las colinas o suben por la ribera grandes y chicos a misa. Vámonos también nosotros, pues tenemos concluida la corona que a la Reina de los Ángeles dedicas; vámonos a ver la Virgen; pues tenlo entendido, niña: «Es María más hermosa que el oro y la plata fina.»

—Conque ya sabes—añadió la niña sin tomar resuello—, si quieres que note duela la cabeza, hazle una corona a la Virgen.

—¡Jesús, señor, y qué monísima es esta muchacha!—exclamó doña Úrsula, que la escuchaba con la boca abierta—. Ven acá, que te voy a dar treinta besos, y una peseta para que tu abuela te compre una libra de dulce.

Marchó, por fin, Pedro, después de haber prometido a Misita escribirla todos los días.

Durante algún tiempo no pudo quejarse, porque recibió diariamente una larga carta, y dentro de cada una de ellas un hermoso pensamiento, que la niña iba colocando entre las hojas de su devocionario. Pero pasaron dos días sin que viniese el cartero.

—¡Si le habrá sucedido algo!—pensó Misita. Y todo el día estuvo triste y preocupada.

Llegó, por fin, una carta, que abrió Misita temblando, porque creyó encontrar algo desagradable que hubiese impedido a Pedro escribir en aquellos días. Como ella había dicho a su madre, en la duda y en la incertidumbre, la imaginación es la que corre y el corazón el que se cansa.

Pero no solamente no halló excusa alguna, sino que advirtió con profundo dolor que ya éste no usaba aquel lenguaje tan tierno que antes empleara, y que también faltaba el pensamiento que, como un poético recuerdo, le había enviado hasta entonces.

Calló, no obstante, y ocultando a su madre la variación que en Pedro se había operado, le contestó sin darle la menor queja, porque, después del olvido

de ciertos obsequios, que, aunque sean pequeñeces, bastan para hacer feliz el corazón de una mujer, nada hay más humillante para este mismo corazón como reclamar contra ellos.

Pero esta carta no tuvo respuesta; volvió a escribir, y obtuvo el mismo resultado. Entonces la dignidad mujeril le hizo guardar silencio, y para no dar qué pensar a su madre, aparecía ante ella tranquila y serena, mientras en el silencio de la noche se entregaba a una aflicción que, no por ser callada y oculta, era menos desgarradora.

Por último, dos días después dijo Misita a su madre que había conocido que no amaba a Pedro y que había roto sus relaciones con él.

Doña Úrsula, estupefacta, propinó a su hija las más furibundas filípicas sobre las niñas tercas y maniáticas que hacen su santa voluntad sin consultar para nada la de sus padres, y acabó por convencerse de que a su hija le faltaba, cuando menos, un sentido.

—¡Vea usted!—exclamaba la buena señora—. ¡Un hombre tan completo! ¡Vamos! ¡Si esta hija mía es loca o estúpida! Bien dicen que *Dios da pañuelo al que no tiene narices*; tú has estado jugando con la suerte; pero descuida, que ella jugará contigo.

Misita escuchaba este torrente de palabras e improprios que la cólera hacía decir a su pobre madre, con la cabeza baja, y sintiendo en su corazón esa especie de amargo consuelo que se experimenta cuando con una sola palabra podemos hacer que los vituperios de que nos cubren se tornen en adoraciones.

Pero prefirió pasar a los ojos de su madre y a los del mundo como una muchacha sin fundamento, antes que descubrir la fea conducta de aquel a quien amaba tanto. La abnegación enmudeció su lengua; como una madre que llora los yerros de su hijo querido, conocía el mal comportamiento de Pedro, pero no por eso cesaba de amarle.

Poco a poco fué desmejorándose, y la terrible enfermedad que la minaba presentó al fin su desgarrador aspecto, burlándose de los imponentes recursos de la ciencia.

Pasaba casi todo el día en el mismo sitio en que Pedro acostumbraba a sentarse, recostada en una pequeña butaca, de donde apenas podía moverse. A menudo llamaba a Mariquita y le hacía repetir los versos a la Virgen que en la víspera del día en que se marchó Pedro dijo la niña sentada sobre sus rodillas.

Entonces lloraba y pedía a Dios que la llevase pronto a su seno.

XVIII

Una de las campanas de la parroquia de San Miguel tocaba, no tranquila y argentinamente como cuando dice al cristiano: *Ven, ven, ven*, para atraerle a misa, sino que, lenta y majestuosa hacía resonar su bronceada lengua, como si dijese al hombre: «Tu hermano agoniza; ven a acompañarme a su Padre, que lo es también tuyo, y que va a visitarle.» Los vecinos y muchos que no lo eran acudían a este llamamiento; algunas personas pudientes mandaban a sus criados, como si en obras de caridad admitiese Dios sustitutos. Los balcones de todas las casas se llenaban de luces; las ricas se iluminaban con magníficos candelabros de plata, cargados de bujías, y las pobres con un humilde veloncito o con un candil de hoja de lata. A las primeras podía encenderlas la vanidad, que destruye el mérito; a las segundas sólo el sentimiento religioso, que ofrece lo que tiene tal cual es.

Una viejecita se asomó a la ventanilla de una miserable casa, extendió por encima una colcha, blanca como la nieve, puso a un lado un velón de metal con dos piqueras encendidas, y al otro un candil de hoja de lata. Luego se arrodilló en medio, tocándose el paño- lón, y diciendo entre dientes:

—Santísimo Sacramento,
¿dónde vais tan liberal?

—Voy a visitar un enfermo
que me ha mandado llamar.

Voy a ponerle la mesa
y que coma de mi manjar,
porque tiene el alma cautiva,
y se la voy a rescatar.

Mientras tanto, la puerta de la casa de doña Úrsula se hallaba abierta y el patio cubierto de flores.

Misita, sentada en su cama y sostenida por almohadones, espera el santo Viático. En su pálido rostro se notan impresas las huellas de la muerte; su pecho se levanta agitado; su voz se enronquece; sus narices se afilan; sus ojos se hundén, y su lengua borrosa no acierta a desempeñar su oficio.

A los pies de la cama hay, sobre un altarito, un hermoso Crucifijo, ante el cual arden cuatro velas. Doña Úrsula, arrodillada ante él, ora fervorosamente, enjugando de cuando en cuando las lágrimas que corren por sus mejillas, pálidas y arrugadas.

¡Cuán amargos son los pensamientos que embargan la mente de Misita! ¡Morir a los veinte años, dejando una madre querida, que caerá irremisiblemente en la miseria! ¡Morir con la firme convicción de que aquel por quien moría recibirá con indiferencia la noticia de su muerte!

¡Cuántas veces, en sus largas noches de insomnio, había Misita deseado morir! ¡Cuántas veces había abierto la ventana de su cuarto y púestose a contemplar la bóveda de los cielos tachonada de estrellas! Entonces, olvidando sus dolores para admirar esa obra del Omnipotente, que es sólo una leve prueba de su poder infinito, deseaba con todas veras dormirse en esta contemplación para despertar en la de Dios.

Y ahora que veía abrirse las puertas de la tumba; ahora que veía la muerte tenderle sus fríos brazos, como si Dios cediese a sus deseos, retrocedía aterrada y buscaba con ansia el resto de sus días. Y era porque el *haber muerto* es dulce, pero el *morir*, terrible (1).

El confesor de Misita, hombre de elevada inteligencia y sensible corazón, enterado de aquel amor que aun entonces llenaba su alma como había llenado toda su vida, le hizo condenar al borde del sepulcro los extremos del amor a la criatura, y la religión le dió por su boca conformidad y consuelo.

(1) Fernán Caballero.

Cuando doña Úrsula entró después que hubo salido el sacerdote, la encontró más tranquila y sosegada que nunca. Si la fuerza del dolor físico la hacía acudir a los ojos una lágrima, se la oía repetir devotamente:

Dulce Jesús de mi vida
que en la cruz estás por mí,
en la hora de mi muerte
apiádate, Señor, de mí.

Doña Úrsula, enterada por el confesor, autorizado para ello por Misita, de la verdadera causa de su rompimiento con Pedro, admiraba la abnegación de su hija, y arrodillada ante el Crucifijo pedía perdón por haberla ofendido. De repente se oye a lo lejos el sonido de una campanilla; la pobre madre se levanta tambaleando y dice a su hija con voz apagada:

—Ya está ahí, hija mía.

—No se apure usted, madre—murmura Misita apretándole la mano cariñosamente—. Me voy con mi hermanito... para que seamos dos a esperarla a usted...

Entretanto había desembocado en la calle el solemne cortejo. Un monaguillo marchaba delante agitando violentamente una campanilla, como si quisiese advertir a los hombres que Aquél, que lo mismo va a la casa del rico que a la del pobre—pues la religión es la única que practica, no la soberbia igualdad que se alza, sino la humilde que se humilla—, se dirigía a visitar a uno de sus hijos; seguían marchando recogidamente dos largas filas de hombres de todas clases, que, descubiertos y silenciosos, llevaban cirios encendidos, o bien faroles. Detrás caminaba un anciano sacerdote con una mano sobre el pecho, y llevando en la otra los Santos Óleos; cerraba el acompañamiento una música que tocaba una triste marcha, y tres coches que de respeto venían.

Al llegar el monaguillo al umbral de la puerta calló la campanilla; los fieles se adelantaron hasta la alcoba de Misita. El sacerdote llegó majestuosamente a la mitad del aposento, por en medio de aquella doble hilera de luces que se inclinaban a su paso; allí, exclamó con

esa sublime sencillez de las ceremonias de nuestra religión:

—Hermana, aquí tienes a Nuestro Señor Jesucristo, que viene a visitarte; ¿quieres recibirle?

—Si quiero—contestó Misita con voz desmayada.

Tres veces de acero tendría el pecho quien no derramase lágrimas ante aquella tan sencilla como sublime escena, digna de los primitivos tiempos de la Iglesia de las catacumbas.

Aquí un anciano sacerdote que ofrece con mano trémula la Santa Forma a una virgen pura y hermosa, en cuyas miradas se reflejan ya los goces celestiales, y, con el nombre de Dios en los labios, muere con la mansedumbre de un cordero.

Allí una pobre madre que siente desgarrado el corazón al ver que su hija única vuela a los cielos dejándola sola, anciana y desvalida.

Mas lejos, un pueblo que asiste silencioso y conmovido a una ceremonia que le recuerda la inevitable muerte a que todos estamos sujetos.

—*Procedamus in pace*—dijo el sacerdote después de concluida la ceremonia.

Poco a poco el rumor de los pasos y el resplandor de las luces fué apagándose a lo lejos; después, todo quedó en silencio.

—Madre, venga usted a mi lado—murmuró Misita abrazándola—. ¡Ay!—continuó con un débil suspiro de bienestar—. Quisiera estar siempre así... Dios aquí—dijo poniendo la mano en su pecho—; mi madre aquí—añadió besándola tiernamente.

—¡Ese hombre te ha matado, hija mía; ese picaro hombre!—gimió doña Úrsula sin poderse contener por más tiempo.

—¡Madre, lo último que te pido—exclamó con angustia la niña—, no me lo niegues! ¡Madre, madre, perdónale, que Dios no perdonará al que no perdona!

Un cuarto de hora pasó así; doña Úrsula, echada encima de la cama, apretaba contra su pecho la cabeza de su hija, que, con las manos cruzadas y los ojos velados por las sombras de la muerte, murmuraba palabras entrecortadas, entre las que se distinguía el dulcísimo

nombre de Jesús. Un sacerdote, arrodillado a los pies de la cama, rezaba las oraciones de los agonizantes.

—¡Misita!... ¡Hija mía!... ¡Mi vida!... ¡Mi alma!...—dijo ansiosamente doña Úrsula, rompiendo aquel silencio frío como el soplo de la muerte, al notar que su hija apenas respiraba—. ¡No me contestas!... ¡Nada me dices!...

La niña torció sus quebrados ojos hacia su madre, y murmuró con una voz dulce y triste como un suspiro:

Vámonos a ver la Virgen;
pues tenlo entendido, niña,
es María más hermosa
que el oro y la plata fina.

Poco a poco, y como el eco de un arpa celestial que a lo lejos pulsase el ángel de la melancolía, se fué apagando su acento, mientras murmuraba:

—*Es María más hermosa... que el oro y la plata fina...*

Aquel dulce y último recuerdo de tiempos felices, a que sólo hacía coro la grave voz del sacerdote que encomendaba a Dios el alma de la inocente niña, desgarraba el alma y despedazaba el corazón.

Doña Úrsula la cubría de besos y de lágrimas; de pronto la soltó bruscamente y se dejó caer de rodillas. Misita cayó sobre las almohadas; su alma había volado al cielo, que era su patria.

¡Dios no deja mucho tiempo sus ángeles entre los hombres!

XIX

Son las doce de la noche. La calle de N. aparece alumbrada únicamente por una rojiza claridad que arroja la ventana baja de la casa de doña Úrsula, de par en par abierta. Sobre un catafalco rodeado de luces se halla Misita con las manos cruzadas sobre el pecho, y cubierta con una larga mortaja blanca.

Nada interrumpía el silencio de la noche sino el continuo chisporroteo de las luces, que, agitadas por un suave viento, prestaban a los objetos una extraña movilidad. De repente rompieron aquel silencio, digno compañero de la muerte, los pasos de un hombre que se

acercaba por el otro extremo. Sorprendido por el resplandor de la ventana, se aproxima a ella y da un grito, a que contestó el eco como una acusación, y el estridente chisporroteo de los cirios como una protesta; los cabellos se le erizan; los ojos giran atropelladamente en sus órbitas; quiere huir, pero una fuerza irresistible le clava ante aquella reja.

Aquel hombre era el marqués de Valmes; era Pedro, que, vuelto de Madrid, encontraba por primera vez a Misita, a quien tan cruelmente había engañado. Distráido por los innumerables placeres con que le brindaba aquella alta sociedad, que era la suya, el recuerdo de Misita desapareció de su corazón, como desaparece el perfume de la violeta entre los de otras flores menos suaves y mucho más fuertes. Lo mismo que había empezado concluyó su entusiasmo, y ya hemos visto la manera brusca y poco caballeresca con que cortó sus relaciones, sin que ni un triste recuerdo ni un remordimiento viniesen a decirle que no sólo se asesina a puñaladas. Cómodo privilegio de algunos, cuya elástica conciencia se agranda y achica a medida de su deseo.

Al verla tendida en su ataúd, blanca como los paños de su mortaja, vino involuntariamente a la memoria aquel día en que, preguntando a Misita qué haría si él la olvidase, le había contestado ella con la más candorosa sencillez lo que ahora había cumplido.

—Me moriría—le había dicho, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Con las crispadas manos agarradas a la reja, contemplaba aquel rostro blanco como el alabastro, y aquellas manos de marfil que sostenían sobre su pecho una azucena, símbolo de su pureza, cuando en su mente, alucinada por el terror, se le figura que alguien se apoya sobre su espalda, y que una voz grave y severa murmura a su oído:

—¡He ahí tu obra! Creíste que se podía jugar sin peligro con un corazón, y dejaste caer la semilla, sin acordarte que la acogía una tierra fértil y fecunda. Si tú no hubieses engañado a esa mujer, tal vez se habría escapado de una muerte temprana, y tú de un remordimiento

eterno; porque, a pesar de que ella te ha perdonado, eres responsable de su muerte ante Dios, lo mismo que si le hubieses hundido un puñal en el pecho.

Calló la voz, y Pedro, delirante y fuera de sí, vino al suelo gritando como un loco:

—¡Perdón..., perdón!

—Dios te lo dé, como esa pobre niña se lo pedía—respondió el confesor de Misita, que era el que le había dirigido las anteriores palabras, habiéndole visto en la ventana cuando él salía de fortalecer con sus sabios consejos el destrozado corazón de doña Úrsula.

El dolor de ésta había aniquilado sus fuerzas físicas y morales; después de este último y cruelísimo golpe, habíase quedado como idiota; ni hablaba ni quería ver a nadie, y pasó cerca de un año encerrada con su dolor en la habitación en que había muerto su hija.

—No te canses, Petra—decía a la viuda de Sandoval cuando ésta se afanaba por sacarla de su casa, con el fin de que su espíritu se distrajese—. No he de pasar esa puerta hasta que me lleven, con mis hijos, entre cuatro y con los pies por delante.

Pero ni aun aquella triste esperanza vió realizarse la infeliz mujer, porque un día vino la justicia en forma de negros pajarracos, se apoderó de la casa y de todo cuanto encerraba, y sin consultar la voluntad de la pobre señora la puso en la calle. Aquellos hombres los mandaba don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; la famosa hipoteca en pacto de retro, producía sus resultados.

Doña Úrsula se despidió de Brígida y salió de aquella casa, en que tan crueles recuerdos dejaba, sin volver la cara atrás para mirarla por última vez; a poco desapareció de la población, sin que se supiese qué camino había tomado.

E P Í L O G O

I

Pasaron varios años; muchos más de los que se necesitan para blanquear una cabellera, antes negra como las alas del cuervo; muchos más de los que se necesitan para secar un corazón, antes hen-

chido de ilusiones, pero no tantos como son necesarios para borrar del corazón de una madre el recuerdo de sus hijos. A una cabellera la blanquean las penas o los años; a un corazón lo secan los desengaños o los vicios. A una madre sólo la hace olvidar la tumba, que es la puerta de la eternidad; de ese día, como dice Massieu, sin ayer ni mañana.

En una hermosa tarde de junio acudía mucha gente a rezar el Jubileo en las monjas de la Madre de Dios. Al entrar en el patio que precede al templo, sentíase un delicioso perfume, causado por el aromático cinturón que lo ciñe, y que parece ofrecer como una gigantesca corona a los pies de la iglesia. Las grietas de las paredes habían dejado escapar matas de reseda, como si quisiesen colgar sus casas en señal de alegría y regocijo, mientras las salamanquesas, sentadas detrás como tras de una verde celosía, veían pasar la gente; los suspiros, tan suaves y de tan corta vida como su nombre, desmayábanse al pie de los rosales, y enviábanles a pedir con su perfume un beso de amor; bajaban éstos la cabeza cediendo a su súplica, y al besarles les dejaban clavada una espina que les hacía marchitar antes de tiempo; tal hace el placer al dejar siempre su gota amarga. Las malvalocas, graves, tiesas y cortesananas como diplomáticos vegetales, mecíanse suavemente saludando con amabilidad a todo el que pasaba, sin que nadie se cuidase de con-testarles, como sucede al soberbio con el saludo del humilde; un regimiento de pinos reunidos al pie de una hermosa parra que, asustada, se agarraba con todas sus fuerzas a un naranjo, se empeñaban en llevar a la casilla a los rapaces gorriones, que hacían paz y guerra de las uvas; y ellos, al verse tan altos, reíanse de sus perseguidores, y alzando una pata e inclinando la cabecita, les decían:

—¡Ji, ji, jiiiiii!, tú no alcanzas aquíiiii.

El chiquillo más chico de la portera, con sus manitas cruzadas a la espalda y la boca abierta, miraba los hermosos racimos de la parra, y no sabiendo decir, como la zorra de la fábula: *están verdes*, se contentaba con mover acompasada-

mente los piececitos, cantando a su compás:

Pingo-pingo está colgando,
Mango-mango está mirando;
Si pingo-pingo cayera,
Mango-mango se lo comiera.

Por último, dos altos cipreses, serios y graves como guardias de Corps, estaban de centinela a la entrada del templo.

A la puerta de la iglesia, varias viejecitas, sentadas a la usanza turca, extendían silenciosa, pero elocuentemente, sus temblorosas manos hacia los fieles que se dirigían al templo.

Dentro de él, las luces, el incienso, las flores, las preces de nuestros hermanos, la alegre melodía de esos inocentes canarios que cantan aprisionados en sus jaulas, los majestuosos sonidos del órgano, de ese instrumento esencialmente religioso, que parece compendiar en sus notas todo lo que es grande y cristiano, acompañan la oración del desvalido y consuelan su corazón.

Si se vuelve la vista a los pies de la iglesia, se ve, a través del coro, a las religiosas tan tranquilas, tan alegres, y que, a dos pasos de la depravación, presentan un cuadro cuya sencillez e inocencia recuerdan los bellos días de la infancia. ¡Cuán felices deben ser estas humildes penitentes, tan puras de corazón, de espíritu y de costumbres! ¡Cuánto no deberá amarlas el Dios que perdona, viendo en ellas personificada la virtud soberana, la inocencia coronada por la penitencia!

Aquel patio, tan tranquilo, cubierto de flores que sin tener lengua hablaban, pronunciando una sola frase, grande, magnífica, consoladora: ¡Hay Dios!; aquel patio, en que tantos inocentes pajaritos repetían con sus gargantas de plata y cristal, cual religiosas arpitans, esta misma grandiosa frase, podía muy bien compararse a la niñez, tan cándida, tan serena, tan alegre, tan amiga de Dios, y que refleja en su frente la inocencia celestial; porque los niños son las estrellas de la tierra, como las estrellas son las flores del cielo.

Luego venían aquellas viejas harapientas, que pedían limosna, y que representaban la vida del hombre, cubierta, como ellas, de miserias y de fatigas desde que sabe pensar.

Y, por último, aquel santo templo, que abría a todos sus puertas, era la vida eterna; la vida eterna a cuya puerta, que es la tumba, cambia el hombre la cruz de la vida por la palma de la eternidad, la corona de lágrimas que en la tierra ciñe sus sienes, no por la del laurel, que es la de los soberbios héroes de aquí abajo, sino por la de rosas blancas y violetas, inocencia y humildad, que es la de los suaves héroes de allá arriba. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto ansía el alma cristiana por coger esas puras flores del patio, pasar por entre las mendigas sin que aquéllas se marchiten, y depositarlas a vuestros pies dentro del templo! ¡Si llegan lozanas, las colocáis sobre vuestro pecho; si marchitas, una sola lágrima de arrepentimiento las tornará floridas!...

Entre aquellas tristes ruinas humanas que a la puerta de la iglesia imploran la caridad pública, hallábase una, notable por su decrepitud, que ni aun se tomaba el trabajo de extender la mano como sus compañeras, con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta repasaba entre sus dedos descarnados las cuentas de un rosario.

Un caballero, de porte noble y distinguido, y una señora de elegante apariencia, llegaron a la puerta del templo, llevando de la mano a un hermoso niño de seis años, primorosamente vestido a la escocesa. El caballero dió a su hijo un puñado de cuartos, que el precioso niño, ruborizado y medio sonriendo, repartió a las mendigas en santas limosnas, que, según los orientales, debieron decir al pasar de la inocente manita que socorría a la de las infelices socorridas, estas profundas sentencias: —Yo soy pequeña, y vos me habéis hecho grande. —Mi valor es corto, y vos lo habéis multiplicado. —Yo era interés enemigo, y vos me habéis vuelto amable. —Era pasajera, y me hicisteis permanente. —Vos erais mi guarda, y ahora yo soy la vuestra.

Al llegar a la vieja del rosario, le arrojó dos cuartos en su remendada y sucia falda. Tomó la mendiga el dinero, y, al levantar la cabeza para ver quién la socorría, se operó en ella una extraña mutación.

Como movida por un resorte, se levantó erguida y amenazadora, con las narices dilatadas; y, arrojando por los ojos llamaradas de cólera, hizo además de tirar la moneda al rostro del padre del niño.

Pero cuando sus dedos, crispados por la cólera, iban a dejar escapar el dinero, que indudablemente hubiera ido a darle en mitad del rostro, sus ojos tropezaron con un Niño-Dios de soberbia escultura, que, sentado en un silloncito de caoba, estaba colocado en el pórtico sobre una mesa. Había en los ojos de aquella sagrada efigie tanta mansedumbre; su boca sonreía con tanta dulzura; una de sus manos señalaba con tan clara expresión la corona de espinas que ceñía su frente, que la pobre mendiga se acercó como fascinada, y cayó de rodillas ante ella, depositando la moneda en una bandeja que había delante. Largo tiempo permaneció sumida en una fervorosa oración, y cuando se levantó hubiérase podido observar, a través de los jirones del pañolón que cubría su cabeza blanca, la corona de gloria que Dios da a los héroes.

Porque aquella mujer era doña Úrsula, y a los pies del divino Niño acababa de ofrecer todos sus sufrimientos por el perdón de aquel hombre, que era el marqués de Valmes.

Aquella alma, templada por el dolor, comprendía y practicaba este sublime mandato, que hace un héroe de cualquier cristiano:

«Yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que dispone que el sol salga para los buenos y para los malos, y que llueva para los justos lo mismo que para los pecadores» (1).

(1) Matth., V, vers. 44.

II

El día 26 de agosto de 186... llegó a todo escape el conserje del cementerio de Jerez de la Frontera a casa del juez de Primera Instancia del distrito de San Miguel; venía a darle parte de que se había encontrado en el cementerio una mujer muerta. Trasladóse allí el magistrado, acompañándole el médico forense, el escribano y dos alguaciles, y encontraron a una anciana, miserablemente vestida, tendida boca abajo junto a un sepulcro.

El sepulcro era de mármol blanco, y estaba rodeado de una verja de hierro, también pintada de blanco; en el espacio que quedaba entre la piedra y la reja habían nacido rosales blancos, que parecían querer tratar de cubrir con el perfume de sus flores el horrible hedor de la tumba. A la cabecera inclinaba un sauce sus ramas, como si viniese a besar la blanca cruz de piedra que descansaba sobre el sepulcro, y derramaba sobre ella sus melancólicas flores, como si fuesen sus lágrimas; por debajo de la cruz se leía: *Mercedes Ardera*. Por encima, estos sencillos e infantiles versos:

¡Qué sueño tan bienhechor
fin de mis dolores fué,
que al despertar me encontré
ángel puro del Señor!
De la inocencia y amor
a Él en las alas subí;
no lloréis porque me fuí.
De mi dicha y de los cielos,
¡oh, mamá!, no tengas celos...
¡Te estoy esperando allí! (1).

Se levantó el cadáver de la anciana para reconocerlo, y fué imposible averiguar cuál había sido su nombre, y qué papel había desempeñado en el gran drama de la vida; en la mano derecha se le encontró entre sus dedos agarrotados una onza de oro, engarzada como si fuese un broche para el pecho. El médico declaró que aquella mujer había muerto de vejez, de miseria y de hambre.

(1) Este epitafio se halla en el cementerio de Jerez, en el panteón de la familia de Ardera. Ignoramos quién sea su autor.

—Pero, señor—decía el juez examinando el extraño broche—, ¿cómo es posible que se muera de hambre una mujer que tiene en la mano una onza de oro?

El médico se encogió de hombros sin contestar.

Puede que algunos de nuestros lectores comprendan que se puede morir de

hambre antes que vender el único recuerdo de un hijo perdido.

¡Ni la memoria quedaba ya de la familia de Ardera! El olvido había sellado sus tumbas como un segundo ataúd, aún más fuerte que el primero. Sus desgracias y sus penas le habían allanado el camino de la tierra al cielo.

FIN DE «SOLACES DE UN ESTUDIANTE»